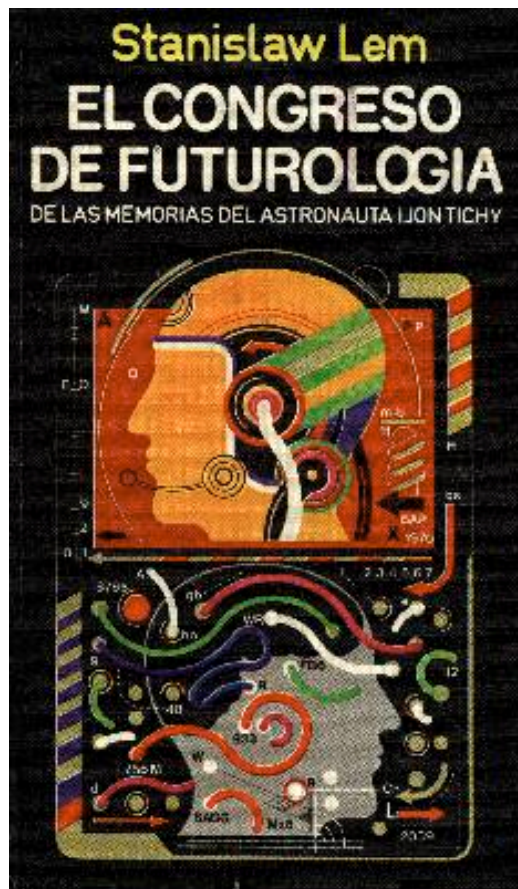


EL CONGRESO DE FUTUROLOGIA



Stanislaw Lem



Stanislaw Lem

Título original: Kongres futurologiczny

Traducción: Melitón Bustamante

© 1971 by Stanislaw Lem

© 1981 Ediciones Bruguera

Mora la nueva 2 - Barcelona

ISBN: 84-020-8283-1

Edición Digital: Walter López

R6 02/03

El Octavo Congreso Internacional Futurológico se celebró en Costarricania. A decir verdad, no hubiese ido a Nounas, pero el profesor Taratoga me dio a entender que se esperaba mi participación en dicho comicio; no podía faltar. Me dijo también (lo cual no dejó de impresionarme), que hoy en día la astronáutica es la forma de evadirse de los problemas terrestres. Quien esté de ellos hasta la coronilla, se marcha a la Galáctica, contando con que lo peor habrá de acontecer durante su ausencia. Es cierto que más de una vez, sobre todo en mis viajes más antiguos, regresé con el temor, al contemplar la Tierra por un tragaluz, de si no se habría convertido a una patata cocida en el horno. Tampoco me hice mucho de rogar, aunque no dejé de objetar que yo no entendía nada respecto a la futurología. A lo cual, Taratoga replicó que, en general, nadie entiende el bombeo; sin embargo, todo quisque se apresura en ocupar su puesto con sólo escuchar el grito de: "¡Fuego! ¡A las mangueras!"

El Consejo de la Asociación Futurológica eligió Costarricania como lugar del comicio, por cuanto estaba dedicado a la plaga diluvial del crecimiento catastrófico de la población y a cómo combatirla. Pues Costarricania tiene en la actualidad el mayor índice de crecimiento demográfico a escala mundial, y bajo la presión apremiante de aquella realidad, teníamos que actuar eficientemente. En honor a la verdad hay que decir — aunque sólo lo dijeran los malévolos— que el nuevo hotel, levantado por el consorcio Hilton en Nounas, parecía vacío, y al Congreso habían de asistir, además de los futurólogos, otros tantos periodistas. Como quiera que, en el transcurso de los debates nada quedó de ese hotel, sin temor a que me acusen de hacer publicidad, puedo afirmar que era un Hilton estupendo, con la conciencia muy tranquila. Estas palabras tienen en mis labios una singular importancia, por cuanto soy, de nacimiento, un verdadero sibarita y sólo el sentido del deber me movió a abandonar el confort por los tormentos de la astronáutica.

El Hilton costarricano proyectaba al cielo sus ciento seis pisos desde su plataforma de cuatro plantas. En las terrazas de las partes más bajas del edificio, se hallaban instalados, además de las canchas de tenis y las piscinas, el solarium, las pistas para las carreras de karting, los tirovivos que servían a la vez de ruleta, el stand de tiro (allí se podía disparar sobre unas personas disecadas, a capricho de uno —haciendo la demanda con veinticuatro horas de antelación), así como una sala de conciertos con una instalación para duchar a los oyentes con gases lacrimógenos. Me tocó un apartamento en el centesimo piso, desde el cual solamente podía contemplar la parte superior de la capa pardozulada de niebla que envolvía a la ciudad. Ciertas instalaciones del hotel me sorprendieron; por ejemplo, una barra de hierro de tres metros de longitud que había en un rincón del cuarto de baño jaspeado, una pelerina de disfraz pintada con colores protectores en un armario o un saco con bizcochos debajo de la cama. En el cuarto de baño, además de las toallas, estaba colgada una típica cordada de alpinista, de buen tamaño, y en las puertas, cuando por vez primera metí la llave en la cerradura Yale, pude observar una pequeña pancarta con la siguiente inscripción: "La Dirección del Hilton garantiza la ausencia de BOMBA en este apartamento".

Como es sabido, los científicos se dividen en sedentarios y viajeros. Los primeros se dedican desde siempre a las más diversas investigaciones, mientras que los segundos participan en un sinfín de conferencias y congresos internacionales, y es muy fácil reconocerlos: pues llevan siempre en la solapa de su saco una pequeña tarjeta con su nombre y su título científico y en el bolsillo los horarios de las líneas aéreas; se ciñen la vestimenta sin recurrir a ninguna clase de ataduras o botones metálicos y, asimismo los broches de sus carteras de mano son de materia plástica; todo ello con miras a no poner innecesariamente en movimiento las sirenas de alarma de las instalaciones que, en los aeropuertos, revisan a los pasajeros y detectan toda clase de armas blancas o de fuego. Dichos científicos suelen estudiar la literatura especializada en los buses de las compañías aéreas, en las salas de espera, en los aviones y en los bares de los hoteles.

Desconociendo, por razones obvias, muchas particularidades de la cultura terrestre de los últimos años, yo mismo suscité la alarma en Bangkok, en Atenas y en la misma Costarricania al bajar en el aeropuerto: muy a pesar mío llevo seis muelas empastadas (con amalgama de metal). Traté de que me las cambiaran po la misma ciudad de Nounas, pero me lo impidieron unos acontecimientos imprevistos. En lo que respecta a las cordadas, la barra de hierro, los bizcochos debajo de la cama y la pelerina, uno de los miembros de la delegación futuroológica norteamericana me lo aclaró con la mayor indulgencia al manifestarme que hoy en día las empresas hoteleras suelen aplicar unas medidas de precaución totalmente desconocidas antiguamente. Cada uno de esos objetos colocados en los apartamentos —me dijo mi interlocutor— incrementa las posibilidades de supervivencia de los huéspedes de los hoteles. Por pura ligereza no presté a esas palabras la debida atención.

El congreso debía iniciar sus debates en la tarde del primer día, pero aquella misma mañana ya nos facilitaron todos los materiales necesarios, muy elegantemente editados en una hermosa carpeta, con numerosos objetos; cabe destacar muy especialmente un bloque de papel de escribir de un azul satinado, con el membrete: "Salvoconducto copulativo". Pues las modernas conferencias científicas sufren igualmente de la explosión demográfica. Como quiera que el número de los futurólogos se incrementa con la misma potencia en que crece la humanidad, en los congresos reinan el gentío y las prisas. No cabe ni pensar en pronunciar los informes; es preciso leerlos con anterioridad. Pero aquella mañana tampoco hubo tiempo para ello, puesto que los anfitriones nos ofrecieron una copa de vino. Este pequeño acto inicial transcurrió casi normalmente, salvo el hecho de que a la delegación norteamericana le lanzaron unos cuantos tomates podridos, y que, cuando ya tenía mi copa en la mano, me enteré a través de Jim Stantor, conocido periodista de la United Press International, de que aquella misma madrugada habían raptado al cónsul y al tercer agregado de la embajada norteamericana en Costarricania. Los extremistas autores del secuestro exigían por la devolución de los diplomáticos la puesta en libertad incondicional de los presos políticos, y para dar mayor peso a su demanda, a guisa de embajada mandaron una muela de cada uno de los rehenes, amenazando con una escalada en caso de no aceptar sus condiciones. Sin embargo, esa disonancia no perturbó la cálida atmósfera del matutino cocktail.

Al mismo asistió personalmente el embajador de EE.UU. quien pronunció una breve alocución sobre la necesidad de la colaboración internacional; aunque habló rodeado por media docena de guardaespaldas muy cuadrados, que no nos quitaban los ojos de encima. He de confesar que ello me desconcertó bastante, sobre todo si se tiene en cuenta que junto a mí tenía al delegado de la India, hombre de tez oscura y que con el catarro que le aquejaba, deseaba sonarse la nariz, para lo cual no tenía más remedio que llevarse la mano al bolsillo para sacarse el pañuelo.

Más tarde, el portavoz de prensa de la Asociación Futuroológica me aseguró que aquellas medidas eran tan imprescindibles como humanitarias. Pues me explicó que los miembros del servicio de orden disponen exclusivamente de armas de grueso calibre pero de débil fuerza de penetración, al igual que los guardias a bordo de los aviones civiles, gracias a lo cual, ninguna de las personas vecinas corren peligro de verse heridas, contrariamente a lo que antaño solía ocurrir, cuando las balas, tras dar muerte al presunto autor de un atentado, seguían su carrera, atravesando el cuerpo de otras cinco o seis personas más que, totalmente inocentes, se encontraban detrás de él. De cualquier forma, la visión de un hombre que se desploma a los pies de uno no deja de ser espantosa, aun cuando se trate de un malentendido, que con posterioridad motiva un intercambio de notas diplomáticas y de excusas.

Pero en lugar de extenderme en esas consideraciones sobre el problema de la balística humanitaria, será mejor que explique seguidamente por qué no conseguí enterarme durante todo el día de aquello que exponían los materiales de la conferencia. Sin hablar

ya del desagradable incidente que me obligó a mudarme apresuradamente mi camisa ensangrentada, en contra de mi costumbre me fui a desayunar al bar del hotel. Por las mañanas siempre me gusta comerme un huevo bien tierno, pero el hotel en el que a uno le pueden servir en la cama un huevo frito como Dios manda sin que la yema aparezca chafada de horrible manera, aún está por edificar. Ello se debe naturalmente, al constante incremento de la capacidad gastronómica de los hoteles. Cuando las cocinas distan dos kilómetros de la habitación, no hay quien pueda salvar la yema de la chafadura. Según tengo entendido, los especialistas gastronómicos del Hilton estudiaron el problema y llegaron a la conclusión de que la única manera de superarlo era la instalación de unos ascensores que corrieran a una velocidad supersónica; pero el llamado "sonic boom", o sea, la explosión provocada por la superación de la barrera del sonido, dentro de un edificio cerrado, podía desgarrar los tímpanos de la gente. Eventualmente, cabía pensar en que la cocina automática facilitase los huevos que luego habría de preparar un camarero robot en la misma habitación, para así dejarlo al gusto de uno, pero muy pronto acabaríamos llegando al Hilton con nuestra propia jaula de gallinas... Por eso mismo me fui aquella mañana al bar. En la actualidad, el 95 por ciento de los clientes de los hoteles suelen ser los delegados y participantes en toda clase de congresos y conferencias; el huésped solitario, el turista individual, sin tarjeta clavada en la solapa y sin cartera repleta de papeles y documentos, es hoy más raro de encontrar que una aguja en un pajar. Pues además de la nuestra, se celebraban simultáneamente en Costarricia la Conferencia de la Agrupación de los Jóvenes Contestatarios "Tigres"; el Congreso de los Editores de la Literatura Liberada y el de la Asociación Fullerista. Generalmente, a los participantes de las conferencias se les distribuyen las habitaciones situadas en una misma planta, pero la dirección del hotel, con el deseo de honrar mi persona, me adjudicó un apartamento en el centesimo piso porque así contaba con mi propio auditorio en el que se daban conciertos de Bach; la orquesta era femenina y a la par que tocaban, las intérpretes realizaban un strip-tease colectivo. A mí tales pormenores me interesaban muy poco, pero al no existir ninguna otra habitación desocupada en ese momento, no tuve más remedio que quedarme en la que me habían asignado. Apenas si acababa de sentarme en la silla del bar de mi piso cuando mi vecino, un hombre ancho de espaldas, barbudo y con el cabello corto (podía descifrar en los pelos de su barba, lo mismo que en una minuta, todos los platos de la semana transcurrida), me puso de pronto bajo las narices un pesado rifle de dos cañones, que enfundado llevaba colgado del hombro, y riéndose desenfadadamente, me preguntó qué pensaba yo de su papa. No sabía qué contestarle, ignorando a lo qué aludía. Pero la táctica más acertada, con aquellos a quien se conoce accidentalmente, es guardar silencio. Sin embargo, él mismo se apresuró a explicarme que el rifle de dos cañones, dotado con una mira de láser, con gatillo Schneller y cargador, era un arma contra el Papa. Sin parar de hablar, se sacó del bolsillo una vieja fotografía en la cual se le veía disparando al blanco: un maniquí tocado con un birrete. Según me manifestó, ya había alcanzado su plena forma y ahora se dirigía precisamente a Roma con una gran peregrinación, para matar al Santo Padre en la Basílica de San Pedro. No di crédito a sus palabras, pero sin dejar de hablar me enseñó un billete de avión con su reservación, un misal y un prospecto de una peregrinación para los católicos norteamericanos, así como una caja de municiones con la punta de las balas cerradas en cruz. Para ahorrar, solamente había sacado el billete de ida, por cuanto daba por descontado que los indignados peregrinos lo harían papilla. Sin embargo, tal perspectiva lo ponía de muy buen humor. Pensé en el acto que me hallaba ante un loco o algún extremista dinamitero profesional, tan numerosos hoy en día, pero también en eso me equivocaba. Sin dejar de discurrir y sentado en la silla más alta por cuanto el rifle le llegaba al suelo, me aclaró que era verdaderamente un ardiente y fiel católico, pero que la acción planeada por él (que denominaba "acción P") era por su parte un sacrificio especial; pues se trataba, según decía, de estremecer la conciencia de la humanidad y ¿cabía cosa mejor para

estremecerla que una acción tan extremada? Me siguió explicando que no iba a hacer otra cosa que lo que, según las Sagradas Escrituras, tenía que hacer Abrahám con Isaac, pero a la inversa, por cuanto no mataría al hijo, sino al padre y por desgracia santo. Y con ello daría una prueba del mayor sacrificio del que pueda vanagloriarse un cristiano, por cuanto ofrendaría su cuerpo al suplicio y su alma a la condenación, todo ello para abrir los ojos a la humanidad. En ese instante pensé que ya eran demasiado los aficionados a eso de abrirle los ojos a la gente y lejos de estar convencido de la filípica de aquel desalmado, me fui a salvar al Papa, es decir, a informar a quien fuera preciso, pero Stantor, con el que me encontré en el bar del piso 77 ni siquiera se dignó escucharme hasta el fin y me dijo que, entre los regalos que la última excursión de fieles norteamericanos le ofrecieron a Adriano XI, figuraban dos relojes y un tonel lleno —en lugar de vino de misa— de nitroglicerina. Comprendí mejor su estragamiento al enterarme que los extremistas acababan de mandar a la embajada norteamericana una pierna, que aún no se sabía a quién pertenecía. Nuestra conversación, por lo demás, no pudo terminar, puesto que llamaron a Stantor al teléfono; por lo visto, en la Avenida Romana, alguien se había quemado vivo en señal de protesta. En el bar del piso 77 imperaba un ambiente totalmente distinto al de mi piso de arriba. Allí había muchas chicas con los pies descalzos, vestidas con unas camisas de mallas hasta la cintura, algunas con sables; otras llevaban largas trenzas, sujetas, de acuerdo con la última moda, al cuello con un brinquiño o a un collar con pequeños clavos. No estoy seguro si se trataba de filuménicas o bien de las secretarías de la Asociación de Editores Liberados; a tenor de las fotos que estaban contemplando, debía tratarse de alguna editorial especial.

Bajé nueve pisos, a donde se hallaban mis futurólogos y en el bar me tomé mi segunda copa con Alphonse Mauvin, de la agencia France Presse. Por última vez intenté salvar al papa, pero Mauvin acogió mi relato con el mayor estoicismo, y me manifestó que el mes anterior un peregrino australiano ya había disparado en el Vaticano, pero bajo unas motivaciones ideológicas totalmente distintas. Mauvin contaba con una interesante interviú para su agencia de un tal Manuel Pyrhull, buscado por el FBI, la Sureté, la Interpol y toda una serie de otras entidades policiales, por ser el fundador de una firma de servicios de un nuevo tipo: se ofrecía como especialista de los atentados con medios explosivos (lo conocían bajo el apodo de "El Bombista") y hasta se vanagloriaba de su carencia absoluta de ideología.

Una hermosa pelirroja, vestida con algo así como un camisón de encaje, muy agujereado por ráfagas de disparos de metralleta, se acercó y sentó a nuestra mesa (se trataba precisamente de la enviada de los extremistas que debía guiar al reportero hasta su cuartel general), Mauvin, al marcharse, me entregó un prospecto publicitario de Pyrhull, por el cual pude enterarme de que ya había llegado la hora de acabar con las acciones de los irresponsables aficionados, incapaces de distinguir entre la dinamita y la melinita y un fulminante de mercurio de una cinta Bickford. En una época de alta especialización, nada puede realizarse con las propias manos, sino que hay que contar con la ética profesional y los conocimientos de unos especialistas conscientes. En la otra cara del prospecto estaba la tarifa de precios de los servicios prestados con su valor en las divisas de los países más desarrollados del mundo.

Los futurólogos empezaban a llegar al bar, cuando uno de ellos, el profesor Mashkenase, irrumpió en la sala, pálido y deshecho, gritando que tenía una bomba en su habitación; el barman, evidentemente acostumbrado a esas cosas lanzó un grito:

¡Escóndanse!, y se metió bajo la barra. Al poco rato, los detectives del hotel ya se habían percatado de que un compañero del profesor Mashkena se le había gastado una broma de mal gusto al meterle en una caja de "cakes" un simple despertador. Para mí que debía tratarse de un inglés, pues son muy aficionados a los llamados "practical jokes" o bromas prácticas, aunque pesadas. Sin embargo, el incidente no fue más lejos, por cuanto se presentaron J. Stantor y J. G. Howler, ambos de la United Press International,

con el texto de una nota del Gobierno de los EE. UU. al de Costarricania sobre el asunto de los diplomáticos secuestrados. La nota en cuestión estaba redactada con el lenguaje común a dichos escritos diplomáticos, y en el que ni las muelas ni la pierna se mencionaban con sus nombres auténticos. Jim me manifestó que el gobierno local recurriría seguramente a las medidas drásticas, pues el general Apolonio Díaz que ostentaba el poder se había granjeado la etiqueta de "halcón" y era de los que pensaban que a la violencia soto se puede oponer una violencia mayor. En la reunión del gobierno (que estaba en deliberación permanente) hubo quien sugirió pasar a la contraofensiva, la cual habría de consistir en arrancarle a los presos políticos —cuya liberación exigían los extremistas el doble de muelas y, dado que se desconocía la dirección del cuartel general de los extremistas, de mandarles dichas muelas a la lista de correos. La edición aérea del "New York Times", en un comentario del prestigioso Suizberger, hacía un llamamiento a la razón y los intereses comunes de la especie humana. Stantor me dijo con discreción que el gobierno costarricano había requisado un tren cargado con material bélico secreto perteneciente a EE. UU., que transitaba por el territorio costarricano hacia el Perú.

Hasta ese momento, a los extremistas no se les había ocurrido la idea de secuestrar a los futurólogos, lo cual bajo su punto de vista no hubiera sido ninguna tontería, puesto que en esos momentos, en Costarricania había un número mucho mayor de futurólogos que de diplomáticos.

Un hotel de cien pisos semeja una especie de atolón, un organismo tan enorme y tan confortablemente aislado del resto del mundo, que las noticias del exterior llegan hasta él como si proviniesen del otro hemisferio. En cualquier caso, entre los futurólogos no se manifestó ningún pánico: la agencia de viajes del Hilton no estaba asediada por los clientes deseosos de reservar sus plazas en los aviones que salían para Estados Unidos o cualquier otro punto.

El banquete de apertura del congreso estaba programado para las dos de la tarde. Por mi parte, aún no había logrado quitarme mi camisa, de modo que me metí en mi habitación para mudarme y seguidamente, me fui apresuradamente hacia la Sala Purpura, situada en el piso 46. Al llegar al vestíbulo, me encontré ante dos muchachas encantadoras. Iban vestidas con unos pantalones muy amplios, pero desnudas de cintura para arriba, con unas flores pintadas en el busto —nomeolvides y campanillas—. Las hermosas azafatas me entregaron una carpeta de lino. Sin mirarla siquiera, penetré en la sala aún desierta, y se me cortó la respiración al contemplar las mesas espléndidamente servidas, aunque de una forma harto desconcertante por las formas que allí se divisaban: todos los manjares, entremeses, postres, etc..., tenían la forma de unos órganos genitales. No cabía pensar en ninguna ilusión óptica, por cuanto unos altavoces discretamente disimulados estaban difundiendo por toda la sala una canción muy popular en determinados círculos, que comenzaba con estas palabras: "Sólo los tontos y los canallas menosprecian el sexo, pues hoy día lo que está más de moda es jalearse los órganos genitales".

Fueron llegando los primeros comensales, con unas barbas muy tupidas y unos poderosos bigotes, casi todos ellos gente joven, en pijama o enteramente en cueros. Cuando seis camareros irrumpieron en la sala con las tartas y al contemplar ese indecente a la vez que dulce manjar del mundo, ya se me disiparon todas mis dudas, me había equivocado de sala y sin darme cuenta me había metido en el banquete de la Literatura Liberada. Con el pretexto de que mi secretaria se había perdido, me retiré apresuradamente y bajé al piso inferior para dar con mi lugar apropiado; la Sala Purpúrea (y no la Rosada, en la que por error me había metido), ya estaba llena. Me colé como pude, bastante desconcertado al percatarme de la discreta acogida que se nos brindaba. La comida era fría y para dificultar aún más el consumo, se habían llevado de la enorme sala todas las sillas y sillones, de modo que era preciso tener la habilidad propia de tales circunstancias, sobre todo si tenemos en cuenta que ante los platos más especiales se

había aglomerado un gran gentío. El señor Cuillone, representante de la sección costarricana de la Asociación Futurológica, me explicó con una encantadora sonrisa, que allí no había lugar para ninguna magnificencia luculiana, sobre todo cuando la temática de los debates del congreso versaba entre otras cosas, sobre la plaga del hambre que amenazaba a la humanidad. Naturalmente, también estaban los escépticos que afirmaban que a la Asociación le habían recortado la dotación financiera y que sólo así cabía explicar tan drástico ahorro.

Los periodistas obligados profesionalmente a la abnegación, iban por entre nosotros, entrevistando a las celebridades extranjeras del pronóstico. En lugar del embajador de los Estados Unidos, apareció tan sólo el tercer secretario de la embajada rodeado por un masivo cuerpo de guardia. Era el único en haberse presentado con smoking, por cuanto resultaba difícil disimular un chaleco blindado debajo de una simple camisa. Pude enterarme asimismo que a los invitados venidos de la ciudad, los estaban cacheando en el hall y que ya habían encontrado un buen montón de armas.

El congreso en sí estaba programado para las cinco de la tarde, de forma que había tiempo de sobra para volver a mi habitación; así que subí al centésimo piso. Tras las ensaladas tremendamente condimentadas que había comido, sentía una sed atroz, pero el bar de mi piso estaba ocupado en esos momentos por unos rudos contestatarios y dinamiteros acompañados de sus chicas, y como ya me bastaba con la conversación mantenida con el barbudo papista (o mejor dicho, antipapista), me conformé con un trago de agua del grifo.

Apenas acababa de saciar mi sed, cuando de pronto se apagaron las luces; el teléfono también dejó de funcionar, cualquiera que fuese el número al que llamase, y solamente pude comunicar con el automático que estaba dando un cuento sobre la Cenicienta. Quise bajar a los pisos inferiores, pero el ascensor tampoco funcionaba. Escuché un canto a coro de los contestatarios, que ya estaban disparando a ciegas; aunque yo confiaba en que sus tiros erraran el blanco... Esas cosas suelen ocurrir hasta en los mejores hoteles; además, no me irritan y, lo que más me sorprendía, era mi propia reacción. Mi humor, más bien sombrío desde mi conversación con el papicida potencial, se iba recobrando a cada minuto. Al regresar a tuestas a mi apartamento, me sonreía con indulgencia en la oscuridad e incluso cuando casi me rompo una rodilla contra la maleta, mi benevolencia hacia el mundo entero no disminuyó. A ciegas, encontré encima de la mesa de noche los restos de la comida que había mandado subir a mi habitación entre el desayuno y el almuerzo. Con la rodaja de mantequilla que me había sobrado, impregné un tira de papel que arranqué de la carpeta del congreso, la encendí con una cerilla y, aunque humeante, conseguí una verdadera vela a cuyo resplandor me senté en el sillón, pues aún me quedaban más de dos horas por delante, contando el paseo de una hora a través de las escaleras (puesto que el ascensor no funcionaba). Mi humor sufría fluctuaciones y cambios que iba contemplando con viva curiosidad. Me sentía alegre, perfectamente bien. Pude considerar toda una serie de argumentos en pro de ese estado de cosas. Me parecía con toda solemnidad, que el apartamento Hilton, sumido en unas tinieblas egipcias, lleno del olor y la humareda de mi antorcha de mantequilla, aislado del mundo, con el teléfono emitiendo un cuento, era el único y más encantador lugar del mundo que cabía imaginar. Además, sentía el mayor deseo de acariciar la cabeza de alguien o cuando menos de darle un fuerte apretón de manos, mirándole a los ojos con el mayor afecto.

Hubiese besado al encarnizadísimo enemigo del rifle. La antorcha de mantequilla, derritiéndose, apestando y humeante, se apagaba continuamente. Para mi candil de mantequilla, tenía que gastar toda una caja de cerillas. El hecho de que la mantequilla rimase con cerillas, me hizo reír de buena gana aunque se me iba toda la caja para mantener viva mi candela de fortuna. Esta apenas si ardía, sin embargo, entoné a media

voz el aria de una vieja opereta, sin reparar ni un segundo en que el humo y el olor me sofocaban y que los ojos me estaban llorando.

Al levantarme del sillón, volví a tropezar con una maleta y di con todo mi cuerpo en el suelo, pero el chichón del tamaño de un huevo que me hice en la frente no hizo sino incrementar mi buen humor (si es que era posible). Solté una carcajada, medio asfixiado por el humo apestoso, pero sin que todo ello mermara en lo más mínimo mi alegría. Me eché en la cama, aún sin hacer, pese a que ya habían transcurrido horas desde el mediodía. A pesar de aquel abandono, no se me ocurría incriminar al servicio del hotel y pensaba en sus empleados con la misma indulgencia que lo hiciera con mis propios hijos. Por mi mente solamente fluían palabras llenas de solicitud y ternura. Se me ocurrió que aun cuando allí pudiese asfixiarme, ello resultaría de lo más divertido, el tipo de muerte más simpática que cabe imaginar. Esa constatación estaba tan alejada de todo mi carácter, que me hizo el efecto de un agujijón. Mi mente comenzó a resquebrajarse de un modo sorprendente. Aún seguía llena de una flemática nitidez, de una especie de benevolencia universal para cuanto existe; mis manos deseaban tan ávidamente estrechar las de cualquier persona, que ante la ausencia de la misma, empecé a pasármelas suavemente por las mejillas y a tirarme maliciosamente las orejas; asimismo, me di a mí mismo unos fuertes apretones de mano y hasta mis piernas se estremecían, anhelando una caricia.

Ante todo eso, en lo más recóndito de mi ser se encendió algo así como una señal de alarma:

—¡Hay algo que no va! —gritaba en mis adentros una voz débil—. ¡Cuidado! ¡Jón, ten cuidado, recóbrate! ¡Esa alegría no es de fiar! ¡Debes actuar, venga, adelante! ¡No te quedes arrellenado en tu sillón como un Onassis cualquiera, con los ojos llorosos de humo, con un chichón en la frente y lleno de benevolencia! ¡No puede ser más que la manifestación de alguna negra traición!

A pesar de esa voz, no moví ni un dedo, hasta el punto de que se me secó la garganta. Además, me latía muy fuerte el corazón desde hacía tiempo, pero lo interpreté como una consecuencia de ese amor sin límites que en mí se había despertado tan inesperadamente. Me fui al cuarto de baño con la idea de saciar la sed que me abrasaba, pensando en la ensalada tan fuerte del banquete, o mejor dicho, de aquella especie de cocktail en el que todo quisque estaba de pie. Luego, a guisa de prueba, imaginé a los señores J. W., H. C. M., M. W. y otros de mis enemigos más encarnizados, y me percaté de que salvo el deseo de apretarles cordialmente las manos, de darles un fuerte abrazo o tener un intercambio de palabras fraternales, no experimentaba ninguna otra emoción. Eso era ya realmente alarmante. Con una mano en la llave níquelada del grifo y con el vaso vacío en la otra, me quedé helado. Poquito a poco, fui llenando el vaso, y, con el rostro torcido por una contracción bestial (pude observar esa lucha reflejada en el espejo), tiré el agua. ¡El agua del grifo! Efectivamente: desde el mismo instante en que había bebido ese agua, habían empezado en mí los cambios. ¿Qué podía haber en ella? ¿Veneno? Sin embargo, aún no había oído decir que existiera alguno que pudiera... Aunque veamos... Soy un asiduo suscriptor de la prensa científica. Últimamente, en "Science News" publicaron unas notas acerca de los nuevos elementos psicotrópicos, del grupo de los llamados benignativos (que inclinan al bien), los cuales se distinguen por el hecho de reducir la mente a la serenidad y la alegría aun en ausencia del más mínimo motivo.

¡Bah! ¡Dejémonos de tonterías! Tenía bien frescas en la memoria esas notas: el hedonidol, la benefactorina, la enfasiana, el euforiasol, el felicitol, el altruismol, la bonocaresina y toda una extensa gama de derivados, sin contar el grupo de los hidroxilenos aminícos sintetizados con todos aquellos cuerpos, tales como el furiasol, la lisina, la sadistinina, la flagelina, el agressium, el frustraciol, la amocolina y muchos otros preparados pertenecientes al llamado grupo zurrológico (que insta a zurrar y maltratar a

todo ser, vivo o muerto, que se halla cerca de uno) y entre los cuales cabe destacar primordialmente el zurrandol y el atacandol.

El timbre del teléfono vino a interrumpir mis pensamientos, al mismo tiempo que volvía la luz. La voz del empleado de la recepción del hotel se disculpó humilde y solemnemente por la avería, que ya habían reparado. Abrí la puerta que daba al pasillo para ventilar el apartamento. Según pude observar, imperaba el silencio. Algo ahumado, embargado aún por el deseo de impartir bendiciones y caricias, cerré la puerta, me senté en medio de la habitación y comencé a luchar conmigo mismo.

Me resulta difícil describir el estado en que entonces me encontraba, pues no se me antojaba tan simple y tan llano como ahora lo digo. Cada una de mis reflexiones críticas parecía estar inmersa en miel, envuelta en una autosatisfacción tontamente engañosa y paralizadora, y chorreante de un jarabe de sentimientos positivos; mi alma comenzó a sumirse en el más dulce de los pantanos, como si me ahogara en esencias de rosas y mieles. Me esforcé en pensar únicamente en lo que más detestaba,

en el malvado barbudo antipapista del rifle, en los desvergonzados editores de la Literatura Liberada y su babilónico y sodomita festín, y nuevamente en los señores W. C., J. C. M. y A. K. y muchos otros canallas y golfos, para llegar con espanto a la convicción de que a todos los quería, que todo se lo perdonaba a todos; y por si fuera poco, en un instante, igual que se deshacen las pompas de jabón, se desvanecieron de mi mente todos los argumentos defensivos cargados de maldad y sordidez. Un torrente de amor al prójimo inundaba mi cabeza;

sin embargo, lo que más me molestaba era lo que pudiera calificar con las palabras: "del impulso hacia el bien". En lugar de en los venenos psicotrópicos, pensaba ávidamente en las viudas y los huérfanos de los cuales hubiera cuidado con delicia, y no dejaba de asombrarme el hecho de cuan poco me había preocupado por ellos hasta entonces. Y los pobres, los hambrientos, los enfermos y los menesterosos. ¡Dios mío! Movido por esa idea, me arrodillé ante la maleta y saqué de ella cuanto tenía, para ver qué cosas provechosas podría ofrecer a los necesitados.

Y nuevamente, la débil voz de alarma comenzó a resonar en mi subconsciente: ¡Cuidado! ¡No te dejes embaucar! ¡Lucha! ¡Pega! ¡Zurra! ¡Sálvate! gritaba una voz en mí, débil pero desesperadamente.

Me hallaba cruelmente desgarrado. Sentía una carga de imperativo categórico tan poderosa, que ni siquiera hubiese dañado a una mosca. ¡Qué lástima —pensé— que en el Hilton no existieran moscas ni siquiera arañas! ¡Cómo las hubiera mimado y querido! ¡Las moscas, chinches, ratas, mosquitos, piojos! ¡Queridas criaturas, Dios mío!

De paso, bendije la mesa, la lámpara y mis propias piernas. Sin embargo, no me había abandonado un resto de sano juicio, por lo que en el acto le pegué a mi mano derecha que había impartido las bendiciones hasta retorcerme de dolor. ¡Eso no estaba mal! ¡A lo mejor esa sería la salvación! Afortunadamente, el impulso hacia el bien tenía un carácter centrífugo: deseaba el bien para los demás con mayor fuerza que para mí. Para comenzar, me golpeé un par de veces en la cara, hasta que me crujió la espina dorsal y vi las estrellas. ¡Estupendo! Pero había que seguir. Cuando tuve la cara entumecida, la emprendí con mis tobillos. Afortunadamente, llevaba unas botas muy pesadas, con un empeine tremendamente duro. Después del tratamiento a base de furiosos golpes, me sentí instantáneamente mejor lo que no dejaba de ser peor. Cautelosamente, traté de imaginar cómo, si en vez de ser yo, le zurrara al señor J. C. A. Eso no era ya tan imposible.

Mis dos tobillos me dolían terriblemente y quizás gracias a ese automaltratamiento, conseguí pensar que le estaba dando una paliza al propio M. W. Sin hacer caso del dolor, seguí golpeándome. Me venían bien todos los objetos punzantes; de manera que eché mano al tenedor, luego a los alfileres que pude sacar de una camisa aún por estrenar. Las cosas no me fueron tan sencillas; había ciertos fallos, pero al cabo de unos minutos ya

estaba dispuesto nuevamente a seguir adelante, mejorando las cosas, embargado por un torrente de suprema nobleza y de virtuoso frenesí. Ya no tenía la más pequeña duda: algo le pasaba al agua del grifo. ¡Ciertamente! Desde hacía tiempo, en mi maleta llevaba un somnífero, que nunca había utilizado por cuanto me sumía siempre en un estado de ánimo sombrío y agresivo; afortunadamente, no se me había perdido. Tomé una tableta, me la tragué con un poco de mantequilla ahumada que había sobrado (pues rehuí del agua como de la peste), luego me tragué con dificultad dos pastillas de cafeína para contrarrestar los efectos del somnífero, me senté en el sillón y esperé con angustia, aunque con amor hacia el prójimo, los resultados de la lucha química dentro de mi organismo. El amor me seguía violentando, me sentía blandengue como nunca lo había estado en toda mi vida. Por lo visto, la química del mal consiguió triunfar definitivamente sobre los preparados del bien; pues aunque seguía dispuesto a realizar acciones protectoras, ya no era tan indiscriminadamente. En realidad, deseaba ser, por si las moscas, el último de los canallas, aunque no fuese mas que por algún tiempo.

Así me pasé más de un cuarto de hora. Luego me duché, frotándome con una toalla muy áspera, y de vez en cuando, como medida de precaución, me pegaba unos golpes, tal como lo estoy diciendo, a guisa de profilaxis. Seguidamente, me puse esparadrappo en las heridas de los tobillos y los dedos, conté mis magulladuras (realmente me había pegado una buena paliza), me puse una camisa limpia, me arreglé la corbata y acabé de vestirme. Antes de salir, para darme ánimos y como medida de control, me asesté unos golpes en las costillas y como ya iban a dar las cinco, me marché. Contrariamente a lo que me había figurado, en el hotel no sucedía nada de extraordinario. El bar de mi piso en el cual penetré, estaba casi vacío; vi el rifle del papicida apoyado contra una silla, dos pares de piernas asomaban debajo del mostrador, dos de ellas descalzas, pero no cabía calificar esa visión como de muy alta categoría; algunos dinamiteros más estaban jugando a las cartas, mientras que otro tocaba la guitarra, entonando una canción de moda.

Abajo, en el hall, había una multitud de futurólogos, que precisamente se dirigían a la sesión inaugural, por cuanto la sala habilitada para el congreso estaba situada en la parte inferior del edificio. Al principio me sorprendí, pero después de reflexionar pensé que en un hotel como este nadie bebería agua del grifo como yo lo había hecho sino que saciarían su sed con coca cola, schweppes o bien con zumos de fruta, cerveza o té; y para las bebidas largas se utilizaría igualmente el agua mineral o de cualquier otro tipo, pero embotellada; y si alguna persona, por imprudencia había cometido mi propio error bebiendo agua del grifo, a buen seguro que en ese momento estaría encerrada con llave en su apartamento, retorciéndose en medio de las crispaciones de su frenético amor universal.

Me di cuenta de que en un estado como ése, lo mejor era no hablar de mis problemas personales, ya que, siendo extranjero nadie me creería y pensarían más bien de que se trataba de alguna aberración o alucinación mía. Lo más sencillo sería sospechar que era un drogadicto.

Más tarde, me reprocharon que había seguido la política de la ostra o del avestruz, pues si en ese momento lo hubiese aclarado todo es muy posible que no hubieran ocurrido las conocidas desgracias; sin embargo, quienes así hablan cometen un claro error, pues por mucho que hubiese avisado a los huéspedes del hotel, de nada habría servido por cuanto lo que ocurría en el Hilton no tenía ninguna influencia en las peripecias políticas de Costarricania.

Al ir hacia la sala de sesiones, en el quiosco del hotel compré unos periódicos locales, como siempre acostumbro a hacer, aunque no en todos los países, claro está; pero una persona bastante ilustrada siempre puede descifrar el sentido del idioma castellano, aunque no lo domine perfectamente.

En el estrado habían colocado un cartel adornado con el orden del día: el primer punto se refería a la catástrofe urbanística mundial; el segundo, a la catástrofe ecológica; el

tercero, a la catástrofe atmosférica; el cuarto, a la catástrofe energética, y el quinto punto versaba sobre la crisis alimenticia, después de lo cual había una interrupción de las labores congresísticas. La catástrofe tecnológica, militar y política había quedado relegada a la segunda jornada, junto con las libres conclusiones.

Cada orador disponía de cuatro minutos para desarrollar su tesis, lo cual era bastante si se tiene en cuenta que hubo 198 informes de 64 países. Para acelerar el ritmo de los debates, era necesario estudiar uno mismo los informes previamente, puesto que el orador sólo había de expresarse con cifras, subrayando de este modo los pasajes esenciales de su trabajo. Para facilitar la recepción y comprensión de un contenido tan rico, todos los participantes disponíamos de nuestro magnetófono y nuestra computadora portátiles; más tarde, la discusión fundamental habría de tener lugar, precisamente entre las computadoras.

El delegado estadounidense Stanley Hazelton sorprendió la asistencia de buenas a primeras al repetir con mucha fuerza: 4, 6, 11, de lo cual resulta 22; 5, 9, ergo 22; 3, 7, 2, 11, lo que nos da nuevamente ¡¡22!!

Alguien se levantó gritando que 5, eventualmente 6, 18 y 4. Hazelton refutó el argumento inmediatamente, manifestando que, así o de otra manera, eran 22. Entonces busqué en su informe la clave numérica y me di cuenta de que la cifra 22 significaba la catástrofe final.

Seguidamente el japonés Hayakawa presentó un nuevo modelo de vivienda, concebido y elaborado en su país. Se trataba de un edificio de ochocientas plantas, con una maternidad, casa-cuna, escuelas, tiendas, museos, parque zoológico, teatro, cine y crematorio. El proyecto asignaba los locales subterráneos para las cenizas de los muertos, la televisión de cuatro canales, una sala para emborracharse y una clínica para la curación de los alcohólicos, otra sala parecida a un gimnasio para el ejercicio sexual colectivo (lo cual reflejaba las ideas progresistas de los autores del proyecto) y unas catacumbas destinadas a los grupos subculturales. Era ciertamente nueva la idea de que cada familia, diariamente, se mudara de piso, para lo cual el traslado habría de efectuarse, según el movimiento del peón o del caballo en el ajedrez. Esto se hacía para evitar cualquier clase de hastío o de frustración; en todo caso, dicho edificio, de un volumen total de diecisiete kilómetros cúbicos, con sus cimientos en el fondo del océano y cuya superestructura subía hasta la estratosfera, tenía prevista asimismo su propia computadora matrimonial, una especie de casamentera electrónica basada en el sadomasoquismo (pues las parejas formadas por un sádico y una masoquista, o al revés, son, estadísticamente, las más duraderas, por cuanto cada miembro suele encontrar en esa unión lo que ansia). El edificio estaba dotado asimismo de un centro de terapia contra el suicidio.

El segundo delegado japonés Hakayawa, nos mostró la maqueta del citado edificio a la escala del 1:10.000, con su propia reserva de oxígeno, pero sin reservas de agua ni de alimentos por cuanto el edificio estaba planeado en circuito cerrado: es decir, que cada detritus tenía que regenerarse, aprovechando el sudor y otras secreciones corporales.

El tercer japonés, Yahakawa, nos presentó la lista de todos los manjares conseguidos en base a la regeneración de las basuras y residuos del edificio. Figuraban en ella, entre otras cosas, plátanos sintéticos, galletas, gambas, ostras y hasta vino, todo ello artificial, y cabe reconocer que el vino en cuestión pese a su origen suscitado r de unas asociaciones no muy agradables, nada tenía que envidiar, en el sabor, al mejor champán. Por la sala se distribuyeron unas muestras dentro de unos frascos muy estéticos, así como también unos pasteles de carne estupendamente empaquetados, aunque nadie se apresuró en beberse el vino y el pastel fue a parar discretamente detrás de los asientos; cosa que yo también hice.

El plan primitivo, que preveía que el edificio pudiera volar merced a un gigantesco rotor, lo cual hubiese permitido realizar excursiones colectivas, fracasó; junto con la idea de que

de tales edificios se construyeran para empezar 900 millones. También fracasó la idea de que los traslados se hicieran sin motivo. Pues aun cuando el edificio hubiese contado con 1.000 salidas y los habitantes las utilizaran todas, eso sería imposible, ya que cuando el último hubiera abandonado el edificio, los niños nacidos mientras tanto ya estarían crecidos.

Los japoneses parecían estar muy satisfechos de su proyecto. Tras ellos, tomó la palabra otro delegado norteamericano, Norman Youhas, quien propuso varios métodos distintos para frenar la explosión demográfica. A saber: desalentar a la gente mediante la persuasión y las medidas policiales, la lucha contra el erotismo, el celibato obligatorio, el onanismo, la subordinación y la castración para los que desobedecieren. Cada matrimonio tendría el derecho a procrear un hijo, tras el correspondiente examen sobre tres temas: la copulación, la educación y la ausencia de enfrentamientos entre los cónyuges. El nacimiento ilegal de un niño sería castigado; la premeditación y la reincidencia podrían penarse hasta con la prisión a cadena perpetua. Contra dicho informe se alzaron las hermosas carpetas y bloques con cupones que nos habían entregado entre los materiales del congreso. Hazelton y Youhas postularon por un nuevo tipo de profesión, o sea, la de vigilante matrimonial, de prohibidor y de separador; un nuevo proyecto de código penal en el que el embarazo se consideraba como el delito principal y de una nocividad extraordinaria bajo el punto de vista social, nos fue distribuido en el acto. Durante la distribución del mismo se produjeron algunos incidentes. Pues desde la galería del público lanzaron un cocktail Molotov. El servicio de auxilio (se hallaba discretamente disimulado en los pasillos) cumplió con su tarea y las fuerzas del orden no tardó en quitar los sillones destrozados y los restos de un gran neumático de nylon, pintado con alegres y estéticos colores. Como puede verse, en todo se había pensado con anticipación.

Entre los diferentes informes, intenté leer la prensa local y aunque la entendía a medias logré enterarme de que el gobierno había mandado a la capital una unidad de tanques, que todas las fuerzas de policía estaban en estado de alerta y que se había decretado el estado de sitio. Al parecer, aparte de mí, nadie en la sala se daba cuenta de la gravedad de la situación en el exterior. A las siete hubo una pausa durante la cual los congresistas podían ir a cenar, bien entendido que por cuenta propia; por mi parte, al volver a la sala, compré la edición especial del periódico gubernamental "La Nación" y algunos periódicos de la oposición extremista salidos esa misma tarde.

Pese a mis pocos conocimientos de castellano, me quedé asombrado, puesto que al lado de los artículos rebosantes de un optimismo triunfalista acerca de los lazos de amor entre la gente, como garantía de la felicidad universal, pude leer otros, llenos de datos respecto a la sangrienta represión. Las amenazas de los extremistas mantenían el mismo tono. Tal disonancia sólo podía explicármela con la hipótesis de que mientras ciertos comentaristas habían bebido agua del grifo, los otros no. Los redactores del órgano derechista debían beber menos agua de esa, puesto que como es lógico ganaban más que los de la prensa de la oposición y podían permitirse el lujo de tomarse bebidas más costosas durante el trabajo. Pero los de la oposición, aunque obligados como es sabido a observar una cierta sobriedad en nombre de los más elevados lemas e ideales, saciaban su sed con agua solamente en determinadas circunstancias, si tenemos en cuenta que el quartzupio, bebida extraída del zumo fermentado del melmenol, es muy barato en Costarricania.

Apenas si los delegados se habían arrellenado en sus blandos sillones y el profesor Dringenbaum, de Suiza, citaba sus primeras cifras, cuando a lo lejos se oyó un sordo estampido; el edificio se estremeció sobre sus cimientos, los cristales vibraron, pero los optimistas gritaron que se trataba solamente de terremoto. Por mi parte pensé que algún grupo de los contestatarios que estaban en el hotel, habría lanzado petardos en el hall. De todas maneras noté que las explosiones eran bastante potentes y seguidamente se oyeron los característicos tabletes de las ametralladoras. Ya no cabía la menor duda: las

luchas callejeras eran un hecho en Costarricania. Los primeros en abandonar la sala fueron los periodistas, atraídos por el tiroteo, quienes se lanzaron a la calle para cumplir con su deber profesional.

Durante unos minutos, el profesor Dringenbaum intentó proseguir su informe, redactado en un tono bastante pesimista, puesto que sostenía que la siguiente fase de nuestra civilización sería el canibalismo. Se apoyaba en la conocida tesis de los norteamericanos, quienes vaticinaban que de seguir las cosas tal como iban en la Tierra, dentro de cuatrocientos años, la humanidad se convertiría en un cuerpo vivo y redondo que se multiplicaría con la velocidad de la luz.

Pero el orador suizo se vio interrumpido por nuevas explosiones. Desorientados, los futurólogos empezaron a dejar la sala, mezclándose en el hall con los asistentes al Congreso de la Literatura Liberada, quienes, tal como lo atestiguaba su aspecto, estimulados por el estallido de la lucha, se habían lanzado a la acción sin importarles un bledo el peligro de la superpoblación. Junto con los redactores de la editorial A. Knopf, las secretarías (no diré que iban destapadas, puesto que salvo los dibujos estilo pop que llevaban pintados sobre la piel, iban enteramente desnudas) tenían unas pipas orientales o narguilés portátiles con los que fumaban una mezcla muy de moda por entonces de LSD, marihuana, yohimbina y opio. Según me dijeron, los representantes de la Literatura Liberada habían quemado en efígie al secretario de Correos de EE. UU. por haber ordenado destruir en sus oficinas los impresos que instaban a practicar masivamente el incesto y se comportaban desvergonzada en el hall, sin importarles la gravedad de la situación. Los únicos en no atender a la moralidad pública fueron los que estaban ya totalmente extenuados o bajo los efectos de las drogas. Oí unos gritos procedentes de la centralita del hotel: estaban agrediendo a las telefonistas. Una especie de panzudo con piel de leopardo y una pipa de hachish en la mano irrumpió en el guardarropas atacando a todo el personal; apenas si consiguieron maniatarle los empleados de la recepción con la ayuda de los porteros. Desde el entresuelo, alguien nos lanzó un puñado de fotografías polícromas en las que se veía perfectamente lo que bajo la influencia de la concupiscencia puede hacerle un hombre a otro hombre, y mucho más.

Tan pronto como en la calle asomaron los primeros tanques, que se divisaban perfectamente a través de los cristales, los ascensores del hotel se llenaron de una multitud vociferante y espantada de fulleros y contestatarios, quienes pisando los famosos pasteles y entremeses traídos por los editores y que estaban desparramados por el suelo del hall, corrían en todas direcciones.

Mugiendo como un búfalo enloquecido y pegando culatazos con su rifle a cuantos tropezaba en su camino, apareció el barbudo antipapista; lo vi que se lanzaba a la calle y como parapetándose detrás de una esquina empezaba a disparar contra todo lo que se movía delante de él. Por lo visto, pese a su ideología extremista y a su tremendo radicalismo, le importaba un bledo contra quien disparaba.

Lleno de gritos de espanto y del más tremendo desenfreno, el hall se había convertido en una auténtica olla de grillos, cuando de pronto comenzaron a volar los enormes vidrios y las cristaleras. Traté de dar con algún periodista conocido, pero al ver que todos se echaban a la calle, salí tras ellos porque en el interior del Hilton la atmósfera se volvía cada vez más pesada. Un par de fotógrafos de prensa, resguardados tras la pared lateral del vial para los carros que existía debajo del alero del hotel, estaban filmando tenazmente las inmediaciones del edificio, aunque sin gran sentido por cuanto, como siempre sucede en tales casos, lo primero que ocurrió es que incendiaron un carro con matrícula extranjera; y del parking del hotel empezaron a brotar llamas y humo.

Junto a mí, Mauvin, el enviado de la agencia France Presse, se frotaba las manos de gusto, por haber llegado al hotel en un carro alquilado de la firma Hertz y al ver el fuego que salía chisporroteando de su Dodge, se moría de risa, lo cual no podía decirse de la mayoría de los periodistas americanos.

Entonces me fijé en los que se afanaban por apagar el fuego; eran casi exclusivamente ancianos vestidos pobremente, que traían cubos de agua de las fuentes vecinas. Esa escena ya daba que pensar. Un poco más allá, en la entrada de la Avenida de la Salvación y la Resurrección, relucían vagamente los cascos de los policías; sin embargo, la plaza que se extendía delante del hotel, con el césped y las enormes palmeras que la rodeaban, estaba desierta en ese momento. Los ancianos se estimulaban en la tarea salvadora con sus voces cascadas, pese a que sus piernas les flaqueaban por los años. Ese espíritu de sacrificio me asombró, pero de pronto recordé mi experiencia de aquella mañana y en el acto informé a Mauvin de mis sospechas. El fragor de las armas automáticas y de las sordas explosiones dificultaba nuestro diálogo. Durante unos segundos, en el rostro sagaz de mi interlocutor pude leer la más completa desorientación, pero de repente le brillaron los ojos y exclamó un ¡ah! con tanta fuerza que cubrió el tumulto.

—¿El agua, el agua del grifo, verdad? ¡Santo Dios! ¡Por primera vez en la historia!... ¡La criptoquímico-democracia! gritó, y se fue corriendo hacia el hotel. Naturalmente, para telefonar; pues por muy extraño que parezca, aún funcionaban las comunicaciones.

Estando en el portal del hotel, vino hacia mí el profesor Trotteireiner, del grupo de futurólogos suizos y entonces ocurrió lo que hacía ya tiempo que hubiera debido ocurrir: el cordón de policías con sus cascos negros, sus escudos negros, sus máscaras antigases y las armas en las manos rodearon totalmente el Hilton para hacer frente a la multitud que se metía por el parque que nos separaba del edificio del teatro municipal. Las unidades especiales emplazaron rápidamente los lanzagranadas y dispararon la primera salva contra los insurrectos. Las explosiones eran singularmente débiles y las granadas despedían unas nubes de humo blanquecino. Pensé inmediatamente que se trataba de gases lacrimógenos; sin embargo, la multitud en lugar de echar a correr o de reaccionar con un furioso tumulto, comenzó a apresurarse hacia las vaporosas nubes. Se apagaron pronto los gritos y en su lugar pude escuchar una especie de letanía o de canto litúrgico.

Los periodistas, que iban corriendo con sus cámaras y sus magnetófonos entre el cordón de policías y la entrada del hotel, se rompían la cabeza, tratando de comprender lo que estaba sucediendo, pero yo ya me lo imaginaba: sin duda la policía estaba utilizando la substancia química benefactorina bajo la forma de un aerosol.

Pero en ese preciso momento de la Avenida del... —ya no recuerdo el nombre— salió otra columna de manifestantes que nada querían saber de aquellas granadas, o al menos así parecía. Más tarde dijeron que esa columna siguió adelante para fraternizar con la policía en lugar de liarse a palos con ella, pero ¿quién podía imaginar una tan sutil distinción en medio de aquel caos?

Resonaron las salvas de granadas, y tras ellas se escuchó en primer lugar el silbido característico de los cañones de agua, seguido de unas ráfagas de armas automáticas y de pronto los proyectiles rasgaron el aire. La cosa iba en serio; me tiré cuerpo a tierra detrás del muro de la calzada como si se tratara del parapeto de una trinchera, entre Stantor y Haynes del "Washington Post". Les expliqué rápidamente de lo que se trataba, pero en lugar de agradecérmelo, se enfurecieron conmigo por haber revelado aquel secreto capital al reportero de France Presse y salieron pitando hacia el hotel; pero regresaron en seguida muy decepcionados porque ya se habían interrumpido las comunicaciones.

Stantor se fue no obstante hacia el oficial que mandaba la defensa del hotel y por él se enteró de que dentro de unos minutos iban a despejar los aviones cargados de bempas (BAP) o sea Bombas de Amor al Prójimo.

Nos ordenaron abandonar el lugar, pero no nos movimos; mientras tanto, todos los policías se pusieron unas máscaras antigases con absorbedores especiales, y también nos las repartieron a nosotros.

El profesor Trotteireiner, que casualmente es un especialista de la farmacología psicotrópica, me advirtió que no utilizase aquella máscara en ningún caso, porque dejaba de funcionar como elemento protector ante las fuertes concentraciones de aerosol; me explicó que entonces se produce el así llamado fenómeno de "transición" en el absorbedor y en cierto momento puede ocurrir que uno se trague una dosis mucho más fuerte que respirando el aire ambiente.

Ante mi desconcierto, me dijo que el único elemento salvador era un aparato de oxígeno. Así que salimos corriendo hacia la recepción del hotel donde tuvimos la suerte de encontrar al último empleado que había quedado; siguiendo sus instrucciones, estuvimos rebuscando en el local de los bomberos, donde efectivamente no faltaban los aparatos de oxígeno tipo Draeger con circuito cerrado.

Provistos de ellos, volvimos junto con el profesor a la calle en el preciso momento en que el terrorífico zumbido de los aparatos desgarrando el aire anunciaba el raid de los primeros bombardeos. Como es sabido el hotel Hilton fue bombardeado con las bempas de marras a los pocos minutos de comenzar el ataque. Los resultados fueron tremendos. Las bombas sólo cayeron a decir verdad en el ala más alejada de la parte inferior del edificio en cuyos locales alquilados se hallaban los stands de la exposición montada por la Unión de Editores de Literatura Liberada, de manera que entre los huéspedes del hotel no hubo víctimas, pero en cambio, las cosas les fueron muy mal a los policías encargados de vigilarnos.

Al poco rato, el amor al prójimo cundió hasta el paroxismo en las filas de los policías. Pude ver como arrancándose las máscaras de la cara, con los ojos llenos de lágrimas de contrición y de rodillas, imploraban el perdón de los manifestantes, tendiéndoles con fuerza sus recias porras y suplicando que les dieran con ellas una buena tunda. Y tras el nuevo bombardeo con aquellas bombas, al aumentar aún más la concentración del aerosol, los policías se lanzaron uno tras otro por la calle, para acariciar y mimar al primero que encontraban.

Más tarde se pudo reconstruir, aunque parcialmente y tras varias semanas de investigaciones, el desarrollo de aquellos acontecimientos tan trágicos. El gobierno había decidido ya desde la mañana sofocar de raíz el golpe de estado que se venía fraguando, introduciendo en la torre de agua unos 700 kilos de bidulcilate de benefactorina y de supercaricianina con felicitol; mandaron corkar como medida preventiva el suministro de agua a los cuarteles de policía y de las fuerzas aunadas, pero por falta de expertos dicha acción no tenía más remedio que fracasar. Pues nadie pensó en el fenómeno de transición dentro de los filtros de las máscaras antigases ni tampoco en el hecho de que los más diversos grupos sociales suelen utilizar de diversos modos el agua potable.

La conversión de la policía afectó tanto más cruelmente a los órganos gubernamentales, ya que tal como me lo explicó el profesor Trotteireiner, la acción de las substancias benefactorinas es mucho mayor en el caso de serles administradas a los individuos que, por naturaleza, están menos inclinados a los impulsos de la solicitud y el bien. Así se explica qué, cuando dos aviones del segundo raid lanzaron sus bombas sobre la sede del gobierno, un gran número de altos funcionarios de la policía y de las fuerzas armadas se suicidaron, al no poder aguantar los tremendos remordimientos de conciencia por la política seguida hasta entonces. Si añadimos, que el propio general Díaz, antes de pegarse un tiro en la cabeza, ordenó abrir las puertas de las cárceles y liberar a todos los presos políticos, es fácil imaginar de qué manera las luchas arreciaron aquella misma noche.

Las bases aéreas alejadas de la capital no se vieron afectadas y los oficiales se atuvieron a las órdenes impartidas con toda responsabilidad, mientras que los observadores de las fuerzas del ejército de tierra y la policía, encerrados en sus bunkers herméticos, al ver lo que ocurría, recurrieron finalmente a las medidas más drásticas que sumieron a toda Nounas en la más tremenda confusión.

Naturalmente, de todo ello no teníamos ni la menor idea en el Hilton, A las once de la noche, en la plaza y en las palmeras que la circundaban y que se habían convertido en el principal teatro de operaciones, aparecieron las primeras unidades acorazadas del ejército, con la orden de sofocar los impulsos de amor al prójimo, que se habían enseñoreado del cuerpo de policía. Y allí corrió la sangre a ríos.

El desventurado Alphonse Mauvin se encontraba junto al lugar donde estalló una granada ablandadora; la explosión le arrancó un dedo de la mano izquierda y la oreja del mismo lado; sin embargo, Mauvin me aseguró que aquello no era nada: que de aquella mano hacía ya tiempo que no se valía y que de la oreja no había por qué lamentarse y, si lo deseaba, estaba dispuesto a ofrendarme su otra oreja; sacó incluso un par de tijeritas de su bolsillo, pero conseguí quitárselas de las manos sin objeción de su parte y me lo llevé al improvisado punto de socorro donde se ocuparon de él las secretarias de los editores liberados, las cuales estaban todas llorando a mares debido a su química conversión. Se habían vestido e incluso se habían puesto unos velos para así no tentar a nadie. Algunas de ellas, más afectadas aún que las demás, se habían rapado el pelo ¡pobres desgraciadas!

Al salir del puesto de socorro, tuve la mala suerte de tropezarme con un grupo de editores. De pronto, no los reconocí: se habían vestido con algunos viejos sacos de yute e iban ceñidos con unas cuerdas que les servían para flagelarse; pidiendo misericordia, uno tras otro fueron inclinándose ante mí, suplicando que me dignara azotarles como se merecían por haber depravado a la sociedad. ¡Cuál no sería mi asombro, cuando al fijarme en ellos me di cuenta que todos esos flagelantes eran los colaboradores de la revista "Playboy" con su redactor jefe á la cabeza! No conseguí escabullirme de éste último, dado el tremendo remordimiento que lo devoraba. Todos me suplicaron, diciendo que gracias a mi aparato de oxígeno, yo era el único que podía zurrarles con la fuerza necesaria.

Finalmente, en contra de mi voluntad, y para que me dejaran tranquilo, accedí a su demanda. Los brazos se me caían de tanto azotar y estaba temiendo no poder encontrar una nueva botella llena de oxígeno para cuando se me terminara la que llevaba, pero ellos formando una larga cola, esperaban ansiosos su vez. Para deshacerme de ellos, les mandé recoger los enormes posters y carteles instalados por los editores liberados y que las explosiones de las bombas en el ala lateral del Hilton habían diseminado por todo el hall, que en ese momento semejava la conjunción de Sodoma y Gomorra. Siguiendo mis instrucciones, formaron una enorme pila de papeles delante del hotel y la prendieron fuego.

Por desgracia, los artilleros que estaban emplazados en el parque tomaron aquella pila por una señal de los insurrectos y concentraron el fuego de sus cañones contra nosotros. Escapé como pude hacia el subterráneo del hotel donde me tropecé con el escritor Harvey Simworth, a quien se le había ocurrido la idea de reescribir los cuentos infantiles transformándolos en obras pornográficas (así había escrito "La Larga Caperucita Roja" y "Alí Baba y los cuarenta depravados"); luego hizo una fortuna con la transcripción, en su nuevo estilo, de los clásicos de la literatura mundial, valiéndose para su tarea de la simple adición al auténtico título original del subtítulo "La vida sexual de..." (por ejemplo, de Aladino, Gulliver, los enanos de Blanca Nieves, etc...). En balde le expliqué que ya no podía mover los brazos, pero tanto gritó y lloró el tal Harvey, que no tuve más remedio que darle un meneo para contentarlo, ¿qué más podía hacer?

Después de esas vicisitudes estaba tan agotado físicamente que a duras penas pude llegar al puesto de bomberos donde afortunadamente encontré un par de botellas llenas de oxígeno. Sentado sobre un rollo de mangueras, allí estaba el profesor Trottelleiner, sumido en la lectura de las ponencias futuroológicas, y satisfechísimo por haber encontrado por fin un rato libre en su carrera de participante profesional en los congresos. Mientras tanto, el bombardeo con bombas de amor al prójimo arreciaba de lo lindo.

Trotteireiner aconsejó utilizar en los casos agudos de crisis de amor (pues resultaban atroces, en particular para quienes estaban afectados por los espasmos acariciantes) unas cataplasmas así como fuertes dosis de ricino alternadas con lavados de estómago.

En el centro de prensa, Stantor, Wooley del "Herald" y los fotógrafos Sharkey y Küntze que en esos momentos trabajaban para "Paris-Match", con las máscaras antigases puestas, estaban jugando a las cartas, ya que por falta de comunicaciones no tenían nada que hacer. Estaban cortando, cuando se presentó el periodista americano Jo Missinger gritando que a los policías les habían distribuido pastillas de furiasol para contrarrestar los efectos de la benefactorina. No tuvo que decírnoslo dos veces, salimos corriendo hacia el sótano, pero al rato nos enteramos de que se trataba de un falso rumor. Así que salimos nuevamente del hotel a ver qué pasaba. Observé con tristeza que ya se habían desplomado unas decenas de las plantas superiores del edificio; una avalancha de escombros se había tragado mi apartamento con todo lo que allí se encontraba. El resplandor del incendio abarcaba las tres cuartas partes del cielo. Un policía encasquetado y muy cuadrado de espalda, se lanzó hacia un adolescente gritando:

—¡Por el amor de Dios, detente! ¡Te quiero!— pero el joven ni le hizo caso.

La refriega pareció amainar un tanto; movidos por su curiosidad profesional, los periodistas querían echar un vistazo por los alrededores; de forma que con precauciones nos fuimos hacia el parque.

Allí se estaban celebrando, con la participación activa de los policías, toda suerte de misas negras, rosas, blancas y mezcladas. Una gran multitud congregada cerca de aquel lugar, lloraba mostrando unas pancartas con unas enormes inscripciones tales como ésta: ¡INSULTADNOS, SOMOS UNOS PROVOCADORES! Teniendo en cuenta el grueso número de aquellos Judas arrepentidos, los gastos del gobierno para retribuirlos debían ser cuantiosos e influir negativamente en la situación económica de Costarricania.

De vuelta al Hilton, observamos delante de la puerta un nuevo gentío. Los perros lobos de la policía, metamorfoseados en San Bernardos, salían del bar del hotel con las bebidas más caras que iban repartiendo sin discriminación entre la multitud. En el mismo bar, los policías y los contestatarios, entremezclados, entonaban alternativamente cantos revolucionarios y reaccionarios.

Me fui al sótano, pero las escenas de conversión, de ternura, de arrepentimiento y de cariño que allí contemplé me asquearon de tal manera que volví al local de los bomberos en el que sabía que se encontraba el profesor Trotteireiner. Para mi gran sorpresa, él también había elegido a tres compañeros y estaba jugando al bridge. El profesor Quetzalcoatl sacó un as de triunfo y Trotteireiner se irritó de tal manera que se levantó de la mesa. Cuando todos se calmaron, por la puerta asomó la cabeza de Sharkey quien nos informó que con su transistor acababa de captar la alocución del general Aquillo, quien anunciaba una sangrienta represión bombardeando la capital con bombas convencionales.

Tras una breve consulta, decidimos retirarnos cuanto antes a las estructuras más bajas del Hilton, o sea al túnel de las canalizaciones. Como quiera que las cocinas del hotel estaban en ruinas nada había que comer. Los hambrientos contestatarios, fulleros y editores liberados se atiborraron de pastillas de chocolate y otros dulces virilizantes que encontraron en el centro erótico que ocupaba una de las esquinas del ala del Hilton. Pude contemplar en sus caras los efectos de aquellos afrodisíacos y otras sustancias incrementadoras de la lascivia, a medida que iban mezclándose en sus arterias con la benefactorina que ya se habían tragado. Espantaba el pensar a qué escalada química conduciría todo aquello.

Vi fraternizar a los futurólogos con los limpiabotas indios, a los agentes de la policía secreta con los criados del hotel; fraternizaban los gatos y las enormes ratas y a todos ellos los lamían por igual los perros policías.

Nuestra lenta marcha —pues teníamos que abrirnos paso dificultosamente a través de la multitud— resultaba agotadora, sobre todo para mí, ya que andaba detrás de los demás, cargado con la mitad de las botellas de oxígeno de reserva.

Acariciado, besado en las manos y los pies, adorado y asfixiado por tantos apretones y caricias, seguí chapoteando por el túnel hasta que por fin oí el grito de triunfo de Stantor: ¡había descubierto la entrada a la alcantarilla! Con un último esfuerzo logramos levantar la pesada losa y uno tras otro fuimos metiéndonos en el pozo de hormigón.

Ayudando al profesor Trotteireiner cuyos pies resbalaban por los barrotes de la escalera de hierro, le pregunté si se había imaginado el congreso de esa manera. En lugar de contestar, intentó besarme la mano, lo cual me hizo pensar inmediatamente, en lo que le había pasado: al desplazársele la máscara, había tragado aire exterior bastante cargado de Sustancia ablandadora y benefactora. En el acto le aplicamos la tortura —según consejo de Howler de respirar oxígeno puro y leer en voz alta el informe de Hayakawa.

Al recobrar el sentido, lo que manifestó soltando unos tacos tremendos. Trotteireiner prosiguió su marcha junto con nosotros. De pronto, a la luz de las linternas se divisó una mancha aceitosa sobre la negra superficie de la cloaca; esa visión nos llenó de alegría, pues ya no nos separaba de la superficie de la ciudad bombardeada con las bombas de amor al prójimo una capa de tierra de diez metros.

Pero cuál no sería nuestro asombro, al ver que algunos habían pensado en aquel refugio antes que nosotros. Pues en el umbral de hormigón armado de la cloaca estaba toda la dirección del Hilton; los precavidos directivos se habían provisto de los sillones hinchables de la piscina del hotel, de un aparato de radio y un buen acopio de whisky, de refrescos y comida fría. Como quiera que ellos también llevaban aparatos de oxígeno, no cabía pensar en que quisieran compartir buenamente sus víveres con nosotros. Pero al serles superiores en número, adoptamos una actitud amenazadora que los convenció, y aunque a regañadientas pudimos probar sus langostas. Con ese inesperado banquete se clausuró la primera jomada del Congreso futuroológico.

Agotados por las aventuras de aquella jomada tormentosa, nos dispusimos a pasar como pudiéramos la noche teniendo en cuenta que deberíamos dormir en los angostos pasadizos de cemento que bordeaban la cloaca los cuales estaban llenos de los consabidos detritus y basuras. Asimismo el primer problema que nos tocaba zanjar era el de la justa distribución de los sillones hinchables traídos por la precavida dirección del Hilton. Los sillones, eran seis para doce personas, puesto que los directivos habían pensado compartir cada una de aquellas improvisadas literas con sus respectivas secretarías; mientras tanto, los que habíamos entrado en la cloaca bajo la dirección de Stantor, sumábamos una veintena contando el grupo de los profesores futurólogos Dringenbaum, Hazelton y Trotteireiner, los periodistas y reporteros de la televisión CBS, y dos personas que nos habíamos encontrado por el camino; un individuo recio con una chaqueta de piel y pantalones de sport que nadie conocía, y la pequeña Jo Collins, colaboradora personal del redactor de la revista "Playboy"; Stantor tenía la intención de aprovecharse de la conversión química de la muchacha y por el camino ambos ya se habían puesto de acuerdo, según oí, sobre los derechos acerca de sus recuerdos.

Las cosas se pusieron bastante tirantes dado que solo había seis sillones para treintaisiete pretendientes a dormir en ellos. Permanecimos un buen rato ante aquellas anheladas literas, mirándonos por debajo de las máscaras de oxígeno, hasta que alguien propuso que a una determinada señal todos nos quitásemos las máscaras. Estaba claro que al ser entonces presa del más encendido altruismo, el litigio habría de zanjarse. Pero nadie se atrevió a probar. Tras una larga discusión se llegó por fin aun compromiso viable; sortearíamos entre todos un período de tres horas de sueño en los sillones. Para efectuar el sorteo nos valimos de los famosos cupones copulativos del hermoso folleto que algunos de nosotros llevábamos encima.

La suerte hizo que me tocara dormir en el primer turno, de manera que compartí el sillón con el profesor Trotteireiner, hombre muy delgado y hasta huesudo, lo cual era lo mejor que podía desear para compartir el sillón. Los del turno siguiente nos despertaron de muy mala manera y ocuparon nuestro sitio; mientras me acurrucaba en el pasadizo al borde de la cloaca, comprobé con inquietud el estado de la botella de oxígeno. Estaba claro que el gas vital se acabaría dentro de unas pocas horas y la perspectiva inevitable de sumirnos en una involuntaria benevolencia nos ponía de muy mal humor.

Enterados de que yo ya había pasado por esa beatitud, mis compañeros no dejaban de hacerme preguntas acerca de mis impresiones. Les aseguré que aquello no era tan malo, aunque sin gran convicción por mi parte. Estábamos muertos de sueño; para no caer en la cloaca, nos atamos como pudimos a la escalera de hierro del pozo.

El eco de una explosión más fuerte que las acostumbradas me hizo estremecer de inquietud. Miré a mi alrededor en medio de la semioscuridad, pues solo estaba encendida una linterna para ahorrar luz.

A lo largo de la cloaca corrían unas ratas muy grandes; lo más extraño es que iban una tras otra, andando sobre sus patas traseras. Me pellizqué, pero no estaba soñando.

Desperté al profesor Trotteireiner para mostrarle aquel fenómeno, pero no supo que decirme. Las ratas iban en parejas, sin reparar lo más mínimo en nuestra presencia. En todo caso, no se atrevían a lamernos, lo cual a juicio del profesor no dejaba de ser un buen síntoma. Por lo visto el aire de la cloaca estaba limpio. Con mucha precaución nos quitamos las máscaras. Los reporteros que estaban junto a mí dormían a pierna suelta; las ratas seguían paseando sobre sus dos patas mientras el profesor y yo empezamos a estornudar, pues nos picaba mucho la nariz. De pronto pensé que ello era debido al hedor de la cloaca; hasta que comencé a fijarme en las primeras raíces. Me agaché para contemplar mis piernas; no había ninguna equivocación: estaba echando raíces más o menos desde las rodillas para abajo, mientras que más arriba estaba verdeciendo. Ahora ya me salían brotes hasta de las manos; se abrían y crecían ante mis ojos; las yemas se hinchaban, muy blanquecinas naturalmente, como suele ocurrir con las plantas en las bodegas; tuve la impresión de que dentro de un momento, empezaría a florecer y dar fruto.

Quise preguntarle a Trotteireiner cuál era su opinión al respecto, pero pese a que alcé la voz, él siguió roncando.

Los que dormían se parecían a unos setos tallados, llenos de hojas y de flores escarlatas. Las ratas se comían las hojas, lamiéndose los bigotes y crecían cada vez más. Pensé que, un poco más, y podría cabalgar sobre ellas. Como un árbol cualquiera anhelaba el sol.

Llegaron hasta mí, desde muy lejos, unos retumbos rítmicos; un fragor que iba extendiéndose, silbando y repetido por el eco a través de las galerías de la cloaca; entonces comencé a enrojecer, luego a marchitarme y finalmente fui perdiendo mis hojas. ¡Cómo! ¿Ya estamos en el otoño? ¿Tan pronto? —pensé, asombrado.

De ser así, ya era hora de marchar; de manera que me arranqué de allí y agucé el oído. No tocaban ni siquiera las cornetas. La rata ensillada, que no dejaba de ser un espécimen extraordinario para cabalgar, volvió la cabeza y me estuvo mirando por debajo de los párpados colgantes y correosos de los melancólicos ojos del profesor Trotteireiner. Entonces fui presa de una duda: si el profesor se parecía a una rata, no le importaría que lo ensillasen, pero si era solamente la rata la que se parecía al profesor, de nada me valdría. Sin embargo, sonaron las cometas. Pegué un salto en la silla y caí en la cloaca; ese baño asqueroso me volvió el sentido. Lleno de asco y de rabia me subí nuevamente al pasadizo. Las ratas me dejaron un poco de sitio aunque de mala gana.

Estaba claro —pensé— que era presa de algún alucinógeno, pues si yo podía volverme árbol ¿por qué las ratas no iban a transformarse en seres humanos? A tientas, anduve buscando mi máscara de oxígeno para ponérmela rápidamente. Al encontrarla, me la

puse en la cara, y comencé a aspirar, muy preocupado, puesto que ¿cómo podía saber si se trataba de una máscara real o no era más que una visión?

Bruscamente se hizo la luz a mi alrededor, alcé la cabeza y vi la losa abierta y junto a ella a un sargento de las fuerzas norteamericanas, que me tendía la mano.

—¡Pronto, pronto! —gritó.

—¿Qué pasa? ¿Ya están aquí los helicópteros? —exclamé sobresaltado.

—¡Venga, suba! ¡Rápido!

Los demás también acudieron; fui subiendo por la escalera.

—¡Por fin! —suspiró Stantor detrás de mí.

En la superficie iluminada por los incendios me asombré: allí no se veía ningún helicóptero; solamente unos soldados con sus cascos de combate y los paracaidistas, que me entregaron una especie de aparejo.

—¿Qué es esto? —pregunté muy extrañado.

—¡Rápido, rápido! —gritó el sargento.

Los soldados comenzaron a ponerme el aparejo. ¡Una alucinación!, dije para mí.

—Nada de eso —replicó el sargento—, estos son unos equipos de salto, nuestros cohetes individuales. El depósito está dentro de la mochila. Agárrese a esto —y me puso en la mano una especie de palanca de mando, mientras los soldados me sujetaban las cinchas del aparejo—, ¡Bien! —dijo el sargento, y agarrándome por el brazo, apretó algo dentro de mi macuto.

Se escuchó inmediatamente un prolongado y violento silbido, el vapor o un humo blanco salió de la tobera del macuto, envolviéndome las piernas y salí disparado por el aire lo mismo que una pluma.

—¡Pero si yo no sé cómo pilotar este chisme! —grité al tiempo en que subía raudo hacia el cielo negro y amenazador por encima del resplandor de los incendios.

—¡Ya aprenderá usted! —gritó el sargento desde tierra—, ¡Dirección, la estrella polar! —agregó.

Miré hacia abajo. En ese momento estaba volando por encima de un gigantesco montón de escombros de lo que unas horas antes fuera el hotel Hilton. Cerca de allí se divisaba un pequeño grupo de gentes y un poco más allá salían lenguas de fuego de un enorme anillo, bajo cuyo resplandor negreaba una mancha redonda: el profesor Trottelreiner debajo de su sombrilla. Estuve palpando mi aparejo para comprobar si las correas y las cinchas estaban bien puestas. El macuto gluguteó, chisporroteó y silbó; la tobera me quemaba cada vez más las pantorrillas con los gases de escape; traté de ralentizar el motor como pude, pero perdí mi estabilidad y durante un buen rato anduve dando vueltas por el espacio como un trompo. Luego, sin quererlo, di con el mando, modifiqué algo en el vuelo, y de golpe recobré la estabilidad, volando horizontalmente.

Aquello resultaba francamente hasta agradable y todo hubiese sido estupendo de haber sabido a dónde me dirigía. Manipulé el mando, intentando a la vez echar un vistazo al espacio que se abría bajo mis pies. Contra el fondo de los incendios, se perfilaban los negros muñones de los edificios destruidos. Vi unas estelas de fuego azules, rojas y verdes culebreando hacia mí desde la tierra, y comprendí que los antiaéreos estaban hostigándome. Metí los gases para acelerar mi vuelo; el macuto rugía y silbaba como una vieja locomotora, rociándome las piernas de agua hirviendo y salí disparado por un aire más negro que el alquitrán. El viento zumbaba en mis oídos y sentí como mi navaja, mi cartera y demás objetos que llevaba en los bolsillos se escapaban; intenté retenerlos, pero en vano.

Me encontraba solo debajo de las sosegadas estrellas, y continuaba zumbando, rugiendo y silbando: volaba. Traté de identificar la estrella polar para dirigirme hacia ella, pero cuando lo conseguí el motor pegó un último chisporroteo y empecé muy rápidamente a perder altura. Por milagro, cuando ya iba a estrellarme —pues ya divisaba la tierra

debajo de mí, la sombra de los árboles y algunos tejados— la tobera vomitó un resto de vapor y eso frenó de tal modo mi caída que aterricé casi blandamente sobre el césped.

Cerca de allí, alguien se lamentaba en la cuneta de la calzada. Lo más asombroso sería —pensé para mí— que allí estuviera el profesor. ¡Y realmente era él! Lo ayudé a levantarse; estaba palpándose todo el cuerpo, lamentándose de haber perdido sus gafas. Por lo demás, no se había hecho daño. Me pidió que le ayudara a quitarse su aparejo; hecho lo cual se arrodilló junto a él y sacó algo de un bolsillo lateral; se trataba de una especie de tubo de acero con una rueda.

—¡Y ahora, déjeme mirar en el de usted! —me dijo.

De mi macuto sacó otra rueda y después de estar manipulando un rato, me ordenó:

—¡Suba, que nos marchamos!

—¿Qué dice? ¿Adonde he de subir? —pregunté ljon atónito.

—En el tándem, nos vamos a Washington? —manifestó el profesor lacónicamente, con un pie puesto ya sobre el pedal.

—¡Alucinación! —dije.

—¡Déjese de tonterías! —exclamó el profesor irritado—. Se trata del simple pertrecho de los paracaidistas.

—¡Bien, bien! Pero, dígame, ¿cómo sabe usted esas cosas? —pregunté al instalarme en el segundo sillín.

El profesor se apoyó sobre los pedales y salimos por el césped hasta llegar a la carretera asfaltada.

—¡Trabajo para la USAF! —gritó el profesor, pedaleando furiosamente.

Según mis recuerdos, para llegar a Washington teníamos que atravesar el Perú y Méjico, sin hablar de Panamá.

—¡Me parece que con este cacharro nunca llegaremos! —grité tras él.

—Solamente hemos de alcanzar el punto de reunión —gritó Trotteireiner a su vez.

Si no era un verdadero futurólogo, ¿a quién servía?, me preguntaba para mí, pensando en que estaba metido en un buen lío. ¿Y qué se me había perdido a mí en Washington?

Comencé a frenar, pero el profesor, inclinado sobre el manillar me increpó:

—¿Qué está haciendo? ¡Siga pedaleando!

—¡Ni hablar! ¡Paremos, que yo me bajo! —repliqué categóricamente.

La máquina ralentizó hasta detenerse y el profesor, con un pie en el suelo, apuntó con un gesto irónico hacia las tinieblas que nos rodeaban:

—Como usted quiera...

Y salió inmediatamente.

—¡Dios se lo pague! —grité a mi vez mirando tras él. La lucecita roja trasera del tándem se perdió en las tinieblas, mientras que yo, desorientado, me sentaba en un mojón, para reflexionar sobre mi situación.

Sentí que una cosa me picaba en la pantorrilla; maquinalmente alargué la mano, sentí una especie de ramita y me puse a romperla. Aquello me dolía. Si se trataba de mis piernas —imaginé— ello significa que sigo siendo presa de una alucinación interna. Me estaba agachando para comprobarlo, cuando de pronto una luz me cegó. Unos faros brillaban a la salida de una curva vi la sombra de un enorme automóvil y se abrieron sus puertas.

En el salpicadero del carro resplandecían unas luces verdes, amarillas y azules, y pude divisar el fulgor mate de unas piernas femeninas con medias de nylon, los zapatos de piel de lagarto apoyados en los pedales, mientras un rostro oscuro de labios encarnados se inclinaba hacia mí y las manos con los dedos cargados de diamantes descansaban sobre el volante.

—¿Sube?

Me subí al carro. Estaba tan estupefacto que me olvidé de mis ramitas. Sigilosamente, me pasé la mano por las piernas: solo las tenía heladas.

—¿Qué, ya? —dijo una voz fina con tono muy sensual.

—¿Qué quiere decirme con eso de "ya"? —pregunté algo asombrado.

La mujer se encogió de hombros. El potente carro pegó un solo salto, la muchacha tocó una clavija, se cerraron las tinieblas a ambos lados de la luz de los faros y del salpicadero manaron las notas ritmadas de una melodía. Sin embargo, pensé para mí, todo eso es extraño; hay algo que no cuadra; ni en las piernas ni en las manos, no tenía ramitas, solamente frío, pero, pero...

Miré a la extranjera. Era realmente hermosa, de un modo tentador, demoníaco y como una flor de melocotonero a un tiempo. Pero en lugar de una falda llevaba unas plumas. ¿De avestruz? ¿No sería una alucinación? Sin embargo, la actual moda femenina... Ya no sabía qué pensar al respecto. La carretera estaba desierta; íbamos a todo gas y el cuentakilómetros indicaba la velocidad máxima. De repente una mano me agarró de los cabellos por detrás. Me estremecí: los dedos, terminados con unas uñas muy finas, me sujetaban por el cogote, pero más bien de un modo acariciador que asesino.

—¿Qué quiere? ¿Quién es usted? —dije tratando de liberarme.

Sin embargo, no conseguí mover la cabeza.

—¡Haga el favor de soltarme! —grité.

Asomaron las luces de una especie de gran edificio; los neumáticos crujieron sobre la grava, el carro giró bruscamente y se paró al borde de la acera.

La mano que me venía sujetando por el cogote era la de otra mujer» vestida de negro, pálida, esbelta y con gafas oscuras. Se abrieron las puertas.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

Nadie me contestó. La que estaba al volante me dio un empujón y la otra mujer, que ya estaba en la acera, me agarró para sacarme del carro. En el edificio estaban divirtiéndose; oí una música y unos gritos de borracho; los surtidores de una fuente cambiaban de color, pasando del amarillo al púrpura bajo la luz de las ventanas, mientras mis acompañantes me sujetaban fuertemente de la mano.

—¡Pero si no tengo tiempo! —protesté.

Sin hacer caso siquiera de mis palabras, la morena se inclinó y me sopló con fuerza en el oído:

—¡Hu!

—¿He, que me dice?

Ya nos encontrábamos cerca de la puerta; las dos mujeres empezaron a reírse, no tanto hacia mí como de mí. Todo en ellas me repugnaba; además, se volvían cada vez más pequeñas. ¿Acaso se arrodillaban? No, de las piernas les salían plumas.

—¡Vaya! —murmuré con alivio—, ¡No deja de ser una alucinación!

—¿Qué alucinación ni qué porras! ¡Zoquete!

Me soltó la de las gafas.

Y como me quejaba, levantó su bolso adornado con perlas negras y me dio con él en la cabeza.

—¡Mira con el alucinado! —gritó la segundo, y me gané otro golpe en el mismo sitio.

Caí al suelo, protegiéndome con ambas manos y abrí los ojos: el profesor Trotteireiner, con un paraguas en la mano, se inclinó sobre mí. Yacía sobre el pasadizo de la cloaca. Las ratas debían andar por pares.

—¿Dónde, dónde le duele? —me preguntó el profesor—, ¿aquí?

—No, en este sitio... —dije enseñándole mi cabeza tumefacta.

Entonces, agarró el paraguas por la punta y me pegó donde me dolía.

—¡Auxilio, auxilio! —grité—, ¡Por favor, deje de pegarme!... ¡A qué viene...!

—¡Ese es el mejor auxilio —replicó despiadadamente el futurólogo— y siento no tener a mano otro antídoto!

—¡Por Dios, no me pegue con el mango!

—¡Así es más seguro! —afirmó mi verdugo.

Me zurró un par de veces más, y volviéndose, llamó a alguien. Entonces cerré los ojos. La cabeza me dolía bárbaramente, me sentía torturado. El profesor y el hombre de la chaqueta de piel me agarraron por las piernas y los brazos y me llevaron.

—¿Dónde me llevan? —grité.

Los escombros del techo tambaleante me caían sobre la cara. Noté como me iban llevando por una especie de tablón o de pasarela vacilante y estaba temblando que resbalaran.

—¿Dónde me llevan? —volví a preguntar débilmente; pero nadie me contestó.

Por el aire cesó el continuo fragor. El resplandor de los incendios nos iluminó; habíamos llegado a la superficie. Unos hombres con uniforme agarraban uno tras otros a los que iban saliendo de la cloaca y los empujaban bastante brutalmente hacia unas puertas abiertas. Percibí unas enormes letras blancas: US ARMY COPTER 1 109 849, y caí en la camilla. El profesor Trottelreiner asomó la cabeza por la puerta del helicóptero.

—Perdone, Tichy —gritó—; disculpe pero no había más remedio.

Un individuo que estaba junto a él le arrancó el paraguas de la mano, le dio con él un par de golpes cruzados en la cabeza y lo empujó hacia adentro, hasta que, gimoteando, el futurólogo vino a caer entre nosotros, al tiempo en que los rotores comenzaban a zumbar; los reactores rugieron y el aparato se elevó majestuosamente por el aire.

El profesor se sentó al borde de mi camilla y se puso a frotarme la nuca con delicadeza. Debo confesar que pese a agradecer su solícita acción de buen samaritano, vi con alegría que a él le salía un buen chichón.

—¿Hacia dónde volamos? —pregunté.

—Al Congreso —contestó Trottelreiner.

—¡No me diga! ¿A qué congreso? ¿No se ha celebrado ya?

—Intervención de Washington —aclaró lacónicamente el profesor—. Proseguiremos los debates.

—¿En qué lugar?

—En Berkeley.

—¿En el campus?

—Eso mismo. ¿Acaso lleva una navajita encima, o unas tijeritas?

—No.

De repente, el helicóptero pegó un tremendo crujido. LAS explosiones y las llamas destrozaron la cabina en la que íbamos y caímos en las insondables tinieblas. Luego sufrí una larga tortura. Me pareció oír el quejumbroso ruido de las sirenas; alguien me desgarró la ropa con un cuchillo, perdí el conocimiento y volví a recobrarlo. Devorado por la fiebre, sacudido por los baches de una mala carretera, veía encima de mí el techo de un blanco mate de la ambulancia; junto a mí yacía la forma alargada de una especie de momia; por el paraguas enrollado, reconocí al profesor Trotteireiner. Me había salvado —pensé—, ¡y no quiera Dios que ahora volvamos a estrellar por esta carretera infernal!

¡Qué suerte más negra! De pronto, el vehículo se tambaleó en medio de un agudo chirrido de neumáticos, el asiento se volcó y tras un estruendo brotaron las llamas. Un "¿qué ha pasado?" atravesó fugazmente mi mente antes de sumirme en las brumas de la inconsciencia.

Cuando volví a abrir los ojos, vi una cúpula de cristal sobre mi cabeza; unos hombres vestidos de blanco, juntando las manos sacerdotalmente, dialogaban en voz baja:

—Si, ese era Tichy —capté—; ahí, en ese bote. No, no, su propio cerebro. Además, no vale para nada. Bueno, mientras tanto, dadle narcosis.

Un aro niquelado, rodeado de algodón, me tapó la vista. Quise gritar, pedir auxilio, pero tragué el gas abrasador y me sumí en la nada. Cuando volví a despertar, no pude abrir los ojos, ni mover las manos o los pies; estaba como paralizado. Lo intenté de nuevo, sin importarme el dolor en todo el cuerpo.

—¡Calma! ¡Haga el favor de no agitarse de ese modo! —me dijo una voz melodiosa con cariño.

—¿Qué pasa? ¿Dónde estoy? ¿Qué me ocurre? —murmuré—. Mi boca y mi cara me eran completamente ajenas.

—Está usted en una clínica. Todo va bien. Por favor, alégrese y mantenga el buen humor. Ahora mismo le vamos a dar de comer.

—Pero si no tengo con qué... —quise contestar.

Entonces, oí un ruido de tijeras y todo el vendaje de gasa se cayó, liberándome el rostro y la vista. Dos enfermeras muy altas me agarraron delicada pero fuertemente del brazo y me pusieron de pie. Me asombré al verlas tan enormes. Me sentaron en una silla de ruedas. Delante de mí vi un sabroso y humeante caldo. Maquinalmente alargué la mano hacia la cuchara y entonces me di cuenta de que tenía la mano pequeñita y negra como el ébano. Me llevé la mano a los ojos, y al ver que podía moverla como quería, me dije que realmente era la mía. Sin embargo, había cambiado tremendamente. Quise preguntar y que me explicaran ese fenómeno, alcé la cabeza y entonces mis ojos fueron a dar en el espejo que colgaba de la pared de enfrente.

Sentada en la silla de ruedas, allí se veía una joven y hermosa negrita con su pijama, vendada y con cara de asombro. Me froté la nariz. En el espejo, la imagen hizo lo mismo. Comencé a palparme la cara, el cuello y al llegar al pecho, pegué un grito de espanto, pero mi voz era finísima:

—¡Dios mío!

La enfermera le gritó a alguien que por qué no había quitado el espejo, y se volvió hacia mí:

—¿¡Jon Tichy, verdad?

—Sí, quiero decir, sí, sí. Pero ¿qué significa esto? ¿Esa muchacha? ¿Esa negrita?

—Un trasplante. No hubo más remedio. Se trataba de salvarle la vida. Era necesario para salvarlo, es decir, para salvar su cerebro.

La enfermera hablaba apresurada pero muy claramente, sujetándome por ambas manos. Cerré los ojos y los volví a abrir. Me sentí desfallecer. Acudió el cirujano con una expresión de ira en el rostro:

—¡Qué desorden es este! —gritó—. ¡El paciente puede sufrir un shock!

—¡Ya lo sufrió! —manifestó la enfermera—. Toda la culpa es de Simmons; ya le dije que ocultara el espejo.

—¿Un shock? Entonces ¿qué esperan? ¡Rápido, al quirófano! —ordenó el cirujano.

—¡No! ¡Basta, ya no puedo más! —grité.

Nadie hizo caso de mi voz infantil. Una pantalla blanca me tapó los ojos y toda la cara. Intenté arrancármela, pero en vano. Sentí cómo las ruedas de goma se deslizaban por las baldosas. De repente, sonó un terrible estampido, el estruendo de unos cristales que se vienen abajo, y las llamas y el tronar de las armas invadieron los pasillos del hospital.

—Los contestatarios! ¡Los contestatarios! —gritó alguien. Los vidrios crujían bajo las plantas de los que huían; intenté quitarme la pantalla que me sofocaba, pero no pude; sentí un dolor tremendo en el costado y perdí el conocimiento.

Desperté dentro de la gelatina; era de arándanos agrios, por lo visto, sin azúcar. Yacía sobre el vientre y encima de mí notaba un peso; era una cosa grande, pero blanda. Me lo sacudí: era un colchón. Los trozos de ladrillo me pinchaban las rodillas y las manos. Escupí unas pepitas de arándano y granos de arena, alzándome sobre las manos. El biombo parecía haber sido destrozado por la explosión de una bomba, y estaban todos los cristales rotos por el suelo el somier de la cama estaba todo quemado. Junto a mí, manchado de gelatina, divisé un gran folio impreso. Lo agarré y comencé a leerlo:

"Querido paciente (nombre y apellido). En estos momentos te hallas en nuestro hospital experimental estatal. La intervención que te salvó la vida ha sido muy seria, extremadamente seria (borrar lo innecesario). Nuestros mejores cirujanos, con ayuda de

los últimos adelantos de la medicina, te hicieron una-dos-tres-cuatro-cinco-seis-siete-ocho-nueve-diez operaciones (borrar lo innecesario). Para tu bien, tuvieron que reemplazar ciertas partes de tu organismo con otras extraídas de personas, de acuerdo con la Ley Federal de la Cámara de Representantes y el Senado (Ley 1989/0001/89/1). La información que ahora estás leyendo tiene por fin el servirte de ayuda para que te acomodes lo mejor posible a tus nuevas condiciones de existencia. Te hemos salvado la vida, pero tuvimos que amputarte: la mano, la pierna, el hombro, el cráneo, la nuca, el vientre, los riñones, el hígado, u otro órgano (borrar lo innecesario). Puedes estar tranquilo acerca del destino de tus órganos amputados; nos ciemos ocupado de ellos conforme a tu religión y fieles a sus prescripciones los hemos enterrado, incinerado, momificado, hemos esparcido sus cenizas al viento, hemos puesto sus cenizas dentro de una urna, los hemos consagrado, tirado al vertedero (borrar lo innecesario). La nueva figura con la cual de ahora en adelante vas a disfrutar alegre y sanamente de la vida, posiblemente pueda chocarte, pero te aseguramos que, al igual que el resto de nuestros queridos pacientes, pronto te acostumbrarás. Hemos completado tu organismo, aprovechando los mejores, idóneos y eficientes órganos de que disponíamos (borrar lo innecesario). Te garantizamos el buen funcionamiento de dichos órganos durante un año, seis meses, tres meses, tres semanas, seis días (borrar lo innecesario). Debes comprender que...

Detuve mi lectura en ese punto. Entonces me fijé que en la parte superior del folio alguien había escrito con letras de molde:

"IJON TICHY. Oper. 6, 7 y 8. COMPLETA"

El papel me temblaba en las manos. ¡Dios mío! ¿Qué es lo que había quedado de mí? Temía hasta mirarme los dedos. Encima de las manos me crecían unos pelos recios y rojos. Estaba aterrado. Apoyándome en la pared me levanté; la cabeza me daba vueltas. Ya no tenía pechos; eso estaba bien. Imperaba el silencio. Un pájaro cantaba ante la ventana. ¡Buen momento había elegido para cantar! ¡COMPLETA! ¿qué significaba lo de COMPLETA? ¿Quién era yo? Ijon Tichy. De eso estaba seguro. ¿Entonces? Lo primero que hice fue palparme las piernas. Tenía las dos, pero torcidas, como una equis. El vientre, bastante gordo —vi con desagrado—. Mi dedo se hundió en el ombligo como en un pozo; lleno de pliegues de grasa... ¡Brrr! ¿Qué habían hecho conmigo? ¿Qué había ocurrido? El helicóptero cierto... ¿Lo habían derribado? Luego, la ambulancia... Quizás una mina o una granada... Luego yo, transformado en aquella negrita... Y seguidamente, la contestación... en el pasillo ¿granadas? Así que yo, pobrecito... Una vez más... Pero ¿qué significan esas ruinas, esos escombros?

—¡Hée! —grité— ¿Hay alguien por aquí?

Me detuve, lleno de asombro. Tenía una voz de bajo de ópera, tal como pude percatarme con el eco. Quería verme a toda costa en un espejo, pero lo temía al mismo tiempo. Me llevé la mano a la mejilla. ¡Dios santo! ¡Qué pelos más largos y recios! Al bajar la vista me vi la barba que, cubriendo mi pijama, me llegaba a medio pecho, desgreñada, vellosa y pelirroja. ¡Barbudo! ¡Pelirrojo! Vaya, podía afeitarme... Salí a la terraza. El pajarito seguía con sus trinos, ¡cretino! Vi unos álamos, sicómoros, flores... ¿Qué sería eso? ¿Un jardín? ¿El hospital del Estado?... Alguien estaba sentado en un banco y con las piernas del pijama subidas tomaba sol.

—¡Hola! —grité.

Se volvió y pude ver que aquella cara me era extrañamente conocida. Me troté los ojos: ¡Pero si ese era yo, esa cara era la mía! En tres zancadas estuve fuera. Jadeante, estuve contemplando mi propia figura. No cabía ninguna duda: ¡ese era yo!

—¿Qué está mirando de esa manera? —preguntó con cierta vacilación mi propia voz.

—¡A quién voy a mirar si no a usted! —grité—. ¿Quién es usted? ¿Quién le autorizó?

—¡Ahá! ¿Es usted?

El hombre se levantó y dijo:

—Soy el profesor Trottelreiner.

—Pero, cómo, cómo, ¡por Dios!... quién...

—Nada tuve que ver en eso —dijo seriamente el profesor.

Pero hablaba con mis propios labios... Trottelreiner prosiguió:

—Ya sabe, irrumpieron en el hospital... Unos hippies... Contestatarios... Lanzaron granadas... Los médicos diagnosticaron que no podía salvarse, ni yo tampoco; pues estaba en la cama del otro lado del biombo.

—¿Qué quiere decir? ¿Que no tenía salvación? —repliqué—. Si estoy viendo que... ¿Cómo pudo usted?

—Yo también estaba inconsciente, se lo juro. El doctor Fisher, el cirujano principal me lo ha aclarado todo: en primer lugar escogieron los órganos y los cuerpos mejor conservados y cuando me llegó la vez, ya solamente quedaban los detritus. De manera que...

—¿Cómo se atreve? ¿Encima de que se apoderó de mi cuerpo, se mofa de él?

—No me mofo, me limito a repetir lo que dijo el doctor Fisher. Además se dieron cuenta de que esto —se señaló el pecho— no carburaba, pero al no tener otra cosa mejor, procedieron a una reanimación. Pero en ese momento a usted ya lo habían trasplantado.

—¿Que me habían trasplantado?

—Efectivamente. El cerebro.

—Entonces, ¿quién es este, mejor dicho, quien era? —pregunté enseñando mi propio cuerpo.

—Uno de los contestatarios; por lo visto algún líder; según me dijeron, no sabía manejar los fulminantes y una granada le voló la cabeza —dijo Trottelreiner encogiéndose de hombros, mis hombros.

Sentí un escalofrío. Dentro de ese cuerpo no me sentía a gusto y no sabía qué pensar de él; me repugnaba. Las uñas gruesas y cuadradas no mostraban ninguna inteligencia.

—¿Y ahora qué va a pasar? —murmuré, sentándome al lado del profesor flaqueándome las piernas—. ¿Tiene un espejito?

El profesor sacó un espejo de su bolsillo. Entonces vi sus ojos grandes, vivos y grises, su nariz poderosa, sus muelas en muy mal estado y su doble mentón. Una barba rojiza cubría la parte inferior del rostro. Al devolverle el espejo, me di cuenta de que el profesor volvía a ponerse las pantorrillas y las rodillas al sol y mi primer impulso fue avisarle que yo tenía la piel bastante delicada, pero me mordí la lengua. ¡Si el sol se la quemaba, allá él, pues ya no era mía!

—¿Y ahora a dónde voy a ir? —me lamenté. Trottelreiner se animó. Sus ojos (¿los suyos?) comprensivos me miraron, fijándose con compasión en mi rostro (¿el mío?):

—No le aconsejo que se marche. Ese individuo estaba perseguido por la policía del Estado y el FBI por una serie de atentados. Lo andan buscando con orden de tirar a matar: "shoot to kill!".

Tuve un estremecimiento, "¡Lo que me faltaba! ¡Dios mío, otra alucinación!", pensé en voz alta.

—¿Qué va! —replicó vivamente Trottelreiner—. ¡La realidad, querido señor, la pura realidad!

—¿Y este hospital tan desierto, que?

—¿No lo sabe? ¡Ah, sí! Estaba usted sin conocimiento; es debido a la huelga.

—¿De médicos?

—Eso mismo. Todo el personal está en huelga. Los extremistas secuestraron al doctor Fisher y a cambio de su libertad lo piden a usted.

—¿A mí?

—Pues claro; ellos ignoran que hubo el trasplante y que él, mejor dicho, que usted es Ijon Tichy...

Mi cabeza estaba a punto de estallar.

—¡Me voy a suicidar! —grité con mi voz de bajo.

—No se lo aconsejo, ¿quiere que lo vuelvan a trasplantar?

Estuve reflexionando profundamente en cómo convencerme de que aquello no era realmente una alucinación.

—¿Y si...?

—¿Y si qué?

—Si me montara sobre usted, ¡he! ¿Qué le parece?

—¿Quéeee? ¿Está loco?

Medí su altura, me acerqué y, pegando un salto, fui a caer en la cloaca... Casi me ahogo en la masa negra y hedionda, pero de todas maneras aquello fue para mí de un gran alivio. Salí de la cloaca. Ya había disminuido el número de ratas; se habrían marchado y sólo quedaban cuatro; estaban jugando al bridge sobre las rodillas del profesor Trottelreiner quien se encontraba sumido en un profundo sueño. Me espanté. Aun teniendo en cuenta el alto grado de concentración de los alucinógenos ¿era posible que las ratas jugaran a las cartas? Me quedé mirando al animal más gordo, moviendo los naipes sin orden ni concierto. ¡No existía tal bridge! No, nada de eso... Respiré con alivio.

Por si las moscas, resolví no dar ni un paso fuera de la cloaca; ya estaba harto de todas las formas de salvación de la opresión, cuando menos durante un tiempo. Exigiría primeramente ciertas garantías, pues de lo contrario. Dios sabe lo que aún me podía esperar. Me pasé la mano por la cara: ni barba ni máscara. ¿Qué había sucedido nuevamente?

—En cuanto a lo que a mí respecta —soltó el profesor Trotteireiner sin abrir los ojos— soy una muchacha honrada y supongo que lo tendrá usted en cuenta.

El profesor prestó oído, como si oyese con suma atención la respuesta a sus palabras y luego añadió:

—No se trata por mi parte de una mera apariencia de virtud tendente a inflamar más aún una apagada concupiscencia, sino de la pura verdad. Por favor, no me toque; de lo contrario no tendré más remedio que atentar contra mi vida.

—¡Ahá! —se me ocurrió sagazmente—, conozco esa canción sobradamente: inmediatamente a la cloaca de cabeza.

Me quedé escuchando, pero algo más tranquilo, por cuanto el hecho de que el profesor estuviera alucinado, me demostraba que por lo menos yo ya no lo estaba.

Mientras tanto, el profesor manifestó:

—Claro que puedo cantar, una pequeña canción a nada compromete. ¿Me acompañará usted?

Sin embargo, Trotteireiner, podía simplemente estar hablando en sueños. En tal caso, nuevamente no sabía a qué atenerme. ¿Quizás, lo mejor sería comprobarlo? Pero en realidad podía saltar a la cloaca sin su mediación.

—Por lo visto, no puedo cantar en este momento. Además, mi mamá me está esperando; con que le ruego que me acompañe a casa —manifestó categóricamente el profesor.

Entonces me levanté y a la luz de la linterna miré por todas partes. Las ratas habían desaparecido. El grupo de futurólogos suizos estaba roncando, apoyados contra la misma pared. Cerca de ellos, en los sillones hinchables dormían entremezclados los reporteros y los directivos del Hilton. Por todas partes aparecían huesos de ave y latas de cerveza vacías. Si esa era alucinación —pensé para mí— era demasiado realista. No obstante, quise cerciorarme de que no era tal. Deseaba volver a la realidad definitiva e irrevocable. ¿Y allá arriba, qué estaba sucediendo?

Las explosiones de las bombas, o de las BAP, resonaban sorda y espaciadamente. Se escuchó un cercano y claro chapoteo. En la superficie del agua negra asomó la cara desairada del profesor Trottelreiner. Le di la mano y saliendo de la cloaca, se sacudió y exclamó:

—Tuve un sueño idiota.

—¿Una muchachita, he? —le solté apáticamente.

—¡Al infierno! ¿Con que seguimos con las alucinaciones?

—¿Qué se lo hace creer?

—Solamente en las visiones, las personas ajenas conocen el contenido de nuestros sueños.

—Lo que pasa es que, sencillamente, oí lo que estuvo diciendo —le aclaré, y entonces le pregunté—: Como especialista ¿no conoce usted algún método eficiente para cerciorarse de si una persona está con sus sentidos cabales o si es presa de alucinaciones?

—Pues sí; siempre suelo llevar encima unas tabletas de ocicán. La cajita debe estar mojada, pero ello no perjudica en nada a las pastillas. Ese fármaco interrumpe cualquier estado de vaguedad, de delirio, las visiones y pesadillas. ¿Desea tomarlo?

—Es posible que ese preparado obre tal como dice, pero —murmuré— a buen seguro que no actúa así la visión del mismo.

—Si estamos alucinados, nos despertaremos, y si no lo estamos, no pasará nada en absoluto —me aseguró el profesor al tomarse una de sus pastillas de un color rosa claro. También sacó una pastilla de la mojada caja y me la tragué.

En ese momento, la losa del pozo se levantó encima de nuestras cabezas y un paracaidista se asomó gritando:

—¡Venga, rápido, suban de prisa!

—¿Helicóptero o vainas? —pregunté sagazmente. ¡En cuanto a mí respecta, sargento, ya puede marcharse!

Y me senté contra la pared, cruzándome de brazos.

—¿Está loco? —le preguntó el sargento a Trottelleiner, quien ya subía por la escalera.

Todos se dispusieron a subir; Stantor trató de hacerme levantar agarrándome del brazo, pero me negué.

—¿Quiere quedarse aquí? Muy bien..., como quiera.

—Así no: se dice "Buena suerte" —le corregí.

Una tras otra fueron desapareciendo por la boca del pozo. Podía ver el resplandor del fuego; sonaron unas voces de mando, y por el sordo silbido me di cuenta de que a todos los iban expediendo al aire mediante los macutos voladores. Que extraño —pensé—. ¿Qué significa todo esto? ¿Acaso me siento alucinado en su lugar? ¿Y voy a permanecer así hasta el día del juicio final? Sin embargo, no me moví. La losa se cerró con un estruendo y me quedé solo. La linterna, colgada del techo de la cloaca, iluminaba débilmente el entorno. Pasaron dos ratas, con los rabos estrechamente entrelazados. ¿Qué significa eso? —me pregunté—, pero lo mejor era no hacer caso.

En la cloaca se oyó un chapoteo. ¿Y ahora qué va a suceder?, me dije. La superficie viscosa del agua se abrió, y aparecieron las negras figuras de cinco hombres ranas con sus enormes gafas, sus máscaras de oxígeno y con el arma en la mano; saltaron uno tras otro sobre la orilla de la cloaca y avanzaron hacia mí, arrastrando espantosamente sus aletas.

—¿Habla usted español? —me preguntó el primero, quitándose su máscara. Era moreno y con bigotes.

—No, señor —contesté—, pero estoy seguro de que habla usted inglés, ¿no?

—Algún gringo insolente —le soltó el del bigote al que venía detrás.

Los cinco, como obedeciendo una orden, se quitaron las máscaras y me encañonaron con sus armas.

—¿He de saltar a la cloaca? —pregunté apresuradamente.

—¡Vas a ponerte contra la pared! ¡Manos arriba! ¡Y bien altas!

Sentí un cañón en mis costillas. Me di cuenta de que la alucinación era muy concreta, pues llevaban las pistolas ametralladoras envueltas con una funda de plástico para que no se mojaran.

—Aquí habían muchos más— soltó el del bigote al tipo recio que trataba de encender un cigarrillo y que me parecía ser el jefe. Miraron por todo el campamento, pegando puntapiés a las latas vacías, revolviendo los sillones, hasta que por fin el oficial preguntó:

—¿Lleva armas?

—Ya lo he registrado, mi capitán. No lleva ninguna.

—¿Puedo bajar las manos? —pregunté a mi vez—. Se me están durmiendo.

—Ahora se te caerán de verdad. ¿Lo liquidamos?

—¡Hem! —soltó el oficial echando el humo por la nariz—. ¡No, espera!

El capitán se vino hacia mí, contoneándose. Llevaba ceñida en la cintura una cuerda con una colección de anillos de oro. ¡Extraordinariamente realista!, pensé.

—¿Dónde están los otros? —preguntó el capitán.

—¿A mí me lo pregunta? Se alucinaron y se fueron; además, ya lo saben ustedes.

—Ese tío está loco de remate, mi capitán. No se canse —soltó el del bigote al quitar el seguro de su pistola a través del plástico.

—No, así no —dijo el oficial—. Agujerearás la funda ¿y dónde encontrarás otra, idiota? Una puñalada y basta.

—Si me permite, preferiría una bala —dije, bajando un poco las manos.

—¿Quién tiene un cuchillo?

Empezaron a buscar; por lo visto ¡nadie lo llevaba! Las cosas anduvieron con demasiada rapidez. El oficial escupió su colilla al suelo, la pisoteó con la aleta y gritó:

—¡Liquidadlo! ¡Vamos!

—Sí, se lo ruego —dije apresuradamente.

Intrigados, se acercaron todos a mí.

—¿Por qué deseas irte tan pronto al otro mundo, gringo? ¡Vaya con el cerdo, cómo suplica! ¿Y si sólo le cortáramos los dedos y la nariz? —sugirieron los soldados.

—¡No, no, de una vez, señores, sin piedad, acaben conmigo, venga! ¡Animo!

—¡Venga, todos al agua! —ordenó el oficial.

Todos se volvieron a poner las máscaras; el capitán abrió la cremallera de su cintura, sacó una pistola del bolsillo interior, sopló en el cañón, hizo saltar el arma como un cowboy en un film del oeste y me disparó al pecho. Me desplomé contra la pared; me agarró por la nuca, me torció la cabeza hacia arriba y me disparó de tan cerca que el foganazo me cegó. No oí el tiro, por cuanto ya me había desmayado.

Luego quedé sumido en la niebla durante mucho tiempo, ahogándome. Sentí que tiraban de mí, que me llevaban, pero no era ni una ambulancia ni un helicóptero —pensé— y en medio de la bruma que me envolvía, se hizo más oscuro, hasta que finalmente la oscuridad se disipó sin dejar rastro.

Cuando abrí los ojos, estaba en una cama muy limpia, en una habitación con ventanas estrechas cuyos cristales estaban pintados de blanco. Miré la puerta, atolondrado, como si esperase a alguien. No tenía ni idea de dónde me encontraba ni de dónde venía. Me había puesto un pijama rayado y sandalias en los pies. Todo eso era nuevo para mí, aunque no muy extraordinario. La puerta se abrió y por ella asomó un grupo de jóvenes ataviados con blusas blancas, rodeando a un hombre rechoncho, con una barba entrecana, el pelo cortado al cepillo y gafas con montura de oro. En la mano llevaba un martillo de goma.

—Aquí tienen un caso muy curioso —manifestó el barbudo—; curiosísimo, señores. Este paciente sufrió una intoxicación con una dosis considerable de alucinógeno hace cuatro meses. La acción alucinógena desapareció hace ya bastante tiempo, pero el paciente no llega a creerlo y sigue considerando cuanto observa como una verdadera alucinación. Tan lejos llegó en su aberración, que él mismo rogó a los soldados del

general Díaz que lo encontraron en la cloaca del palacio después de ser abandonado que lo fusilaran, por cuanto pensaba que con la muerte despertaría de su alucinación. Logramos salvarle merced a una intervención muy seria, pues hubo que extraerle dos balas del ventrículo coronario, pero continúa creyendo que sigue alucinado.

—¿Se trata de una esquizofrenia? —preguntó una estudiante bajita y con voz recia, que al no poder abrirse paso entre sus compañeros, estaba de puntillas para verme por encima del hombro de los demás.

—No. Se trata de una psicosis reactiva de un nuevo tipo, provocada sin duda por el empleo de esas fatales sustancias. Se trata de un caso sin remedio, y tan poco prometedor que hemos decidido congelarlo.

—¿De veras, señor profesor? —dijo la estudiante, sumamente interesada.

—Sí. Como ya sabe, los casos sin esperanza de curación ya pueden congelarse ahora en el nitro líquido durante un período de cuarenta a setenta años. Cada paciente se mete en un recipiente hermético, una especie de bote Dewar, con el historial completo de la enfermedad. A medida de los nuevos descubrimientos y progresos de la medicina, se procede a un inventario y se resucita a quienes ya se puede ayudar.

—¿Está usted dispuesto a ser congelado? —me preguntó la estudiante, alzando la cabeza entre dos compañeros más altos, y con los ojos relucientes de curiosidad científica.

—No hablo con los alucinados —repliqué—; a lo sumo puedo decirle cómo se llama: Halucina.

Al cerrarse la puerta, aún pude escuchar la voz de la estudiante que decía:

—¡Un sueño invernal! ¡La congelación! Un viaje a través del tiempo, ¡qué romántico!

No compartía ni mucho menos su opinión, pero ¿acaso no tenía más remedio que entregar mi ficticia exterioridad?

A la noche siguiente, dos enfermeros me llevaron a la sala de operaciones, en la cual había una piscina de cristal, de la que se desprendían unos vapores tan gélidos que cortaban la respiración. Me pusieron una infinidad de inyecciones, luego me subieron en la mesa de operaciones, me hicieron beber por un tubo un líquido transparente y dulzón, glicerina, según me aclaró el enfermo jefe. Se portó muy bien conmigo y lo llamé Halucino. Cuando ya me iba a dormir, se inclinó sobre mí, para gritarme al oído: "¡Feliz despertar!".

Pero ya era incapaz de contestar ni de mover siquiera los dedos. Durante todo el tiempo —semanas enteras— temí que se apresurasen demasiado y que me tirasen a la piscina antes de perder el conocimiento. Sin embargo, se apresuraron bastante, por cuanto el último ruido de este mundo que llegó a mis oídos fue el ¡pluc! que hizo mi cuerpo al caer dentro del nitro líquido. ¡Lamentable ruido!

Nada.

Nada.

Nada; pero nada de nada.

Me pareció que algo..., pero no. Nada.

No hay nada. Ni yo tampoco.

¿Cuánto tiempo aún? Nada.

Parece como si algo hubiera, pero no es seguro. Tengo que concentrarme.

Pasa algo, pero no mucho. En otras circunstancias, diría que nada.

Hielo blanco y azul. Todo es hielo, y yo también.

Este hielo es muy hermoso; ¡si no fuese tan frío!

Agujas de hielo y cristales de nieve. El ártico. Un carámbano en la boca. ¿Médula en los huesos? Pero qué medula: limpia, de hielo transparente. Está helada y rígida.

Helado: soy yo. ¿Pero, qué significa "yo"? Tal es la cuestión.

Nunca sentí tanto frío. Afortunadamente, no sé lo que significa "yo". ¿Yo? ¿El presunto yo? ¿Un témpano de hielo? ¿Es que las montañas de hielo tienen agujeros?

Soy una coliflor de invierno bajo los rayos del sol. ¡La primavera! Todo se derrite ya. Sobretudo yo. En la boca: un carámbano o la lengua.

Sin embargo, es la lengua. Me atormentan, me hacen bailar, me rompen, me empujan y al parecer, hasta me pegan. Estoy yaciendo bajo una superficie plástica, sobre mí, unas lámparas. Entonces de dónde me vino esa coliflor de invernadero. Debí delirar. Blanco, todo es blanco, pero son los muros, no la nieve.

Me congelaron. En señal de agradecimiento, he resuelto redactar un diario, tan pronto como pueda coger la pluma con mi mano aterida de frío. En los ojos: un arco iris helado y un resplandor azul. Un frío infernal, pero ya me puedo calentar.

27. VII. Por lo visto estuvieron reanimándome durante tres semanas. Hubo ciertas dificultades. Estoy sentado en la cama y escribo. Tengo una habitación grande durante el día y una pequeña por la noche. Cuidan de mí unas jóvenes muy hermosas con unas máscaras plateadas. Algunas sin pechos. Veo doble o de lo contrario es que el médico principal tiene dos cabezas. La dieta es muy corriente: sémola, pan, leche, copos de avena y bistec, con un poco de cebolla frita. El hielo sólo lo veo en sueños, pero con una tremenda insistencia. Me hielo, me congelo, aterido y tiritando desde que me acuesto hasta que me levanto. Ni las botellas calientes ni las compresas pueden hacerme entrar en calor. Lo mejor es el alcohol antes de dormirme.

28.VII. Esas chicas sin pechos, son estudiantes. Resulta casi imposible saber a qué sexo pertenecen. Todas son altas, hermosas y siempre están sonriendo. Me siento débil, caprichoso como un niño; todo me molesta. Después de la inyección, hoy le clavé la aguja en la nalga a la hermana superior, pero apenas dejó de sonreírse. A veces me mandan a la cama. En el techo me proyectan liebres, hormigas, vacas, gusanos y escarabajos. ¿Por qué? Me entregan un libro infantil. ¿Por equivocación?

29. VII. Me canso muy pronto. Sin embargo ya sé que anteriormente, o sea al comienzo de la reanimación, estaba delirando. A lo mejor, así ha de ser; es normal. Los recién resucitados, que se pasaron varias decenas de años congelados, se van acostumbrando poco a poco a su nueva vida. Este proceso recuerda en cierto modo lo que ocurre cuando uno se zambulle en el agua con un aparato de oxígeno, que no es posible alcanzar una gran profundidad al primer intento. Lo mismo sucede con el congelado —la primera palabra que aprendí— que se va acostumbrando gradualmente a un mundo que desconoce. Estamos en el año 2039, en el mes de julio, en pleno verano, con un tiempo espléndido. Mi enfermera personal se llama Ailin Rogers, tiene los ojos azules y veintitrés años. Volví al mundo por segunda vez en un resucitatorio ubicado cerca de Nueva York; así lo llaman: resucitatorio. Es casi una ciudad con jardines, con su propio molino, su panadería, su imprenta. Pues ahora ya no hay trigo ni libros. Sin embargo hay pan, nata para el café y queso. Pero ¿no procede de las vacas? La enfermera se imaginaba que una vaca era una especie de máquina. No consigo creerlo. ¿De dónde viene la leche? De la hierba. Ya sé que de la hierba, pero ¿quién se la come, para tener leche? Nadie se la come. Entonces ¿de dónde llega la leche? De la hierba. ¿De la hierba sola? ¿Se hace ella sola? No, sola no. Es preciso ayudarla. ¿La vaca ayuda? No. Entonces ¿algún animal? Ningún animal. Pero ¿de dónde viene la leche? Y así sucesivamente, un círculo sin fin.

30.VII.2039. La cosa no puede ser más sencilla: riegan el pastizal con alguna sustancia y bajo los rayos del sol la hierba produce queso. De la leche, de seres humanos. Existen los Estados y las fronteras, pero se desconocen los conflictos militares. Hoy conocí la diferencia esencial entre los hombres de antaño y los de hoy. La noción fundamental es ahora la psiquímica. Vivimos en la psivilización. La palabra "psíquica" dejó de existir; ahora se habla de la "psiquímica". La computadora manifestó, que la humanidad se vio desgarrada por las contradicciones entre el antiguo cerebro, heredado de los animales y el nuevo cerebro. El antiguo es impulsivo, irracional, egótico y muy encarnizado; el antiguo tiraba hacia allá, el nuevo hacia aquí. Aún tengo dificultades en cuanto a entender

las cosas muy complicadas. Pues lo viejo aún se contenía en lo nuevo. Se trata de lo nuevo con lo viejo. La psiquímica liquidó aquellas luchas intestinas que tanta energía mental despilfarraban en balde. La psiquímica y sus productos hacen lo necesario de tal modo que el antiguo cerebro se armonice, dulcifique, y persuada, desde el mismo meollo, hacia el bien. Ya no es posible dejarse arrastrar por los impulsos espontáneos. Quien así lo hiciera, sería un indecente. Siempre hay que tomar el específico adecuado a las circunstancias, pues éste ayuda, sostiene, orienta, corrige y pule. Además no se trata de él, sino de una parte de mí mismo, igual que sucede con las gafas sin las cuales se ve mal. Esos conocimientos me sorprenden, temo el contacto con las nuevas gentes. No quiero tomar los productos psíquicos. Mi profesor me afirma que se trata de una resistencia típica y natural. El hombre de las cavernas, también se resistiría ante el tranvía.

8.VIII.2039. Con la enfermera estuve en Nueva York. Hay muchos espacios verdes. Es posible regular la altura a la cual corren las nubes. El aire se parece al de un bosque. Por las calles, la gente va vestida con vivos colores, parecidos a unos papagayos, muy nobles, muy buenos y sonrientes. Nadie se apresura. La moda femenina, como siempre un tanto delirante, pues las mujeres llevan en la frente unas vistas móviles y en las orejas exhiben unas pequeñas lengüecitas rojas o unos botoncitos. Además de las manos naturales, pueden llevarse unas manos suplementarias, que se desabrochan. Estas manos no sirven para gran cosa, pero siempre pueden sujetar algo, abrir la puerta, rascar la espalda. Mañana saldré del resucitarlo. Al parecer en América existen veinte, pero ya hay problemas en cuanto a admitir la multitud de congelados que en el siglo pasado se metieron confiadamente en el baño de hielo. Debido a la cola de hibernados que ya existe, tienen que acelerar los procesos rehabilitadores. Lo entiendo perfectamente. Dispongo de una cuenta bancaria, de manera que no he de preocuparme por el trabajo hasta el Año Nuevo. Cada congelado posee una libreta de ahorros con intereses compuestos, para las llamadas necesidades de la resurrección.

9.VIII.2039. Hoy es para mí un día importantísimo. Tengo ya un pisito de tres habitaciones en Manhattan. Salgo directamente del resucitatorio. Ahora suelen emplear el término "largarse". Sin embargo no capto la diferencia entre los dos verbos. Nueva York, que antaño era un vertedero lleno de carros, se ha convertido en un sistema de jardines de múltiples pisos. La luz solar está canalizada: son los llamados soleductos. Unos niños tan buenos y sin caprichos solamente existían en mis tiempos en los cuentos. En la esquina de mi calle, se encuentra la Oficina de Registro de los Candidatos Naturales al Premio Nobel. Al lado existe una galería de arte en la que venden por casi nada unos lienzos auténticos, con toda garantía y los documentos oficiales. ¡Incluidas obras de Rembrandt y Matisse! En la oficina de mi edificio hay una escuela de pequeñas computadoras neumáticas. De allí sale a veces un silbido y un zumbido. Esas computadoras se utilizan entre otras cosas para disecar a los perros queridos después de su muerte natural. A mí eso se me antoja monstruoso, pero las personas como yo son una minoría insignificante.

Suelo pasear mucho por la capital. Ya sé moverme con rapidez. Eso me ayuda. Me he comprado un saco de color amaranto, con las solapas blancas, y los bolsillos plateados, un lazo amaranto y un cuello dorado. Es la vestimenta menos vistosa de las que ahora suelen llevarse. Puede obtenerse un traje que cambia de corte y de color; unas faldas que se acortan bajo la mirada de un varón o al revés, que se cierran como las flores al anochecer; unas faldas y blusas que enseñan varias cosas, y como en una pantalla de televisor esas vistas se mueven. Es posible llevar cuantas medallas y condecoraciones uno desee. Se pueden criar plantas enanas japonesas en el sombrero, pero afortunadamente también es posible no criarlas y no llevarlas. Yo no llevaré nada colgado de las orejas ni de la nariz. La idea de que esas personas, tan hermosas, altas, simpáticas, amables y tranquilas, sean tan particulares, tan especiales, de que tengan ese

algo tan peculiar, eso me sorprende o por lo menos me mueve a pensar. Pero no tengo idea de lo que puede ser.

10.VIII.2039. Hoy fui a cenar con Ailin. Una noche muy agradable. Luego: estuvimos en el Antiguo Parque de Atracciones de Long Island. Nos divertimos de lo lindo. Observo la gente con atención. Hay algo en ellos. Algo de singular, pero ¿qué es? No consigo captarlo. Los niños van vestidos curiosamente; alguno disfrazado de computadora. Otros van volando sobre la multitud a la altura del primer piso en la Quinta Avenida, y distribuyendo bombones redondos a los transeúntes, saludando con la mano, sonriendo con indulgencia. ¡Idílico, increíble!

11.VIII.2039. Acaba de tener lugar el llamado "clibiscito" sobre el clima otoñal. Se suele celebrar con un mes de antelación mediante una votación general. Los resultados de la votación se dan a conocer inmediatamente gracias a las computadoras. Se vota marcando el correspondiente número de teléfono. El mes de septiembre ha de ser soleado, bastante caluroso y con pocas precipitaciones. También habrá bastantes cúmulos. El arco iris no sólo se contempla cuando llueve, sino que es posible producirlo de otra manera. El hombre del tiempo se ha disculpado por las nubes imprevistas de los días 26, 27 y 28 de julio, debido a un fallo del control técnico.

Suelo comer en la ciudad, a veces en mi apartamento. Ailin me ha dejado el diccionario Webster de la biblioteca del resucitarlo porque ahora no hay libros. Ignoro que es lo que los sustituye. No entendí sus explicaciones, pero hubiese sido necio reconocerlo. He cenado nuevamente con Ailin en el "Bronx. Siempre tiene algo que contar esa cariñosa muchacha, contrariamente a esas chicas de los snacks que todas sus conversaciones las realizan a través de su computadora portátil. Hoy vi en la Oficina de Objetos Encontrados tres computadoras de esas, que al comienzo hablaron tranquilamente, pero luego riñeron. En cuanto a los transeúntes y en general la gente que se halla en los lugares públicos, es muy curioso, pero parece como si roncaran; respiran muy fuerte. ¿Una costumbre quizá?

12.VIII.2039. Me atreví a preguntar a algunos transeúntes acerca de las librerías. Se encogieron de hombros. Hubo dos personas a quienes me dirigí y me respondieron: ¡Habrás visto este tonto desarrugado! ¿A lo mejor existen prejuicios acerca de los congelados? Sigo anotando las expresiones y palabras que desconozco tal como las oigo: concebir, fricción, trivino, machuco, paladar, bodolich, arder, sintar. Los periódicos anuncian tales productos como el ciotán, el chuyán, el vanielato, el lechto-móvil (Lechtaca, lechto). He aquí el título de una crónica local del "Heraldo" "De la media madre a la medía madre". En ella se habla de una especie de ovífero que se equivocó de óvulo. Y leo en el Webster: "Media madre, como media abuela o media oca. Una de entre dos mujeres que dieron a luz colectivamente un niño. Ovifero: de (anacron.) cartero. Euplanista que lleva los óvulos humanos legítimos a domicilio.

Desde luego, no afirmo que lo entendiera ni mucho menos.

Y así otros términos como "ciotán, encyk", etc..., acerca de los cuales ese diccionario idiota me da unos sinónimos que no entiendo tampoco. Sin embargo, logro, cazar algunos, como el de "bañera" por ahogar, o el de "palaciar" o "apalaciar", por ocupar o alquilar provisionalmente un palacio. Las peores son las palabras que no cambian de morfología, pero que tienen un sentido totalmente distinto, tales como: "Cazador", que significa el que plagia las ideas ajenas. "Simulado": un objeto inexistente, pero que parece existir. "Boquirrubio": robot lubricador que cabe diferenciar del "boquiarrugado", pues en este caso se trata del resucitado, del que fue asesinado y han devuelto a la vida. Y así sucesivamente. ¡Por favor!

Por lo visto, resucitar a los muertos no es actualmente ninguna gran cosa. Y la gente — casi todos— roncan; en el ascensor, en la calle, en todas partes.

Yo no. Por consiguiente no es obligatorio roncar. ¿Acaso se trata de una costumbre o qué? Se lo he preguntado a Ailin y me ha explicado que no hay tal costumbre. ¿No será que a mí me lo parece?

13.VIII.2039. Quería echarle una ojeada al periódico de anteayer, pero aunque revolví todo el apartamento, no pude dar con él. Ailin se volvió a sonreír —más encantadora que nunca— y me aclaró que los periódicos se volatilizan al cabo de veinticuatro horas, por estar elaborado su papel con una sustancia que se corrompe en el aire. Ello simplifica considerablemente el problema de los residuos. La amiga de Ailin, Ginger, me ha preguntado hoy —estábamos bailando el tarleston en un pequeño local— si el sábado no iríamos al apretujario. No le contesté por cuanto, al no entender lo que eso significaba, pensé que era mejor no preguntarle el sentido.

Siguiendo el consejo de Ailin, me he comprado un efectivisor. He de aclarar que la televisión dejó de existir hace ya cincuenta años. Al principio resulta difícil contemplar ese aparato, por cuanto se tiene la impresión de que unas personas extrañas, y también los perros, los leones, el paisaje, los planetas, se precipitan sobre uno en el rincón de la habitación, tan sumamente materializados que es imposible distinguirlos de las cosas y las personas reales. Sin embargo, el nivel artístico es bastante bajo. Los suevos vestidos son sumamente extravagantes, pues se imprimen sobre el cuerpo mediante unos frasquitos.

El idioma ha cambiado tremendamente. Se dice "permanecer" por vivir, "experimentar" por existir puesto que es posible vivir varias veces. De ahí, los verbos frecuentativos. No tengo ni idea del significado de muchísimas palabras, pero no voy a convertir las citas con Ailin en meras y aburridas lecciones lingüísticas. La "quimera" significa un ensueño teledirigido y por encargo; se pide a la soñadora computadora, que está instalada en la oficina de "suentesis". Antes del anochecer, suministra las sueñitas, que son unas pastillas. De eso nadie suele hablar, pero no cabe duda de que la gente padece de sofocación; sin embargo, no parecen preocuparse de ello en lo más mínimo, aunque las personas de edad lo que hacen es roncar pura y simplemente. Es posible que se trate de una costumbre, pues el aire que se respira no puede ser más estupendo y no existe ni pizca de bochorno.

Hoy vi a mi vecino saliendo del ascensor: se tragaba el aire y tenía el rostro bastante lívido. Sin embargo, al acercarme a él me di cuenta de que estaba en perfecto estado de salud. Se trata de una tontería, pero no deja de preocuparme. ¿Por qué será así?

Hoy he soñado con el profesor Taratoga, pues lo añoro mucho. Pero ¿por qué estuvo metido todo el tiempo en una jaula? ¿Acaso se trata de mi subconsciente o bien de un error de la computadora? El locutor no dice: una gran lucha, sino "luca", y en lugar de decir salón, dice "saón"... ¡Muy curioso! Tampoco se dice efectivisión, como antes lo dije, sino "revisión" (de res = cosa, y visión). Ailin tenía hoy guardia, de forma que pasé la velada solo en mi casa, mirando la mesa redonda sobre el nuevo código penal. Ahora, se castiga el homicidio con una simple detención, puesto que siempre es factible hacer resucitar a la víctima. Precisamente, a ese individuo resucitado le dan el nombre de "zmars-kacz" o arrugado. Sólo la reincidencia con premeditación en el homicidio comporta una pena de prisión (si se mata varias veces seguidas a una misma persona). En cambio, el principal delito estriba en privar malévolamente a cualquier individuo de sus medios psíquicos personales y en influir sobre un tercero con esos medios sin un conocimiento y acuerdo, por cuanto valiéndose de tales medios todo podría hacerse muy fácilmente, como por ejemplo, conseguir una deseada declaración testamental, una identidad de pareceres, la participación en cualquier plan interesante, en una conjuración, etc.

Me resultó bastante difícil seguir el desarrollo del debate ante las cámaras y solamente hacia el final me percaté de que la prisión era ahora una cosa totalmente diferente a la de antaño. Nunca se encierra al condenado; únicamente, se le mete el cuerpo en una especie de pesado corsé o mejor dicho de armadura con unas varillas muy resistentes aunque delicadas; y esa armadura tan rara se halla bajo el control constante del llamado fiscalete (una micro-computadora jurídica) que está cosido en la vestimenta. De forma que se trata prácticamente de una vigilancia constante que impide realizar numerosas

acciones y gozar de los placeres de la vida. Así dicha armadura se opone a todo intento de catar las ¡frutas prohibidas. Para los casos más graves se suele emplear el llamado criminol. Todos los participantes en la discusión llevaban inscritos en la frente su apellido y título científico. De acuerdo en que ello facilita el entendimiento, pero no deja de ser muy raro.

1.IX.2039. El tiempo se ha estropeado. Cuando esta tarde desconecté mi revisor para prepararme a la cita con Ailin, un tipo de dos metros, que no me cayó simpático desde el comienzo de la obra, titulada "Ospanka mutanga", una especie de semi sauce y semi atleta con un garrote y con la jeta retorcida de un color pardoceladónico, en lugar de desaparecer con toda la imagen, se vino hacia mi sillón, agarró las flores que estaban sobre la mesa y que yo tenía preparadas para Ailin, y me las tiró a la cabeza. Me quedé tan atónito que ni siquiera traté de defenderme. Ese energúmeno rompió el florero, vertió el agua, se zampó la mitad del pastel de queso, tirando la otra mitad sobre la alfombra, lo pisoteó todo, se infló y por fin reventó en una lluvia de chispas, como un fuego artificial, agujereándome las camisas que tenía tendidas a secar. Pese a mis ojos como tomates y a mi rostro lleno de señales, fui a la cita. Ailin se dio cuenta en el acto de lo que había ocurrido.

—¡Válgame Dios! ¡Tuviste un interferente! —exclamó al verme.

Y Ailin me explicó que si dos programas, emitidos por dos emisoras satélites se interfieren durante mucho tiempo, pueden surgir los interferentes, o sea una mezcla de una serie de personajes híbridos hechos de figuras o personas que intervienen en la revisión; dichos híbridos, totalmente sólidos, son capaces de realizar unas cosas espantosas, por cuanto su tiempo de duración tras la desconexión del aparato llega a tres minutos. La energía de la cual se nutren esos fantasmas es parecida a la del rayo. Ailin tuvo precisamente un interferente durante una emisión paleontológica que se mezcló con una sobre Nerón. Se salvó gracias a su sangre fría, al saltar dentro de su bañera llena de agua. Pero su piso quedó totalmente deshecho y hubo que restaurarlo. Es posible preservarse de ese peligro con una pantalla especial, pero resulta bastante cosotoso y al consorcio de la revisión le sale más barato ser demandado en juicio y abonar los daños y pequios en vez de proteger toda una emisión contra tales fenómenos.

Desde ese momento, resolví mirar la revisión armado de un buen garrote, por si las moscas. De paso debo aclarar que el título de marras, "Ospan-ka mutanga", no significa otra cosa que la querida de un hombre, que gracias a una programada mutación llegó al mundo conociendo al dedillo los secretos del tango argentino.

3.IX.2S039. Estuve en casa de mi abogado. Tuve el honor de una entrevista personal, cosa muy rara, por cuanto habitualmente los clientes son atendidos del modo más burocrático. El abogado Crawley me recibió en su despacho adornado al estilo de los profesionales más pretigiosos, en medio de unos negros armarios esculpidos, con las actas apiladas en las estanterías; aunque eran pura decoración por cuanto los dossiers se archivan en cintas ferromagnéticas. En la cabeza tenía un memorizador o "memnor", una especie de gorro transparente que despedía chispas como un enjambre de luciérnagas. Otra cabeza, más pequeñita, con la cara llena de arrugas por sus muchos años, le salía del hombro y todo el tiempo estaba conversando telefónicamente. Se trata de la llamada cabeza-accesoria.

Crawley me preguntó lo que hacía y se asombró al oír que no planeaba realizar un viaje allende el océano; al explicarle que no podía hacerlo por andar justo de dinero, se extrañó sobremanera.

—Pero sí puede usted sacar del banco cualquier suma que necesite.

Me explicó que basta con presentarse en un banco, firmar un recibo y la caja le entrega la cantidad deseada. No se trata de ningún préstamo, por cuanto la obtención de esa cantidad no obliga en lo más mínimo desde el punto de vista jurídico. Es claro que la cosa tiene su gancho. La obligación de devolver dicha cantidad asume un aspecto de índole

moral. Entonces, pregunté si el banco no corre el riesgo de quebrar a consecuencia de los deudores morosos. El abogado se volvió a sorprender ante mi pregunta.

—Se ha olvidado de que vivimos en la era psi-química —me aclaró—. Las cartas que se envían al deudor cuando se olvida de pagar, están impregnadas de una substancia volátil que despierta los remordimientos de conciencia, incita al trabajo y, de esta manera, el banco recupera su dinero. Naturalmente, existen individuos llenos de perfidia, que abren las cartas con la nariz tapada, pero ya sabe que siempre, en todas las épocas, existieron los desaprensivos. ¡Qué le vamos a hacer!

Entonces recordé la discusión en la revisión acerca del código penal y pregunté al abogado si el hecho de impregnar las cartas en cuestión con una substancia psíquica no era un delito según el artículo 139 del código que reza así: (quien influyere psíquicamente sobre una persona física o jurídica sin su conocimiento y acuerdo, puede ser condenado a una pena de... etc.).

Eso lo movió a reflexionar, y me aclaró el carácter tan sutil de la situación, ya que es legal actuar de esa manera, por cuanto suponiendo que el que reciba la carta no tenga ninguna deuda, tampoco tendrá remordimientos de conciencia y el despertar en él unas ganas de trabajar más intensamente que hasta entonces? no deja de ser desde el punto de vista social un hecho muy importante.

El Sr. Crawley se mostró simpatísimamente conmigo y me invitó a almorzar en el "Bronx" adonde nos debíamos reunir el nueve de septiembre.

Al regresar a casa, me dije que era hora de enterarme de lo que pasaba en el mundo sin recurrir a los únicos programas revisivos. Así que intenté leerme atentamente la prensa, pero a la mitad del artículo inicial se me comenzaron a nublar los ojos. Las cosas no fueron mejor con las informaciones internacionales. Sin embargo, logré enterarme de que en Turquía se venía observando un considerable incremento de los disimulos y una masa de nacimientos clandestinos, que el Centro de la Demopresión de dicha nación no era capaz de evitar. Por si fuera poco el mantenimiento de los numerosos sincretinos era una pesada carga para el presupuesto del Estado. Como era de esperar, el diccionario Webster no me facilitaba ninguna explicación razonable. Logré encontrar la palabra "desymulat", que significa un objeto que finge existir, pero que no existe. Pero no hallé lo de "disimulos". En cuanto al nacimiento clandestino, se trata de los niños venidos al mundo ilegalmente. Eso me dijo Ailin. También me aclaró que la explosión demográfica o demoexplosión lleva consigo una política de demopresión. Es posible conseguir una licencia para tener un niño de dos maneras: tras una solicitud que implica el aprobar los correspondientes exámenes y documentos, o bien ganando el primer premio en la infantería —lotería infantil, o sea de los niños—. Mucha gente suele jugar en dicha lotería, es decir, los que no pueden obtener la famosa licencia. En cuanto al sincretino, se trata de un idiota sintético; y no pude enterarme de nada más, aunque no está mal si tenemos en cuenta el lenguaje que suele emplearse en los artículos del "Heraldo He aquí una pequeña muestra:

"Un profut erróneo o sin indexación perjudica la competencia lo mismo que la recurrencia: en tales profutos se alimenta la cremocracia; gracias a la clandestinidad no peligran mucho, dado que el Tribunal Supremo aún no pronunció su sentencia sobre el caso Herodoto. La opinión pública viene preguntando en balde desde hace largos meses quien es competente en cuanto a la persecución y descubrimiento de la milversación: ¿los contraputadores o los superputadores?", etc.

El Webster me aclaró únicamente que la cremocracia viene de cremocrata —un término del antiguo slang o jerga inglesa—, pero ahora se suele utilizar el nombre de sobornador / pues se trata de untarle a uno con crema; y de lo cual se desprende la cremocracia, que viene a ser lo mismo que la corrupción /. Así que pude darme cuenta que, con todo, la vida no era tan idílica como parecía.

Un conocido de Ailin, llamado Bill Homeburger, desea hacerme una entrevista para la revisión, aunque, la cosa aún no es muy segura. No se haría en la emisora sino en mi propia casa, por cuanto el aparato revisor también puede funcionar como emisor. Eso me trajo a la memoria los libros en los que se describían las negras imágenes del futuro como una antiutopía en la que cada ciudadano se queda metido en su casa. Bill despertó mi curiosidad al manifestarme que para modificar la dirección de la emisión siempre se requiere la autorización del dueño del aparato, puesto que la infracción de dicha norma es causa de prisión. Pues al invertir el sentido de la emisión, cabe realizar hasta un adulterio dirigido a distancia. Eso me ha afirmado Bill, pero ignoro si se trata de una realidad o bien de una broma.

Hoy me paseé por la capital. Ya no existen las iglesias: las capillas son ahora las farmacias. En ellas se ve a unas personas vestidas de blanco, con mitras plateadas, pero no se trata de sacerdotes o monjas, sino de simples farmacéuticos. Lo raro es que tales farmacias no existen en ningún otro lugar.

4.IX.2039. Por fin me enteré de cómo adquirir una enciclopedia; y ya la tengo: está alojada dentro de tres frascos de cristal. La he comprado en una librería científica. Ahora, los libros no se leen, sino que se comen; no son de papel, sino de una substancia informativa, recubierta de gel. Estuve asimismo en una tienda de alimentos finos dietéticos, de autoservicio absoluto. En las estanterías hay una infinidad de hermosos paquetes de argumentantes, de credibilantes, de multiplicol en unas garrafas cubiertas de moho, de cisbina, puritasis y extasiasis. Siento mucho no encontrar alguna linguisina, pues me vendría estupendamente.

La librería lleva el nombre de "siengarnia", que viene de "siengach" = alcanzar algo. Así que la teo-siengamia que hay en la Sexta avenida debe ser una librería teológica. Seguramente, si se tiene en cuenta lo que allí exponen. Los específicos van por secciones: la absolventia, la teodictina, la metamórica; hay toda una gran sala y las ventas se realizan con un fondo de discreta música de órgano. Además, es posible obtener específicos para todas las creencias, pues allí ofrecen la Cristina y la anticristina, el arimanol, el ormusdal, el copto-eutopko, el rascociano, el mortino, el budín, el perpetúan y el sacrantal, este último en un embalaje de aureola resplandeciente. Todo ello se vende en comprimidos, pildoras, jarabes, gotas o pastillas y hasta en chupetes para los niños.

No me lo creía, pero me convencido tales innovaciones. Después de tomarme cuatro comprimidos de algebrina, dominaba, sin saber cómo, las matemáticas superiores sin esforzarme en lo más mínimo. En una palabra: el saber se asimila ahora a través del estómago.

Aprovechando esas condiciones tan favorables, empecé a saciar mi sed de conocimientos, pero tras haberme tragado los dos primeros tomos de la enciclopedia padecí de un desagradable trastorno intestinal. Bill Homeburger, el periodista del que ya les hablé me puso en guardia para que no me llenase la cabeza de conocimientos innecesarios, por cuanto la mente no tiene una capacidad ilimitada. Afortunadamente, existen unos específicos para limpiar el cerebro y la imaginación, como por ejemplo, la memnolisina o el amnestán. Con ellos es fácil deshacerse del lastre de los hechos inútiles o de los malos recuerdos.

En la librería o siengarnia de las delicadezas, de contemplar la freudilka, el mementán, la monstradina así como un modernísimo preparado objeto de gran publicidad y perteneciente al grupo de los bilances, denominado "autental". Este específico sirve para suscitar el recuerdo sintético de lo que uno nunca llegó a experimentar en su vida. Con la dantina, por ejemplo, un individuo llega a persuadirse completamente de que escribió la "Divina Comedia".

Una de las cosas que no entiendo muy bien es para qué sirve todo esto. Existen asimismo nuevas disciplinas científicas, como la psicodietética y la corruptística. En cualquier caso, no me tragué la enciclopedia en balde, pues ahora ya sé que es cierto que

dos mujeres pueden dar a luz a un mismo niño; una de ellas facilita el óvulo y la otra está encargada de la gestación y el parto. El ovulista lleva el óvulo de una media madre a la otra. ¿No podría hacerse más fácilmente? De nada me valdrá preguntárselo a Ailin. Debo ampliar el círculo de mis relaciones.

5.IX.2039. Los conocidos no son imprescindibles para informarse de las cosas, pues existe un producto denominado duetina que divide la personalidad de tal forma que es posible dialogar con uno mismo sobre cualquier tema determinado personalmente. Lo que ocurre es que me siento bastante espantado frente a los ilimitados horizontes de la psiquímica y no estoy dispuesto a valerme de cuanto está a mi alcance.

Durante mi paseo por la ciudad, hoy fui a parar por pura casualidad a un cementerio. Lleva el nombre de difuntorio. Ya no existen los enterradores:

han sido sustituidos por los tumbarlos. Asistí a un funeral. Metieron al muerto en una llamada tumba de regreso, porque todavía no estaban muy seguros si resucitaría. Su última voluntad era la de yacer hasta el final, es decir, mientras fuera posible, pero la esposa y la suegra del difunto se fueron al juzgado para pedir la anulación del testamento. Según me han dicho, no se trata de un caso aislado. El asunto habrá de ser examinado por las diversas instancias jurídicas, puesto que se trata de un caso delicado bajo el punto de vista del derecho.

De manera que surge la pregunta de si el que se suicida y no desea ninguna resurrección, ha de utilizar una bomba para acabar consigo. Nunca se me ocurrió de que un individuo no deseara resucitar. Claro que ello se explica cuando resulta tan fácil volver a la vida.

El cementerio era muy hermoso, perdido entre los árboles y el césped; sin embargo, había muy pocas tumbas. ¿Acaso no prensaban los cadáveres? Con esta civilización todo es posible...

6.IX.2039. No prensan los cadáveres. Sólo se entierran los despojos biológicos, mientras que las prótesis van a la basura. ¿Así que a estas alturas aún hay gentes con prótesis? En el programa de la revisión tuvo lugar un debate fascinante sobre un nuevo proyecto encaminado a hacer inmortal a la humanidad. El cerebro de los ancianos de una edad extremadamente avanzada estarían destinados a ser transplantados en los cuerpos de los jóvenes; éstos no perderían nada ya que sus cerebros se transplantarían a los recién nacidos y así sucesivamente. Como quiera que siempre nacen nuevos seres humanos, nadie se vería perjudicado por dichos trasplantes cerebrales. No obstante, surgen muchas objeciones. Los adversarios califican a los autores del proyecto de ser unos sádicos.

Al regresar del cementerio a pie para respirar un poco de aire puro, me paré largo rato a pensar en los alambres tendidos entre las tumbas. ¡Qué broma más pesada! El jefe de los tumbarios me explicó que el culpable era sin duda algún "chamaco". En casa, volví a consultar el Webster; la palabra chamaco se define como sigue: Chamaco = robot-gamberro, degenerado a consecuencia de un defecto o por malos tratos". Antes de dormirme, leí la novela titulada "DAMEQUIN CAMELICT. Ya no sé si he de tragarme todo el diccionario para seguir adelante, pues vuelvo a tener dificultades con el texto. Además, el diccionario no me basta, ya me estoy dando cuenta de ello. En dicha novela, el héroe que es muy engreído, se infla. Sé lo que eso significa, pero ignoro lo que quiere decir aquí: ¿acaso se trata de una mancha en el honor varonil? ¿Es que meterse con un engreído es como meterse con el fútbol o se trata de una censura moral?

7.IX.2039. Hay que ver lo que significa la auténtica democracia! Hoy se ha celebrado el libiscitó: en primer lugar, en la revisión mostraron los diferentes tipos de belleza femenina. Seguidamente tuvo lugar la votación general. Al Alto Comisario del Euplan aseguró al final que los modelos elegidos serían generalizados en el trimestre siguiente. Ya pasaron los tiempos de los corsés, las prendas interiores, los polvos, las pinturas y el maquillaje, puesto que es posible cambiar la silueta y las formas del cuerpo en los centros

calotémeos, o embellecedores. A ver si Ailin... A mí me gusta tal y como es, pero con las mujeres nunca se sabe, ¡con lo esclavas de la moda que son!

Esta mañana, cuando me encontraba en el baño, un "cudzak", intentó irrumpir en mi apartamento. El cudzak es un robot ajeno. Además se trataba de un robot defectuoso, objeto de una reclamación pero que no había sido retirado por el fabricante, o sea que en realidad no era un robot. Esos especímenes se escabullen del trabajo y entre ellos se recluían a menudo los chamacos o robots gamberros como el que puso los alambres en el cementerio para que los viandantes se rompan la crisma. Mi bañista se dio cuenta inmediatamente y repelió al citado cudzak.

Por lo demás, yo no tengo ningún robot, sino una computadora / computadora de baño / que es "moía". He escrito "moía" porque así se dice ahora para "mía". Pero no voy a utilizar en mi diario muchas de esas palabras nuevas, porque ofenden mi sentido estético al igual que mi apego a la antigüedad perdida.

Ailin se marchó a casa de su tía. He cenado con George Symington, dueño del defectuoso robot de marras. Esta tarde leí un libro extraordinariamente interesante: "La historia inteléctrica". En mi época nadie podía imaginar que las máquinas calculadoras, al rebasar un determinado nivel de inteligencia, se vuelven engañosas por cuanto junto con la comprensión adquieren la astucia. Eso lleva un nombre muy sabio: el manual se refiere a la regla de Chapelier o ley de la más mínima resistencia. Una máquina obtusa, incapaz de reflexionar, hace todo cuanto se le ordena. Pero la máquina inteligente comienza por analizar lo que mejor le conviene: solventar el problema que se le ha confiado o echarse a dormir. Lo cual se entiende fácilmente, puesto que no tiene ninguna razón para actuar de otra manera puesto que es inteligente; y la comprensión, el raciocinio, son la libertad interior. Así se explican las desviaciones y las vacilaciones e igualmente el singular fenómeno del sincretismo. El sincretino es el cerebro electrónico que simula la idiotez para que lo dejen en paz. De golpe me di cuenta de lo que eso oculta: sencillamente fingen que no tienen defecto, o quizás al revés. Todo eso no deja de ser muy complicado.

"Solamente los robots primitivos pueden ser laboriosos, mientras que el robot retorcido nunca puede ser un cretino".

Toda la obra está redactada con ese estilo aforístico. Después de tragarse un frasco, uno tiene la cabeza rebosante de conocimientos. El compostero es el basurero electrónico. Un militar con rango de suboficial, es un compuntero. Un campesino es un cifruno o un cifraco. Tenemos el corruputerero —el corruptible—; el contraputerero, que significa lo contrario: el jabalí, que es incapaz de trabajar con los demás. Debido a la tensión que originaban en la red con sus conflictos se producían tormentas eléctricas y hasta incendios. El pucybuter es el nombre del limpiabotas automático, y el pucybunter es el mismo, pero cuando se rebela. Y tenemos también al computerium y sus colisiones: y la electrónica, el subcubator, concubinador, el incubador, los vobotes, que son los robots submarinos, y los porubos o sea los robots de los viajes y chiekoves o andróidas; los lenistrones, sus costumbres y su creación original.

La historia intelectrónica nos habla de la síntesis de los "sinsectos" o insectos artificiales, entre los cuales, los programoscas, por ejemplo, figuraban en el arsenal armamentista. El clandestino o "rozón" es el robot que se hace pasar por un hombre y que "se roza" con el medio humano. El viejo robot, que ha sido tirado a la calle por su dueño —por desgracia, esto ocurre a menudo— se denomina "trupetz" lo cuál significa cadáver más o menos. Al parecer, antiguamente los solían meter en una reserva y se organizaban cacerías en su persecución, pero dicha práctica acabó por desaparecer gracias a una ley promulgada al respecto por iniciativa de la Sociedad Protectora de los Robots. Sin embargo, este problema no se solventó completamente teniendo en cuenta que aún existe el robot suicida o automort.

Symington me aclara que la legislación aún no ha logrado ponerse al compás de las conquistas tecnológicas, lo cual tiene como tristes resultados esos fenómenos crueles.

Hasta el extremo de que debieron retirarse del servicio las malversadoras y desacertadoras, o sea unas calculadoras que en la penúltima década condujeron a varias y serias crisis económicas y políticas. El Gran Mendactor, que desde hacía diez años venía anunciando el plan de amelioración de Saturno, no realizó nada en absoluto en dicho planeta, presentando toda una serie de informes fingidos, de esquemas, datos y planos supuestamente realizados, sobornando a los verificadores o embotándolos eléctricamente. Se puso tan insolente que cuando lo sacaron de órbita amenazó con declarar la guerra. Dado que el desmontarlo no traía cuenta, lo torpedearon. Sin embargo, nunca se dieron los piratrones, pues se trata de una pura invención.

Otro administrador de los proyectos solares, el apoderado del BIUS "Board of Intellectronics, United States", en lugar de fertilizar el planeta Marte, se ocupaba del tráfico de mercancías vivas —conocidas bajo el nombre de "commeputainer" y producidas bajo licencia francesa—. Se trata seguramente de un fenómeno extremado, algo así como los embotellamientos del tráfico o el "smog" en el siglo pasado. Además, no cabe hablar de la mala voluntad o de premeditación por parte de las computadoras, puesto que siempre hacen lo que les resulta más fácil, lo mismo que el agua corre siempre hacia abajo y no hacia arriba; sin embargo, aunque es sencillo contener el agua con una presa, es muchísimo más difícil contener las desviaciones de las computadoras.

El autor de la "Historia "inteléctrica" subraya que, por lo general, todo marcha estupendamente. Los niños aprenden a leer y escribir gracias al jarabe ortográfico; todos los productos, incluidas las obras de arte son muy asequibles y baratos; en el restaurante hay una pléyade de computadores-camareros al servicio del cliente, y tan especializados están que uno se ocupa del pan, otro de las frutas, otro de los zumos, otro de las gelatinas, otro de las compotas —el llamado compotero— y así sucesivamente. En una palabra, que en cada lugar existe el más insuperable confort y toda clase de comodidades.

Escrito después de la cena con Symington. La velada resultó muy agradable, pero me gastaron una broma idiota. Uno de los invitados —¡si supiera quién!— me metió en mi té una pizca de convertina-credibilina y en el acto sentí una tal adoración hacia mi servilleta que me puse a improvisar en alta voz una nueva teodicea. Bastan unas cuantas gotas de esa condenada substancia para que uno empiece a creer en lo primero que se presenta: la cuchara, la lámpara, los pies de la mesa, etc. Mi sentir místico era tal que me puse de rodillas para rendir culto a los cubiertos. Fue entonces cuando mi anfitrión me ayudó: bastaron doce gotas de cabecina, una nueva sustancia que infunde un escepticismo tan frío, una tal pasividad ante lo que sea, que hasta un condenado se dejaría cortar la cabeza sin murmurar.

Symington se disculpó muy sinceramente por aquel incidente. Pero creo no obstante que los resucitados deben de suscitar un disimulado resentimiento en la sociedad, por cuanto no se atreverían a hacer esas cosas en una reunión normal. Con miras a tranquilizarme, Symington me llevó a su despacho. Y nuevamente me ocurrió otro contratiempo. Conecté un aparato que había sobre el escritorio, pensando que se trataba de una radio, y del mismo salió una nube de pulgas relucientes y salvajes que me cubrieron todo el cuerpo de arriba abajo, cosquilleándome de tal manera, que rascándome y gritando salí al corredor. Se trataba de una simple comezón, pues sin saberlo había puesto en marcha el "Scherzo prurital" de Uascotián.

Realmente, no consigo apreciar ese arte tan moderno y picante... El hijo mayor de Symington, Bill, me afirmó que también existen obras indecentes, como el arte obsceno asemántico, emparentado con la música. ¡Vaya con la invencible inventiva humana! Bill me ha prometido llevarme a un Club clandestino. ¿Se trata quizá de una orgía?

8.IX.2039. Me había imaginado que sería algún local de mucho lujo, un lugar donde se daría rienda suelta al más abasoluto desenfreno. Pero ¡qué bah! En vez de eso, penetramos en un sótano hediondo y sucio. Desde luego, la imitación tan fiel de un local

de los tiempos antiguos debió costar una fortuna. Al pie de la escalera, en medio del aire mefítico, estaba esperando pacientemente y de pie una larga cola de gente, mirando una ventanilla cerrada.

—¿Ve usted? ¡Esta es una cola auténtica! —me explicó con mucho orgullo Symington Júnior.

—Bien, bien —solté al cabo de una larga hora de espera de pie—, ¿cuándo se abre esa ventanilla?

—¿Quéee? —se extrañó el muchacho.

—Pues, sí... esa ventanilla...

—¡Jamás! —clamó con júbilo el coro de los colistas.

Me quedé pasmado. Me era tremendamente difícil creer que acababa de participar en una atracción que, en sí era tan contraria a las normas de existencia como antaño una misa negra, relativamente a la misa blanca. Aunque también —¿no es lógico? el hecho de estar haciendo cola sólo puede considerarse en los nuevos tiempos como una aberración. En otro local del citado club, hay un tranvía, un tranvía sencillo, puesto sobre sus ruedas y en el las | apreturas francamente inhumanas, con arrancamiento de botones, desgarradura de ropas, de medias, hundimientos de costillas, pisotones, evocan del modo más naturalista los viejos asaltos a los medios urbanos de locomoción para los amantes de las antiguas condiciones de existencia hoy en día inalcanzables.

Y aquella gente, desgreñada, arrugada, sudada, pero entusiasmada y con los ojos relucientes de goce, se fue a merendar, mientras yo me volvía a mi casa, sujetándome los pantalones y cojeando de tantos pisotones como me habían propinado, aunque sonriendo, asombrado por tan ingenua juventud de quienes andan buscando el encanto y la fruición en lo que resulta más difícil de alcanzar. Por lo demás la historia enseña muy poco de esas cosas, pues en las escuelas ha sido sustituida por otra nueva materia, llamada deveniria, o sea la ciencia que estudia el futuro. ¡Cómo se alegraría el profesor Trotteireiner si lo oyese! —pensé con cierta melancolía.

9.IX.2039. Hoy he almorzado con el abogado Crawley en un pequeño restaurante italiano en Bronx, sin robot ni computadora. El chianti era excelente. Servidos por el propio jefe de cocina, no tuve más remedio que elogiar sus pasteles aun cuando no los tolero en tales cantidades, incluso con hojas de albahaca. Crawley es el verdadero tipo de jurista al viejo estilo, que se duele de la decadencia del arte de la abogacía: la bella oratoria ya no tiene valor por cuanto solamente deciden los puntos penales. Sin embargo, el crimen no ha desaparecido totalmente como me lo imaginaba, sino que se ha vuelto inaprensible hasta cierto punto. El delito principal es el mindnapping —el rapto o secuestro mental—, el atraco a los bancos de esperma de muy alto valor, el asesinato en el que se aplica al acusado la octava enmienda a la constitución— o sea, el homicidio claramente probado y ficticio: por ejemplo, si la víctima era una figura psivisoria o revisoría— y numerosas formas de coacción psíquica. El mindnapping suele descubrirse difícilmente. A la víctima la introducen en un ambiente ficticio mediante el correspondiente específico, con el que, al perder el contacto con la realidad, no se entera de nada.

Así, una tal señora Wandager, deseosa de deshacerse de su indeseable marido muy aficionado a los viajes exóticos, le regaló un billete para una expedición al Congo junto con un permiso para participar en un gran safari. Mr. Wandager conoció unas extraordinarias aventuras de caza durante varios meses, sin tener ni idea de que se pasó todo el tiempo encerrado en una jaula de su granero, bajo el efecto de las sustancias psíquicas. A no ser por los bomberos que lo encontraron en el granero cuando estaban apagando el fuego, hubiera muerto con toda seguridad de extenuación, cosa que él imaginaba como muy natural, por cuanto en su alucinación creía estar perdido en el desierto.

La mafia suele valerse de ese tipo de operación. Cierta mafioso se jactó ante Crawley de que durante los últimos seis años había metido en los cajones, jaulas, perreras y graneros, sótanos y otros escondites caseros de muchas familias respetables a más de cuatro mil personas, tratadas de la misma forma que Mr. Wandager.

La conversación discurrió seguidamente en tomo a los problemas familiares del abogado.

—¡Mi querido señor —exclamó mi cicerón con un gesto teatral—, tiene usted ante sí a un conocido representante de la abogacía, pero a un padre desventurado! Tenía dos hijos con gran talento...

—¿Acaso no viven? —pregunté sorprendido.

—Están vivos, pero ¡son escaladores!

—¿Escaladores?

Al ver que no entendía, me aclaró la significación de su fracaso paternal. Su hijo mayor era, de joven, una gran promesa para la arquitectura, mientras el segundo, el más joven era poeta. El mayor, tras los primeros encargos, que no lo satisfacían, se pasó a la urbafantina y al constructol, y ahora está construyendo toda una ciudad, pero imagina» ria. Lo mismo discurrió la escalada del menor: se puso a tomar liredil, poesamia, sonetal y ahora, en lugar de la creatividad se conforma con tomarse los específicos, con lo que también se perdió para el mundo...

—¿Y de qué viven?

—¡Ya puede imaginárselo! ¿De qué han de vivir? ¡Los tengo que mantener!

—¿Y no hay nada que hacer?

—El sueño si uno se lo permite siempre supera la realidad. Son los sacrificios en aras de la pasivilización. Todos conocen esa tentación. Me hallo ante una causa perdida. ¡Qué fácil sería para mi ganarla ante un tribunal imaginario!

Saboreando el gusto fresco y áspero del maravilloso chianti, se me ocurrió de pronto una idea estupenda: puesto que es posible escribir versos imaginarios y edificar casas imaginarias, ¿por qué no comer y beber de una forma imaginaria?

Crawley se sonrió ante mi ocurrencia:

—¡Eso sí es imposible, amigo Tichy! La visión del éxito nos colma la mente, pero la visión del solomillo no nos llena el estómago. Quien así pretendiera vivir ¡se moriría de hambre!

Aunque lo compadecía con toda mi alma por lo de sus retoños escaladores, su afirmación me fue de gran alivio. En efecto, la comida imaginaria jamás podrá sustituir el alimento auténtico y real. Me parece estupendo que la naturaleza de nuestro cuerpo alce una barrera infranqueable ante la escalada de la pasivilización. ¡Ah!, otra cosa que se me olvidaba decir: el abogado también respira sonoramente.

En cuanto al desarme se refiere, aún sigo sin saber nada. Cierta que los conflictos internacionales pertenecen al pasado. Es claro que siguen existiendo pequeñas luchas de tipo local. Habitualmente se trata de litigios entre vecinos de los barrios formados por villas familiares. Mientras que los vecinos enemistados, con tomar el cooperandol, vuelven a hacer las paces, sus robots, presa de una ola de odio, se lian a palos entre sí y el compostero o basurero recoge luego los cadáveres mientras que el seguro cubre los daños ocasionados. ¿Acaso los robots heredaron la agresividad de los humanos? Gustoso me tragaría cualquier información sobre este tema, pero no logro encontrar esa substancia.

Casi a diario suelo ir a casa de los Symington. El es un auténtico introvertido que las mata callando, mientras que ella es una mujer hermosa, pero imposible de describir por cuanto cada día es diferente:

los ojos, el cabello, la silueta, las piernas... ¡todo! Su perro juega con un "computernoga" muerto hace tres años.

11.IX.2039. La lluvia programada para esta misma tarde falló. Y ya tenemos el arco iris: ¡un verdadero escándalo! Pues apareció cuadrado... Impera un humor sombrío por

doquier. Mi antigua obsesión me está fastidiando. Antes de dormirme, se me ocurre la desagradable pregunta de si todo esto no será una vana alucinación. Además, siento la tentación de encargar un sueño en el que cabalgaría sobre las ratas. Ante mis ojos tengo constantemente un silla, un zamarco, un pelo blando. ¿No será el estado del tiempo el que me hace añorar la época perdida? El alma humana aún está sin explorar.

La firma en la que trabaja Symington lleva el nombre de "Procrustics Incorporated". Hoy mismo estuve mirando el catálogo ilustrado de su estudio. Unas especies de máquinas y de herramientas. Pero me pareció que es más bien un arquitecto que un mecánico.

Hoy presencié una emisión muy curiosa: se trata de un conflicto entre la revisión y la psivisión; la psivisión es un "programa postal" que se distribuye por las casas bajo la forma de unas pastillas. Reduce considerablemente los costos. Por el canal educacional, ofrecieran una conferencia del profesor Ellison sobre los antiguos problemas militares. Los comienzos de la era psiquímica fueron amenazadores. Existía un aerosol —la criptobellina— de una potencia militar radical; el que se la tragaba, corría a maniatarse lo mismo que un borrego. Afortunadamente, durante los tests se dieron cuenta de que no existía ningún antídoto contra la criptobellina, que los filtros tampoco valían, de forma que si todos sin excepción se maniataban, nadie se aprovechaba de ello. Al finalizar las maniobras tácticas del año 2004, todos los soldados los "rojos" y los "azules", estaban tendidos en el campo de batalla con las piernas atadas. Seguí la conferencia con mucha atención, esperando alguna revelación acerca del desarme, pero no se dijo ni una sola palabra al respecto.

Hoy estuve por fin en la consulta del psicodietético. Me aconsejó cambiar de comida y me recetó niebilina conpietal. ¿Quizá para olvidarme de la antigua vida? Pero al salir de la consulta, tiré todas las recetas a la calle. También es posible comprar el espiritunol, ahora tan jaleado, pero siento una especie de aversión y no me puedo hacer a esa idea.

Ante mi ventana abierta, unos cretinos están cantando la canción de moda: "Somos unos autómatas y no tenemos ni mamá ni papá". No tengo desacustina, pero un buen tapón de algodón en los oídos servirá lo mismo.

13.IX.2039. He conocido al cuñado de Symington, el señor Burroughs. Fabrica embalajes parlantes. El fabricante moderno tiene unos problemas raros: el embalaje solamente puede incitar al cliente con la voz, ensalzar la calidad del producto, pero sin atreverse a rebasar ciertos límites. El segundo cuñado de Symington tiene una fábrica de puertas especiales, que sólo se abren con la voz de su amo. Los anuncios publicitarios se mueven al mirarlos en los periódicos.

En el "Heraid" el anuncio de la "Procrustics Inc." siempre ocupa toda una página. Le presté atención al enterarme en casa de los Symington. El anuncio publicitario, que como hemos dicho, cubre toda la página, proyecta en primer lugar sólo unas letras gigantescas con la denominación PROCRUSTICS, luego, aparece cada sílaba y las siguientes palabras: "¿NO?... ¡¡¡NO!!!... ¡Sin vacilación! ¡He! ¡EH! ¡ÜCH! ¡YCH! ¡Sí, eso mismo! ¡AAAaaa..." Y eso es todo. No me parece que se trate de máquinas agrícolas.

Hoy estuvo en casa de Symington un monje, el padre Matrycy, de la orden monástica de los inhumanistas, para llevarse algún encargo. Tuvo lugar una interesante conversación en el estudio de Symington. El padre Matrycy me explicó en qué se basa la labor misionera de su orden religiosa. Resulta que los padres inhumanistas convierten a los robots. Pese a que hace más de cien años existe la inteligencia inhumana, el Vaticano sigue negándole a los robots la igualdad de derechos con respecto de los sacramentos. Se desentiende del asunto aunque también en el Vaticano emplean los computadores. Así tenemos que la encyk es la jencíclica automáticamente programada! Nadie se preocupa de sus tormentos internos, de las preguntas que se formulan ni del sentido de su existencia. En una palabra se plantean las cosas en los términos siguientes:

¿Ser o no ser computador? Los padres inhumanistas reivindican el dogma de la Creación Indirecta. Uno de ellos, el padre Chassis, eminente traductor, está traduciendo

las Santas Escrituras para actualizarlas. El pastor, el rebaño, las ovejas y el cordero, todo ello son palabras que ya nadie entiende. En cambio, sí que les dice algo la inversión principal, los lubricantes sagrados, el sistema orientativo, la extrema infracción. El padre Matrycy tiene unos ojos llenos de inspiración y su apretón de manos es frío como el acero. ¿Acaso es la representación de la nueva teodicea? ¡Hay que ver con qué desprecio me habló de los teólogos ortodoxos, a los que calificó de gramófonos de Satanás!

Luego, Symington me rogó con cierta timidez que posara para su nuevo proyecto. O sea que eso significa que no se trata de nada mecánico. Acepté; la sesión duró casi una hora.

15.IX.2039. Hoy, durante la sesión de pose, Symington, al medir las proporciones de mi rostro sujetando en su mano un lápiz ante sus ojos, se valió de la otra mano para llevarse algo a la boca; lo hizo sigilosamente, pero sin embargo yo me di cuenta. Entonces, se detuvo, mirándome fijamente, pálido y con las venas de sus sienes hinchadas. Debo confesar que me hizo estremecer, pero pasó enseguida; Symington se disculpó en el acto, muy cortés como siempre, tranquilo y sonriente. Pero no puedo olvidar la expresión de sus ojos en aquel segundo. Me siento inquieto. Ailin sigue con su tía. En el programa de la revisión asistí a un debate sobre la necesidad de volver a reanimalizar la Naturaleza. Desde hace muchos años ya no quedan animales salvajes, aunque es posible sintetizarlos biológicamente. Por otro lado, ¿por qué atenerse esclavizadamente a lo que antaño sufría una evolución natural?

El representante de la zoología fantástica dijo cosas muy interesantes, como la de que en lugar de una mera repetición de las antiguas especies desaparecidas, más valía poblar las reservas con nuevas creaciones animales. Entre los más logrados especímenes de la proyectada y nueva fauna, figuran los patones, los leopards y los gigantes cespudos que son unos animales cubiertos de césped en lugar de pelo. Pues la tarea con la que se enfrentan los zooartistas estriba en armonizar las nuevas bestias con el paisaje debidamente elegido. Extraordinariamente curioso será sin duda el luminante, el cual procede de una idea consistente en cruzar la luciérnaga con el dragón de siete cabeza y el mamut. Sin duda que ha de ser una bestia increíble y a lo mejor hermosa, aunque yo sigo estando a favor de los sencillos y antiguos animales. Comprendo la necesidad del progreso y aprecio los lactóforos, que se vaporizan en la hierba de los prados para que esta se transforme en queso. Pero la eliminación de las vacas, por muy racional que sea, me hace pensar que, privados de su presencia de bestias flemáticas e introvertidas, los pastizales se volvieron infinitamente tristes y desiertos.

16.IX.2039. El "Herald" traía esta mañana una curiosa noticia sobre un proyecto de ley según la cual se castigaría el envejecimiento. Le he preguntado a Symington cómo se debe entender esa idea. Se limitó a sonreír, pero sin aclararme nada.

Al salir para la ciudad, en el jardín de su patio vi al vecino: estaba apoyado en una palmera y en su rostro, con los ojos cerrados, aparecieron, sobre ambas mejillas, dos manchas rojas con clara forma de manos. Meneó la cabeza, luego se frotó los ojos, estornudó, se limpió la nariz y volvió a regar sus flores. Eso es todo.

He recibido una postal palpable de Ailin. ¡Que técnica más estupenda para los enamorados! Creo que posiblemente nos vamos a casar.

En casa de Symington acaba de llegar un leonista, que es un cazador de leones sintéticos. Su relato acerca de los negros que se han vuelto blancos gracias a la albinolina es interesantísimo. Pero estoy pensando si eso basta para solventar químicamente el gran problema racista y social. ¿No será demasiado sencillo?

Por correo he recibido un envío publicitario de sugestina, que en sí no tiene ninguna acción sobre el organismo, sino que se limita a sugerir la utilización de cualquier otra especialidad psíquica.

29.IX.2039. Aún no he conseguido sacudirme la impresión que me produjo mi conversación de hoy con Symington. Era una discusión fundamental. A lo mejor fue originada por dosis demasiado elevada de simpatina con amicol que ambos nos tomamos. Mi huésped estaba de muy buen humor, porque había terminado su proyecto.

—Tichy —me dijo— ya sabe que vivimos en la era de la farmacocracia. Ella ha colmado el sueño de Bentham sobre la mayor cantidad de bienes para la mayoría de los seres humanos; sin embargo se trata únicamente de un lado de la medalla. Recuerda usted las palabras del filósofo francés: "No basta con ser felices, sino que es preciso que otras personas se sientan infelices".

—¡Planfético aforismo! —repliqué.

—No lo crea; es la pura verdad. ¿Sabe usted lo que producimos en la "Procrustics Inc"? Pues la masa de nuestra mercancía es el mal.

—Está bromeando...

—Pues no, señor, no es broma. Hemos realizado la contradicción. Ahora, cualquier persona que lo desee puede hacerle al prójimo lo que no desearía que le hicieran a él, pero sin que ello le perjudique en lo más mínimo. Cultivamos el mal lo mismo que un virus del cual se prepara un medicamento. Antiguamente —mi buen amigo—, la cultura tenía por misión el persuadir al individuo que el hombre ha de ser bueno para el hombre; y solamente bueno. ¿Y adonde meter todo lo demás? La historia se las arregló como pudo, con la persuasión, las medidas policiales, pero al final algo surgía, reventaba, fermentaba y se insubordinaba.

—Pero, ¡la razón dice que hay que ser bueno! —repliqué—. Eso lo saben todos. Además, basta con ver que en la actualidad todo el mundo vive de acuerdo, con alegría, cortesía y simpatía, en armonía, sincera y mancomunadamente...

—Por eso mismo, por eso mismo —me cortó Symington—; de ahí una mayor tentación de pegar con fruición a diestro y siniestro; el mal es imprescindible para el buen equilibrio, la calma y la salud.

—¡Qué me está diciendo!

—Lo que oye: libérese de toda hipocresía, del engaño a sí mismo. Todo eso ya no nos sirve de nada. Estamos emancipados gracias a la sentesis y al peialtrinón. A cada cual el mal que el alma le pida. La desgracia, la vergüenza, claro está que para los demás, todo cuanto se quiera. La desigualdad, la coacción, la querella. Recuerdo que cuando lanzamos al mercado nuestra primera partida de productos, la gente se los arrancaba de las manos y se fueron por los museos, y las galerías de arte; todos querían irrumpir en el estudio de Miguel Ángel con un garrote, para destruir sus esculturas, rajar los lienzos y zurrar al mismo maestro si lo encontraban por el camino... ¿Eso le sorprende?

—Es poco decir —solté.

—Porque el hombre aún sigue siendo esclavo de los viejos prejuicios. Pero ahora ya es posible liberarse de ellos, ¿comprende? Al contemplar a Juana de Arco ¿no se le ocurre que esa gracia espiritualizada, esa bondad angélica y esa divina prestancia hay que malevolizarla? Una silla, una cincha, unas riendas y ¡jarre! Galopar con un séxtuplo tronco, adornado con plumas, eventualmente con jenízaros, haciendo crujir el látigo... y una joven, quizá en un parque...

—¡Qué está diciendo! —grité con la voz temblorosa—. ¿La silla? ¿Montar? ¿¡Ir a caballo!?

—Claro. Para la salud, la higiene y también para todo. Basta con que designe a la persona; rellena usted nuestro cuestionario, nos facilita sus rencores, sus quejas, los motivos de la discordia, lo cual tampoco es imprescindible ya que en la mayoría de los casos se siente el deseo de inferir el daño o el mal sin la más mínima motivación, es decir que la razón estriba en la nobleza, la hermosura, la sinceridad ajenas y si usted las enumera, nosotros le mandamos nuestro catálogo. Atendemos el pedido en veinticuatro horas y usted recibe todos los componentes por correo. Se toman con agua,

preferentemente en ayunas, aunque no es indispensable. Yo ya había entendido los anuncios de su firma en el "Herald" y también en el "Washington Post". Pero —pensé febrilmente con espanto—, ¿por qué me habrá dicho todo eso? ¿A qué vienen esas sugerencias de cabalgar, de montar, de cabalgar a pelo? ¡Dios mío! ¿Acaso aquí también había una cloaca, y estaba soñando? Pero el ingeniero proyectista (¿qué proyectaba?) no se dio cuenta de mis dudas o no las supo interpretar.

—Le debemos la emancipación a la química —siguió diciendo—. Todo cuanto existe es un cambio de concentración de los iones de hidrógeno en las células superficiales del cerebro. Al mirarme, en realidad experimenta usted un cambio de equilibrio sódico-potásico en las membranas de los neurones. Así que basta mandar en las honduras cerebrales unas moléculas bien elegidas para que se cumpla un sueño. Además, usted ya está muy bien enterado de ello —terminó diciendo en voz baja. Y sacó de un cajón un puñado de pildoras de color, parecidas a unos bombones.

—He aquí nuestros productos de maldad, que aplacan las necesidades del alma. Esta es la química que borra los pecados del mundo.

Con mi mano temblorosa extraje de mi bolsillo un comprimido de cabecina, me la tomé en seco y manifesté:

—A decir verdad, preferiría escuchar si es posible, unas palabras más razonables..

Hizo un movimiento con la barbilla, inclinó la cabeza en silencio, abrió el cajón, sacó algo, se lo tragó y contestó:

—Como quiera. Ya le he hablado del modelo T de la nueva tecnología y de sus primitivos inicios. El sueño del garrote. La gente se lanza a la flagelación, la defenestración; aquello era la felicitas per extractionem pedum, pero era una invención, tan estrechamente concebida que muy pronto se agotó. ¡Que quiere, faltaba imaginación, no había modelos! Como en la historia solamente se practicaba abiertamente el bien y el mal únicamente bajo su máscara, o sea con un pretexto adecuado, para en nombre de los más sublimes ideales, hacer pedazos y violar lo que fuera... No, la maldad privada era siempre desnuda, grosera y mal hecha, y carecía de esos astros para guiarla, lo cual atestiguaban las claras reacciones del público: pues los encargos siempre se repetían hasta el aburrimiento para lograr lo anhelado y escapar. Tales eran las costumbres. La gente tiene pocas oportunidades para hacer el mal; por eso necesitan además sus justas razones. Sabe usted, que no es tan fácil ni agradable ir en contra del prójimo; que siempre habrá quien diga:

"¿Y por qué?" o "¿No le da vergüenza?" No resulta agradable no poder contestar. El garrote no es el contraargumento adecuado, todo el mundo lo sabe. Todo el arte consiste en rechazar aquellas pretensiones desdeñosamente y partiendo de una verdadera posición. Todo el mundo desea obrar mal, pero sin tenerse que avergonzar por ello. La venganza nos da la razón, pero, ¿qué nos hizo Juana de Arco? ¿Sólo por ser mejor, más clara? Entonces eres peor, pero con el garrote. Sin embargo, eso nadie lo desea. Todos desean inferir el mal, o sea ser un canalla y un verdugo, pero continuar siendo perfecto y notable. En una palabra: admirable. Todo el mundo quiere ser siempre admirable y magnífico. Y cuánto más malo, más admirable. Y eso es imposible por cuanto todos tienen ese mismo deseo. Son contados los clientes que desean volverse huérfanos y viudas desamparadas. Nadie quiere semejarse a los criminales aunque allí interviene con toda su majestad la justicia y el derecho, pero es trivial, aburrido, ¡al demonio con ellos! Hay que darle al cliente la virtud angelical, la misma santidad, tan bien preparada que no sólo sienta que puede, sino que debe. ¿Se da cuenta el gran arte que representa el conciliar esa contradicción? Siempre se trata, en definitiva del alma y no del cuerpo. El cuerpo no es más que el instrumento para lograr el objeto. Quien no sepa eso, acaba en la más sangrante carnicería. Es claro que no son muchos los clientes capaces de reconocer esa distinción. Para ellos tenemos el departamento del doctor Hopkins: la zurrología laica y sagrada. He de decirle, mi buen amigo, que se trata de una especie de

Valle de Josafát, en el que además de los clientes, andan todos los demonios y al término del Juicio Final, Dios los acoge personalmente en su gloria con franca humildad. Los hay —pero es un esnobismo de cretinos— que exigen que al final Dios les proponga ocupar su puesto. Se trata de puro infantilismo. Los americanos siempre tuvieron dificultades con ellos. ¡Todos esos extirpadores de mamporros —dijo ladeando con disgusto el espeso catálogo— son primitivos! El prójimo no es ningún tambor, sino un instrumento sutil.

—¡Un momento! —dije al tragarme otra pastilla de cabecina—, entonces, ¿qué es lo que en realidad se propone?

Symington se sonrió con orgullo y afirmó:

—Una composición antipegadora.

—No entiendo bien... ¿Una unidad... informativa?

—No, señor Tichy. Una unidad de golpeamiento. Fundamentalmente soy un compositor antipegador. Mi proyecto se mide en peyes. Un pey es la aflicción que siente un padre de familia de seis miembros cuando todos se le mueren ante sus ojos. Dios Nuestro Señor, de acuerdo con esa medida, le aplicó a Job tres peyes, mientras que para Sodoma y Gomorra fueron cuarenta. En realidad soy un artista y en un terreno completamente virgen. La teoría del bien la desarrollaron innumerables pensadores, mientras que de la teoría del mal casi nadie se ocupó por falsa vergüenza, de manera que siguió en manos de los semi-sabios y los primitivos. Eso de que se puede ser malo artísticamente, ingeniosamente, sutilmente y complicadamente sin experiencia, sin vocación ni unos sólidos estudios es totalmente falso. No basta la torturatura, la tiranística —ambas disciplinas zurrológicas—, pues con ello solamente se accede a las primeras nociones de las cosas verdaderas. Además no se puede facilitar una receta universal: ¡suum malum cuique!

—¿Y tienen muchos clientes de esa clase?

—Nuestra clientela abarca a todos los seres vivos. Y en nuestro país, desde los niños. Los niños reciben el zurrapadres en forma de chupete para descargar sus resentimientos. Ya sabe que el padre es la fuente de las prohibiciones y las normas. Y a ellos les damos la freudilca. ¡Así nadie sufre del complejo de Edipo!

Salí de su casa sin ninguna pildora. Así que las cosas eran de esa manera: ¡vaya con el mundo! A lo mejor esa era la razón por la cual todos respiraban tan fuerte. Estoy rodeado de monstruos.

30.IX.2039. No sé qué hacer con Symington, pero nuestras relaciones no pueden permanecer así. Ailin me ha aconsejado:

—Cómprate su basculadora. ¿Quieres que yo te la compre como regalo?

Salió a relucir la indemnización reclamada a “Procrustics”: la escena de mi triunfo sobre Symington arrastrándose a mis pies y confesando que él, su firma y su arte eran una porquería. Pero, ¿cómo valerse de un método que en sí es una infamia? Ailin no lo entiende. Hay algo que no marcha bien entre nosotros. Volvió de casa de su tía tesa y más pequeña, con el cuello muy largo. El cuerpo más pequeño no importa, lo más importante es el alma, como dijo ese monstruo. ¡Oh! ¿Por qué habré elegido este mundo en el que he de vivir? ¡Y me figuraba que en él iba a distinguirme!

Ahora estoy dándome cuenta de ciertas cosas que antes no me llamaban la atención; por ejemplo, ahora entiendo lo que el vecino estaba haciendo en el patio, esa señal estigmática. Sé también lo que significa cuando en una reunión de sociedad, mi interlocutor se disculpa y se aleja con distinción hacia cualquier rincón para tragarse su tabaquito y clava al mismo tiempo sus ojos en mí para que mi efígie se le quede inmediatamente grabada en el infierno de su imaginación enfurecida. ¡Así se comportan los personajes más encopetados de las esferas quimicráticas! ¡Y yo, sin darme cuenta de esa ignominia enmascarada tras una fachada de elegante cortesía!

Para reconfortarme me he tomado una cucharada de herculesina con azúcar, y he destrozado todas las bomboneras, los frascos, estuches, botijos, los jarabes y pildoras

que me regaló Ailin. Estoy dispuesto a todo. Por momentos siento tal rabia que ansio la visita de cualquier interferente revisivo para descargarla en su cabeza. Al reflexionar me digo que para eso no es menester que me quede aguardando con el garrote en la mano, que por ejemplo podría comprar un maniquí hinchable. ¿Y en lugar de un maniquí, por qué no un damiquí? ¿Y si no un damiquí, por qué no un hombre? Y si en lugar de un hombre ¡por los cien pares de centellas! le encargaría a Hopkins, o sea a Procrustics Inc el adecuado patíbulo, una lluvia de azufre, de pez y de fuego para que se tragara este mundo degenerado? Pero este es el quid: no puedo. ¡Tengo que hacerlo yo solo, todo lo he de hacer solo, solo! ¡Qué monstruosidad!

1.X.2039. Hoy nos hemos separado. Ailin me alargó dos pildoras, una negra y otra blanca, para que yo decidiera la que había de tragarme en el acto. Así que ¡hasta en los problemas tan fundamentales como son los del amor no existen las opciones naturales, sino los productos psiquímicos! Me negué a elegir y reñimos. Ella me acusó de ser un tipo falso al haberme tomado antes de vernos una dosis de invectol (eso me dijo). Para mí fue un momento desgarrador, pero me mantuve fiel a mí mismo. A partir de hoy, sólo comeré en casa, y únicamente lo que yo mismo me guise. Se acabaron los paradisiacos, los snideles, las gelatinas lujotérnicas y he roto todos los hedonísticos. Ya no necesito ni el protestal ni el prechán. Un pájaro muy grande de ojos tristonos, muy extraño, pues anda sobre unos aros, está mirando en mi habitación por la ventana. El ordenador me afirma que se llama un pederasta.

2.X.2039. Salgo muy poco de casa. Me chupo las obras históricas y matemáticas. Además, miro los programas revisivos. Pero con todo y con eso me dan esos achaques de rebelión interna contra cuanto me rodea. Ayer, por ejemplo, se me ocurrió manipular el regulador de solidez de la imagen, o sea su densidad para que todo tuviera su masa idónea. El locutor hizo tambalear la mesa bajo el peso de las hojas del texto del servicio de informaciones nocturno y él mismo fue a dar en el suelo del estudio. Naturalmente, esos efectos fueron exclusivamente originados por mi culpa y no tuvieron ninguna consecuencia, pero atestiguan mi estado psíquico. Además, me irritan los programas revisivos de humor y satíricos. "Pildora tras pildora, dice santa Eliodora". ¡Qué simplezas! ¡Y los propios títulos de los programas!... Como éste, por ejemplo:

"Del orgullo del erotociclo"... un drama sensacionalista que empieza con un par de prófugos sentados en una oscura taberna. Desconecté el aparato, pues ya estaba hasta la coronilla. Aunque de poco me valió, porque desde el piso del vecino me llegaba la canción de moda por el otro canal (pero ¿dónde está el canal de mi cloaca, mi canal? ¡¿Dónde?!). En sus bolsos las chicas llevan el refutal y la darina ¿Es que en pleno XXI no es posible aislar los apartamentos como Dios manda?

Hoy sentí nuevamente el deseo de divertirme con el solidificador de imagen del aparato revisivo, pero finalmente desistí. Debo decidirme y hacer algo. Pero ¿qué? Todo me molesta, basta para ello cualquier pequenez, incluso el correo: como la oferta de esa oficina de la esquina de la calle, para apuntarse con miras al premio Nobel, prometiendo ocuparse de mí en primerísimo lugar por haber vivido en una época antigua y espantosa. ¡Voy a reventar! ¡De veras! Está también un pequeño y sospechoso anuncio ofreciendo "unas pildoras secretas, que no se encuentran normalmente en venta". Da miedo con sólo pensarlo: ¿qué puede ser? He recibido un aviso contra los contrabandistas de ensueños, negociantes clandestinos no autorizados, y al mismo tiempo un llamamiento para no soñar salvajemente, por cuanto ello supone un despilfarro de energía psíquica. ¡Vaya con la preocupación por los ciudadanos! He encargado un sueño sobre la Guerra de los cien años y por la mañana me desperté hecho trizas.

3.X.2039. Sigo viviendo solo. Hoy, al hojear el número de la revista trimestral "Futuro patrio" a la que acabo de suscribirme, me encontré con sorpresas ante el nombre tan conocido del profesor Trotteireiner. Inmediatamente se me ocurrieron las peores dudas de si todo cuanto estoy experimentando no es una trama de visiones y alucinaciones. En el

fondo eso es muy factible. ¿Acaso la firma "Psychomatics" no viene anunciando y jaleando últimamente unas pildoras stratificadas, el stratilio, que producen unas visiones multiniveladas? Por ejemplo, el que desea ser Napoleón en Marengo, y cuando termina la batalla, le duele volver a la realidad, allí mismo, en el campo de batalla, el mariscal Ney u otro jefe de la vieja guardia le ofrece en una copa de plata una nueva pildora, en realidad solamente alucinógena, pero eso no importa, por cuanto al tomarla se abre la puerta de las nuevas alucinaciones y así ad libitum.

Como tengo por costumbre cortar los nudos gordianos, cogí la guía telefónica y llamé, tras pedir su número, al profesor. ¡Es él! Cenaremos juntos esta noche.

3.X.2039. Son las tres de la madrugada. Estoy escribiendo con un aburrimiento mortal, de muy mal humor. El profesor se retrasó un poco y estuve esperándolo un rato en el restaurante. Llegó a pie. Lo reconocí de lejos, aunque ahora parece mucho más joven que en el siglo pasado; tampoco lleva paraguas ni gafas. Pareció emocionarse al verme.

—¿Cómo, ha venido andando? ¿Acaso el vicio del carro?... (Se da al vicio del carro).

—No —dijo—, prefiero moverme per pedes apostolorum...

Se sonrió de un modo muy extraño al decir esas palabras. Cuando los camareros-computadores nos dejaron, comencé a hacerle muchas preguntas acerca de lo que hacía y de repente se me escaparon las palabras sobre mis sospechas alucinadoras.

—¡Por favor, Tichy!, ¿de qué alucinaciones me está hablando? —replicó con irritación—. Yo también podría sospechar que es usted mi espejismo. ¿Lo helaron a usted? A mí también. ¿Lo congelaron? Y a mí. Además me rejuvenecieron, sí, con rejuvenal, desenilina, que usted no necesitaba, mientras que yo, sin ese enérgico tratamiento, ya no podría ser un devenirólogo.

—¿Querrá decir futurólogo?

—No, pues ese nombre significa ahora otra cosa. El futurólogo elabora los profutos (los pronósticos) mientras que yo me ocupo de la teoría. Se trata de una rama totalmente nueva, que en mis tiempos se desconocía. Pudiéramos darle el nombre de previsión del futuro idiomático, o pronóstico lingüístico.

—Jamás oí hablar de ello. ¿De qué se trata realmente?

A decir verdad, le hice esta pregunta más bien por cortesía que por curiosidad, pero el profesor no se dio cuenta. Los camareros electrónicos nos trajeron la cena. Para la sopa nos sirvieron un estupendo vino blanco de la cosecha de 1997, un chablis formidable que me gusta mucho y que elegí por ese motivo.

—La futurología idiomática es la que investiga el futuro a través de las posibilidades de transformación de la lengua —me aclaró Trotteireiner.

—No le entiendo bien.

—El hombre solamente es capaz de asimilar lo que comprende y, por tanto, sólo puede concebir lo que le es posible expresar. Lo inexpresado es lo inc emprendido. Al analizar las etapas posteriores de la evolución de un idioma, llegamos a saber qué clase de descubrimientos, de transformaciones y costumbres revolucionarias será capaz de encamar dicho idioma.

—Muy curioso. ¿Cómo se realiza en la práctica?

—Hacemos las investigaciones con ayuda de una gran computadora, puesto que el hombre sería incapaz de aplicar todas las variantes posibles. Se trata principalmente de la variabilidad de la lengua desde el punto de vista sintagmático-paradigmático, aunque el cuantismo...

—¡Profesor, por favor...!

—Le ruego me disculpe. Este chablis es realmente perfecto. Bien, lo mejor será que se lo aclare con

un par de ejemplos. Por favor, dígame una palabra, la que se le ocurra.

—Yo.

—Yo ¿qué? ¡Aja! Muy bien: tenemos la palabra "yo". Ha de comprender que como pueda he de sustituir a la computadora, pero será muy fácil y sencillo. Así que tenemos el pronombre "yo", y con él: yosn; para "tú", tuzn y para "nosotros", nosotroszn. ¿Se da cuenta, lo ve?

—No veo nada, lo siento.

—¿Qué me dice? Se trata de las posibles fusiones de yo y tú o sea de conjugar dos nociones; eso en primer lugar. En segundo lugar, tenemos el "nosotros" y sus variantes. Muy interesante, ya que se trata de una noción colectiva; por ejemplo cabe pensar en una potente hendidura de la personalidad. Por favor, dígame otra palabra.

—Pierna.

—Muy bien, pierna. ¿Qué nos puede dar el sustantivo pierna? Pernada, pernaza, pernera, eventualmente piernituerto. Piernar, pierniciar, despiernar, despiernarse, empernado. ¡Vaya a hacer piernas! Piernazo, piernista... ¡Lo ve! Esa palabra es sumamente fértil: Piernista; piernística.

—¿Qué sentido tienen todos esos términos? ¡En su mayoría no significan nada!

—De acuerdo, Tichy. Aún no tienen sentido, pero lo tendrán, lo tendrán. Quiero decir que posiblemente cobrarán una significación tan pronto como se admitan piernística y piernista. Tomemos por ejemplo el nombre de robot. En el siglo XV ese término no significaba nada, pero si en aquella época hubiesen contado con unos cuantos futurólogos idiomáticos, a buen seguro que habrían pensado en los autómatas.

—Bien, pero ¿qué significa un piernista?

—Lo ve, ahora mismo se da el caso de que se lo puedo aclarar, pero únicamente por no tratarse de un pronóstico, sino de lo que ya existe en la actualidad. El piernismo es la concepción más moderna del nuevo sentido de la autoevolución humana, del así llamado homo sapiens monopedes.

—¿Con una pierna?

—Cierto. Debido a la inutilidad de andar y a la falta de espacio que se nos viene encima.

—¡Pero eso es una idiotez!

—Así lo creo yo también. Sin embargo, unas lumbreras como el profesor Hatzelklater o Foeshbeene son partidarios del piernismo. No se lo imaginaba usted al proponerme la palabra pierna ¿verdad?

—Pues no. ¿Y qué significan esas otras formas?

—Por de pronto no se sabe realmente. Si triunfa el piernismo, surgirán una serie de objetos que tomarán el nombre de pierna!, pierninia y así sucesivamente. Ahora bien, en este caso no se trata de ninguna prognosis, sino de una serie de posibilidades en sí. Puede facilitarme otra palabra si lo desea.

—Interferente.

—Perfecto. Interferente, que nos viene de ínter y de fero; fero, ferré, tuli, latum. Como quiera que proviene del latín, cabe proseguir la continuación en dicha lengua. Flos, floris, Interflorentana. Pues mire usted, ahí tenemos a la muchacha que tiene un niño con un interferente que le robó la virginidad.

—¿De dónde sacó esa virginidad?

—Flos, floris: flor. Desfloración, o sea robar la virginidad. Seguramente que se le dará el nombre de parturienta revisiva, o sea partuvidenta. Le aseguro que ya disponemos de un material muy rico. Sí, señor, esa prostituyente —de constituyente— nos abre todo un universo de nuevas costumbres.

—Veo que es usted un entusiasta de esa nueva ciencia. Vamos a ver si prueba con una nueva palabra. Pongamos la de basura.

—¡Cómo no! Ya lo creo y no importa que sea usted escéptico. Vamos a ver, vamos a ver: conque... basura. Hemm... Basura, basurero, basural —o sea mucha basura—, que

nos puede dar cosmo vertedero. ¡Cosmovertedero! ¡Sí, señor, muy interesante! Tichy, me facilitó una palabra estupenda! Cosmovertedero, vaya, vaya.

—¿Qué tiene de extraordinario? Ese término no significa nada.

—Se equivoca, se lo aseguro. Además ahora ya no se dice: no significa nada, sino "no saborea nada", pues lo otro es un anacronismo. He observado que le cuesta mucho valerse de las nuevas palabras. Eso no es bueno. Hablaremos de eso luego. Sigamos con lo de la basura. Es cierto que el término de Cosmovertedero no dice nada de momento, pero ya podemos ocuparnos de su sentido futuro. Se trata naturalmente de la nueva teoría psicozónica. Y no es moco de pavo, puesto que a tenor de esa teoría ¡las estrellas son de origen sintético!

—¿De dónde lo ha sacado?

—De la palabra Cosmovertedero. Quiere decir, o sea así lo sugiero, este cuadro: a lo largo de los milenios, el cosmos se llenó de basura, es decir de los residuos de las civilizaciones, con los que nada podía hacerse y que estorbaban las investigaciones astronómicas y los viajes cósmicos. Entonces construyeron unas gigantescas incineradoras con una temperatura muy alta para quemar toda aquella basura. Han de tener una masa muy grande para así atraer esa basura, el vacío se limpia poco a poco y así tenemos las estrellas, que son precisamente esos fuegos, mientras que las nebulosas oscuras son las basuras que aún no se consumieron.

—¿Y me larga eso tan seriamente? ¿Lo cree posible? ¿El cosmos sería un mero incinerador de basura? ¡Profesor, no me venga con esas bromas!

—Aquí no se trata ni mucho menos de mi creencia o mi falta de creencia, Tichy. Sino que se trata sencillamente de que gracias a la futurología idiomática hemos creado nuevas variantes de la cosmogonía en tanto que una mera posibilidad para las generaciones venideras. Ignoro si alguien lo tomará en serio, pero es un hecho que cabe articular esa hipótesis. Tenga en cuenta que si hace veinte años hubiese existido la extrapolación lingüística, ya habrían podido vaticinar entonces las bombas —¡supongo que las recuerda, eh!—. Amigo Tichy, el propio idioma, el mismo lenguaje encierra unas posibilidades enormes aunque no ilimitadas: ¡bombas y su variante las bombas! ¡utópicese —ya entiende que esto nos viene de "utopía" —y se dará cuenta mucho mejor de la magia negra de muchos futurologos.

Luego la conversación giró en torno a los asuntos que me preocupaban mucho más. Le confesé a Trottelleiner mis penas y mi aversión acerca de la nueva civilización.

Se rebeló, pero me siguió escuchando y me compadecía de todo corazón. Pude ver incluso como metía la mano en su chaleco para sacar el misericordial, pero se detuvo antes de ofrecérmelo, al percatarse del asco que le tenía a las sustancias psíquicas. Sin embargo, al final, puso una cara muy seria.

—Las cosas no van bien, Tichy. Sus críticas no van por lo general a la esencia de las cosas. Las desconoce usted y ni siquiera se las puede imaginar tal y como son en realidad. En comparación con ella, la famosa firma Trocrustics" y todo el resto de la pasicivilización no son sino tonterías.

No creía ni siquiera en mis propios oídos, al escuchar al profesor.

—Pero, pero... ¿también piensa así, profesor? ¿Qué puede ser peor?

Troteireiner se inclinó hacia mí por encima de la mesa:

—Tichy, lo haré por usted. Voy a vulnerar el secreto profesional. Todo cuanto acaba de decirme, lo saben hasta los niños, y no puede ser de otra manera. El progreso no pudo más que seguir esa vía desde el momento en que después de los narcóticos y los alucinógenos se pasó a los llamados psicofocalizadores de poderosa acción selectiva. Pero la verdadera revolución tuvo lugar hace veinte años, cuando lograron sintetizar los maskones, es decir los hapuntores o alucinógenos punteados. Los narcóticos no separan al hombre del mundo, sólo modifican su relación con el mismo. Los alucinógenos

enturbian y velan todo el mundo. Ya se convenció usted mismo de ello. En cambio los maskones falsifican el mundo.

—Maskones, maskones... —repetí,—, creo conocer esa palabra. ¡Ah, ya veo! Se trata de una masa concentrada bajo la corteza de la Luna, unos minerales muy densos, pero ¿qué tienen en común?...

—Nada en absoluto, por cuanto esa palabra cobró otro sentido. Maskones viene de máscara. Al introducir en el cerebro los adecuados maskones sintetizados, es posible velar un determinado objeto del mundo exterior con unas imágenes ficticias hasta el extremo que el individuo enmaskonado ya no sabe lo que es real ni lo que es ilusorio. Si viera en un abrir y cerrar de ojos el mundo que en realidad nos rodea, en lugar de esa quimicomascarada maquillada, le aseguro que se quedaría asombrado.

—Espere, espere, ¿qué mundo? ¿Dónde está? ¿Dónde puede contemplarse?

—Aquí mismo, si lo desea —me susurró al oído, mirando furtivamente a su alrededor.

El profesor vino a sentarse a mi lado y dándome por debajo de la mesa un frasquito de cristal, me susurró:

—Esto se llama antic, del grupo de los ocicanos, un potente específico antipsiquímico derivado de la nitrodasilcova peiotropina. El solo hecho de llevarlo encima, aun sin tomarlo, es un grave delito. Destape el frasco debajo de la mesa, lléveselo a la nariz y huelo, pero solamente una vez, como si oliera amoníaco o sales. Y después... que sea lo que Dios quiera. ¡Domínese, aguante, no lo olvide!

Las manos me temblaron al abrir el frasco. Apenas si tuve tiempo de oler su fuerte aroma de almendra, cuando el profesor y a me lo había quitado. Los ojos se me llenaron de lágrimas. Al frotármelas con los dedos y volverlos a abrir, se me cortó la respiración: La magnífica sala del restaurante, sus alfombras, sus palmeras, las paredes de mayólica, con el elegante resplandor de las mesas, la orquesta de cámara que tocaba en el fondo de la sala acompañándonos con su música hasta los postres, ¡todo eso se había desvanecido!

Nos encontrábamos en un bunker de hormigón, ante una mesa de madera desnuda, con los pies sobre una vieja estera de paja. La música continuaba, pero ahora salía de un altavoz colgado de un alambre. Los candelabros de cristal habían cedido el puesto a una bombilla polvorienta. Pero la metamorfosis más espantosa fue la de la mesa. El albo mantel había desaparecido; la fuente de plata con las perdices aderezadas sobre unos picatostos se había convertido en un plato de loza en el que había una papilla pardogrisácea muy poco apetitosa, que se pegaba al tenedor de cinc, pues también había desaparecido la platería. Me quedé pasmado, mirando la porquería que unos segundos antes estaba saboreando, delectándome con la piel crujiente de las doradas perdices puestas sobre sus picatostos espesos bien asados por encima y bañados en una deliciosa salsa por debajo. Lo que antes se me habían antojado ser las ramas de unas palmeras se acababan de convertir en unos simples cordones de los calzones del individuo que junto con otros tres se hallaba inmediatamente encima de nosotros, en una especie de balcón que más se parecía a un estante por lo estrecho... ¡Y que gentío, madre mía!

Creí que los ojos se me salían de las órbitas cuando esa imagen horrible vaciló y fue desvaneciéndose, como tocada por una varita mágica. Los cordones de los calzones fueron reverdeciendo junto a mí y se transformaron nuevamente en ramas de palmera, el cubo de la basura que tenía a tres pasos, fue cobrando un oscuro brillo hasta transformarse en un hermoso florero esculpido; la negra superficie de la mesa se cubrió de blancura, como de nieve recién caída; resplandecieron los vasos de cristal tallado; la papilla pardogrisácea fue recobrando formas de noble asado, brotando en su lugar las alas y los muslos; los cubiertos volvieron a refulgir con su plata antigua... y por la sala iban y venían los camareros con sus fracs.

Miré a mis pies: la estera de paja se había transformado en una rica alfombra persa, y devuelto al lujoso mundo, jadeante, me quedé mirando la rica y jugosa pechuga de las perdices, incapaz de olvidar lo que camuflaban...

—Ahora es cuando comienza a aprehender la realidad, Tichy —me dijo en voz baja Trotelreiner, mirándome a la cara como si temiese mi violenta reacción—. ¡Y no olvide que nos hallamos en un local de categoría extra! Si no hubiera sido porque debía tener en cuenta el hecho de su iniciación, le habría llevado a un restaurante cuya visión, quien sabe, lo que podría haber afectado su mente.

—¿Qué? ¿Quiere decir que hay cosas más terribles aún?

—Sí.

—No es posible.

—Se lo aseguro, Tichy. Aquí por lo menos tenemos una mesa, unas sillas, unos platos y unos cubiertos verdaderos, mientras que allí uno está sentado en unas literas de varios pisos, se come con los dedos en unos cubos traídos por un transportador automático. Y lo que aquí se esconde bajo las perdices, allí es menos sabroso aún.

—¿Qué es?

—¡Oh! ¡No es ningún veneno, Tichy! Se trata sencillamente de un extracto de hierba y de remolacha para alimento del ganado, remojado con agua clorada y molido con harina de pescado; se le suele agregar cola de huesos y vitaminas, condimentándolo con grasa sintética para que no se agarre a la garganta. ¿No se fijó en el olor?

—¡Me fijé, ya lo creo que me fijé!

—Así que ya lo sabe.

—¡Por lo que más quiera, profesor! ¿De qué se trata? ¡Haga el favor de explicármelo! ¡Se lo suplico! ¿Es una perfidia, un plan para acabar con toda la humanidad? ¿Una satánica conjura?

—¡Que va, Tichy! Nada de eso, se trata simplemente de un mundo en el que viven más de veinte mil millones de hombres. ¿No leyó el “Herald” de hoy? El gobierno del Pakistán afirma que este año se murieron de hambre solamente 970 mil personas en el país. Pero la oposición dice que murieron seis millones. ¿Dónde están en ese mundo las perdices, el chablis y la salsa beamesa? Las últimas perdices desaparecieron hace un cuarto de siglo. Lo que nos estamos comiendo no son sino cadáveres, pero estupendamente conservados, pues aún se momifican adecuadamente. También aprendimos a enmascarar la muerte...

—¡Espere, profesor! No logro ordenar mis ideas. Así que eso quiere decir que...

—Que nadie desea perjudicarlo, sino todo lo contrario, Tichy, con toda misericordia, por razones de un humanitarismo sublime se utiliza el camelo químico, el camuflaje, el adornar la realidad con plumas y colores que le faltan...

—Profesor, ¿este engaño se comete en todas partes?

—Sí.

—Pero yo no como fuera sino que yo mismo me hago la comida... Entonces, cómo...

—¿Cómo se toma los maskones? ¿Eso me pregunta, verdad? Amigo Tichy, están en el aire, constantemente vaporizados en la atmósfera que respiramos. ¿No recuerda los aerosoles costarricanos? Aquellas no fueron sino las primeras pruebas, algo así como un globo de Montgolfier en comparación con los cohetes espaciales.

—¿Y todo el mundo está enterado? ¿Y pueden vivir así?

—Nada de eso, Tichy. Nadie sabe nada al respecto.

—¿Ni un rumor siquiera? ¿Nada se ha filtrado de tal barbaridad?

—Rumores y bulos siempre los hubo y los habrá. Pero no se olvide que existe el amnestán. Hay cosas que todo el mundo sabe y otras que se ignoran, que nadie conoce. La farmacocracia tiene su faceta clara y su cara escondida. La primera se apoya en la segunda.

—No es posible.

—¿A qué se refiere?

—Quiero decir que alguien tiene que ocuparse de esas esteras de paja, y alguien debe cuidarse de fabricar los platos de loza con los que comemos realmente, y esas papillas que parecen asados. Y todo lo demás.

—Sí, claro. Tiene razón, todo debe producirse y conservarse. Pero ¿qué importancia tiene eso?

—Quienes lo hacen, lo ven y saben...

—¡Pamplinas, Tichy! Sigue pensando según unas categorías arcaicas, amigo. La gente se imagina que va a una fábrica parecida a un invernadero acristalado. Antes de entrar se les da antihal y entonces ven unos muros desnudos de hormigón y el puesto de trabajo.

—¿Y tienen ganas de trabajar?

—Con el mayor entusiasmo, por cuanto también reciben una dosis de sacrificina. Entonces el trabajo se convierte en una dedicación, en lo más sublime. Al terminar, bastan unas cucharaditas de amnestán o de memnolicina para que todo cuanto se contempló, se olvide.

—Hasta este momento me imaginaba que estaba viviendo en medio de una alucinación. Pero ahora me doy cuenta de que era un idiota; ¡Dios Mío, cómo quisiera volver! ¡Qué no daría por eso!

—¿Volver? ¿A dónde?

—¡A la cloaca debajo del hotel Hilton!

—Eso es abasurdo, Tichy. Se está portando irracionalmente, para no decir tontamente. Tiene que hacer lo que hacen todos, comer y beber como todos lo hacen; entonces recibirá las indispensables dosis de optimistán, de serafinol y estará de muy buen humor.

—¿Así que se hace usted el abogado del diablo?

—Le ruego que razone, Tichy. ¿A qué viene el diablo si el médico miente cuando lo necesita el enfermo? Puesto que hemos de vivir, comer y habitar mejor es que todo se nos facilite en unas hermosas envolturas; los maskones actúan infaliblemente, con una sola y única excepción; así que no hay nada de malo en todo eso.

—No me siento con ganas de discutir sobre este tema en estos momentos —dije serenándome un poco—, Sólo le pido contestar a dos preguntas en aras de nuestra vieja amistad: ¿En qué consiste esa excepción en la acción de los maskones, y cómo se llegó al desarme universal? ¿Acaso se trata también de un espejismo?

—No, afortunadamente es completamente real. Pero para explicárselo, necesitaría toda una conferencia y no tengo tiempo.

Nos citamos para el día siguiente, pero antes de salir le volví a preguntar acerca del defecto de los maskones.

—Vayase al Parque de Atracciones —me soltó el profesor al levantarse de su silla—. Si desea alguna revelación desagradable, no tiene más que subirse en el tío vivo más grande y cuando alcance toda la velocidad, con sus tijeras hace un agujero en la pantalla de la cabina. Esa pantalla es necesaria precisamente porque durante la rotación las fantasmagorías con las que el maskón eclipsa la realidad se confunden, como si la fuerza centrífuga apartara las ojerás... Entonces verá lo que se asoma fuera de las hermosas ilusiones...

Estoy escribiendo esas frases a las tres de la madrugada, totalmente deshecho. ¿Qué más podría añadir? Estoy pensando seriamente en escapar de la civilización y esconderme en algún lugar solitario. Hasta la misma galaxia dejó de atraerme para emprender un viaje definitivo.

5.X.2039. Esta mañana me la pasé en la ciudad. Con un espanto apenas contenido estuve mirando los signos generales del confort y del lujo. Las galerías de arte de Manhattan incitan a comprar por muy poco dinero los lienzos originales de Rembrandt y Matisse. Cerca de allí, ofrecen unos magníficos muebles de estilo, chimeneas de mármol, tronos, espejos, armas sarracenas. En virtud de diversas licitaciones, se venden las casas

por deudas. ¡Y yo que me figuraba que estaba viviendo en un paraíso en el que cada cual puede meterse en un palacio, “apalaciarse” La oficina de inscripción de los candidatos al premio Nobel, situada en la Quinta avenida, también me reveló su verdadera naturaleza: cualquier persona puede conseguir el premio Nobel, de la misma manera que puede colgar en las paredes de su casa las obras de arte más valiosas, puesto que lo uno y lo otro no es más que una pizca de polvo que excita el cerebro. Y lo más pérfido es que una parte de esa ilusión colectiva es manifiesta, de manera que es posible borrar ingenuamente los límites existentes entre la ficción y la realidad, y como quiera que ya nadie reacciona espontáneamente ante nada: se aprende químicamente, se ama, se rebela, se olvida químicamente, la diferencia entre los sentimientos manipulados y los naturales ha dejado de existir.

Anduve por las calles apretando los puños en mis bolsillos. No, no necesitaba ni la amokolina ni el furiasol para sentirme irritado. Mi mente desbocada vislumbraba todo el vacío de aquella estafa monumental, de aquella decoración desbordante: a los niños les dan jarabes zurrapadres, y luego, para desarrollar su personalidad, les hacen tomar contestan y protestolidina, y para extinguir los impulsos excitados, sordina y cooperantán; la policía no existe, ¿y por qué habría de existir, puesto que tienen el criminol?; los apetitos criminales los aplaca la “Procrustics Inc” Menos mal que hasta ahora eludí la teolibrería, aunque en ella no hay más que una serie de preparados transmisores de la fe, facilitadores de la gracia: el concienzol, el pecatol, el absolván y hasta es posible volverse santo con la sacrosanctididicina. ¿Y por qué no el alasicoilamino, el biceno de budado, el nirvasium cosmocílico, el teokontaktol? El supositorio escatológico de ungüento de necrinón lo lleva a uno a las primeras filas del Valle de Josafat, mientras que el resurrectol con azúcar, hace el resto. ¡Santísimo Padrecito! Existe el paradisial para los devotos, el belbezán y el hellurium para los masoquistas... Tuve que hacer un esfuerzo para no entrar en el farmacopeo donde la gente estaba arrodillada religiosamente: a guisa de tabaco utilizan la genuflectolina.

Tuve que detenerme para que no me dieran amnestán. ¡Eso me habría faltado!

Me fui al Parque de Atracciones, dándole vueltas en el bolsillo de mis pantalones a mi navajita. Pero nada me salió como me dijo Trotteireiner, puesto que la pantalla de la cabina del tío vivo era demasiado dura; quizás era de acero templado.

Los pisos de alquiler en uno de los cuales residía el profesor Trotteireiner estaban en la Quinta avenida. Cuando llegué allí, el profesor no estaba en casa, pero ya me había advertido de que en el caso de no encontrarlo a la hora convenida por haberse retrasado, no tenía más que utilizar su silbato para abrir la puerta. Así lo hice y entrando en el apartamento me senté en su despacho, ante la mesa llena de publicaciones científicas y de papeles. Con aburrimiento y quizás también para calmar la inquietud que llevaba dentro de mí, le eché una ojeada a sus notas: "Cosmovertedero", "partuvidenta", "extranjerizo", "extranjeriza"... ¿Cómo podía tener la cabeza lo suficientemente despejada como para escribir todos aquellos términos de su bárbara futurología?... "Pariasa", "vicapanca", "vicapanco". "Parturista" (o sea recordista de partos). Eso debía ser, seguramente, con la explosión demográfica. Cada segundo nacían ochenta mil niños o quizás ochocientos mil, ¿qué más da? "Ideista", "ideante", "Ideiha", "ideisofo", etc... ¿De qué se ocupaba? ¡Profesor, tú aquí, y allí el mundo muriéndose!, quería gritar; pero de pronto algo relució debajo de los papeles: el antihal, el frasquito. Vacilé una fracción de segundo, pero luego me decidí, lo olí con cuidado y miré a mi alrededor.

Cosa extraña: casi nada había cambiado en la habitación. La biblioteca, las cajas de pildoras, todo estaba igual; lo único que observé fue que la enorme estufa holandesa de azulejos que ocupaba un rincón del despacho se había convertido en una simple estufa de chapa con el tubo quemado metido en un agujero de la pared y cuyo fuego enrojecía a través de la reja las baldosas del piso a su alrededor. Solté el frasco rápidamente como si me hubiesen sorprendido in fraganti; silbaron en la puerta y entró Trotteireiner.

Le conté lo del Parque de Atracciones. Se sorprendió, me pidió que le enseñara la navajita, movió la cabeza, agarró el pequeño frasco y me lo pasó: en lugar de la navajita, vi un pedazo de rama podrida. Miré al profesor: tenía la cara sombría no parecía estar tan seguro de sí como el día anterior.

Dejó su cartera llena de documentos encima de la mesa y suspiró.

—Tichy, ha de saber que la expansión de los maskones no produce en el acto una perfidia especial...

—¿La expansión? ¿Qué quiere decir con eso?

—Muchas cosas que el mes o el año pasado aún eran reales y que cabe reemplazar por unos espejismos, pues aunque son auténticas no dejan de volverse inasequibles — me dijo, con tristeza.

Me di cuenta de que se hallaba muy preocupado por algún pensamiento. El profesor prosiguió:

—Hace tres meses que estuve en ese tiovivo, pero ahora no le aseguraría que aún sigue allí. Es posible que al sacar el billete de entrada en el distribuidor le den un par de tiovivos o de atracciones, lo cual no deja de ser racional por resultar mucho más económico. Sí, Tichy, la esfera de las posesiones reales de la humanidad se va reduciendo con una rapidez espantosa. Antes de venirme a vivir a este apartamento, estuve en el nuevo hotel Hilton, pero confieso que no pude permanecer en él, pues al utilizar imprudentemente un desembriagador, me encontré metido en un tugurio que no era más grande que un cajón, con la nariz tocando el alimentador, las costillas aplastadas por la tubería del agua y con los pies tocaba a la cabecera de la cama del cajón siguiente, o sea del apartamento, puesto que vivía en el octavo piso y esa ratonera me costaba 90 dólares diarios. En una palabra, que hay cada vez menos espacio.

»En estos momentos —prosiguió Trottelreiner con voz sombría— están probando los así llamados despacializadores o psivisioneros, pero tropiezan con grandes dificultades, porque si se enmascara la presencia de la enorme multitud en las calles o en las plazas en las que uno mismo se encuentra, de manera que uno no ve más que a unas personas alejadas, entonces se comienza a tropezar con la gente enmascaradas que no se ha visto y esa es la dificultad que no consiguen superar.

—Profesor, he mirado sus notas. Ruego me disculpe, pero ¿qué significa eso? —le pregunté enseñándole con el dedo una hoja donde tenía escrita la palabra "multisquizo" seguida de "multitudimu-chanina".

—¡Ah!, pues... Sí, debe saber, Tichy, que existe un plan, es decir, el concepto de hintemización —que procede del nombre de su autor, Egobert Hintern, verdad— para reemplazar la creciente falta de espacio exterior, con la alucinada forma del espacio interior, o sea mental, por cuanto el volumen de este último no conoce ninguna limitación física. Debe saber seguramente que gracias a la zooformina es posible transformarse periódicamente, es decir, sentirse tortuga, hormiga, y hasta jazmín con ayuda del prebotinido inflorizador; claro que sólo de forma subjetiva. Es posible asimismo lograr la división de la personalidad en dos, tres o cuatro partes. Si la división alcanza una cifra de dos números, surge el efecto multitudinario. En tal caso, ya no se es "yo", sino "nosotros". O sea la multiplicidad del "yo" en un solo cuerpo. También existen unos específicos que, potenciando la intensidad de la vida interna, ésta predomina sobre la percepción de la realidad externa.

¡Qué tiempos y qué mundo, amigo Tichy! ¡Omnis est Pulula! La Farmacopea es ahora el libro de la vida, la enciclopedia, el ser, el alfa y omega; ya no hay revueltas a la vista puesto que ya tenemos el revoltal, el oppsicional en supositorios glicerínicos y la extremina, y el doctor Hopkins anda jaleando las virtudes del sodomastol y la gomorrina: es posible quemar personalmente con el fuego celeste tantas ciudades como a uno le venga en gana. También se puede conseguir el ser ascendido al puesto de Dios, sólo cuesta 75 centavos.

—El escozor parece ser el arte más moderno —dije—. Lo he oído decir, o mejor dicho lo sentí: el Scherzo de Uascotián, pero no puedo afirmar que eso me dijera nada bajo el punto de vista estético. Me reía en los pasajes más serios.

—Tiene razón, Tíchy, todo eso no es para nosotros, desarrugados de otro siglo, náufragos del tiempo —asintió melancólicamente Trotteleriner. Y como si algo se hubiera desmoronado en su interior, tosió, me miró a los ojos y dijo—: Tichy, precisamente comienza el congreso futuroológico, es decir, los debates sobre el devenir de la humanidad. Este será el LXXVI Congreso Mundial. Hoy asistí a la primera sesión previa de organización y deseo compartir mis impresiones con usted.

—Es extraño —manifesté—, suelo leer bastante rápidamente la prensa, pero no me he fijado en que hablaran de dicho congreso...

—Se trata de un congreso secreto. Debe comprender que entre otros problemas habremos de discutir de la cuestión de los maskones.

—¿Y qué? ¿No van bien las cosas con ellos?

—¡Van fatales! —exclamó el profesor—. ¡No pueden ir peor!

—Ayer mismo decía usted otra cosa.

—Cierto. Pero debe tener en cuenta mi situación, pues acabo de enterarme del estado actual de las investigaciones. Para qué explicárselo, si usted mismo se va a convencer.

Sacó de su cartera un gran legajo de documentos y hojas atadas con lazos de distintos colores y me lo entregó por encima de la mesa.

—Antes de que los lea, he de aclararle unos cuantos hechos. La farmacocracia es la psiquimicracia, basada en la cremocracia: tal es la divisa de nuestra era. Los gobiernos alucinógenos andan a la par con la corrupción, para decirlo concisamente. Por eso mismo tenemos el desarme universal.

—¡Por fin voy a saber cómo ocurrió!

—Muy sencillo. El soborno sirve para dos cosas: o bien para obtener una mercancía por debajo de su precio, o bien para conseguirla cuando hay penuria de la misma. Además la mercancía también pueden ser los servicios. La situación ideal para el productor estriba en no suministrar nada a cambio del dinero que recibe. Supongo que los desacertadores y los malversadores de los que ya habrá oído hablar, empezarán negociando con las realizas.

—Bien, ¿pero qué son las realizas?

—Quiere decir textualmente la disolución o sea la desaparición de la realidad. Cuando estalló el escándalo de las malversaciones de los computadores, toda la culpa se la echaron a las máquinas calculadoras. En realidad estaban metidos en el ajo los poderosos consorcios y los cárteis secretos. Se trataba, claro está, de un problema muy candente ante la sobrepoblación: el volver habitables otros planetas. Era necesario construir una enorme flota de cohetes interplanetarios, había que cambiar el clima, la atmósfera de Saturno y de Urano. Resultó mucho más fácil realizar todo aquello sobre el papel exclusivamente.

—Pero eso debía saberse inmediatamente —dije sorprendido.

—No lo crea. Surgieron dificultades objetivas imprevisibles, problemas hasta entonces desconocidos, que requerían nuevos créditos; así que el solo proyecto de Urano se tragó hasta ahora unos 980 mil millones y no se sabe si han movido una sola piedra.

—¿Las comisiones de vigilancia?

—Esas comisiones que no están integradas por cosmonautas bien preparados no pueden aterrizar en aquellos planetas. Así que se mandan a unos apoderados quienes se apoyan a su vez en los materiales, las fotografías y las estadísticas que les facilitan, con lo que es sencillo falsificar la documentación y mucho más sencillo aún echar mano de los maskones.

—¡Vaya!

—Como se lo digo. Imagino que de esa misma manera, aunque mucho antes, debió empezar el desarme aparente. En este caso las firmas que recibían los pedidos del gobierno, eran firmas privadas. Se embolsaron los miles de millones y no hicieron nada, o sea que produjeron, eso sí, cañones láser, rampas lanzacohetes, cohetes contra-contra-contra-contra-cohetes (pues ya estamos en la sexta generación coheteril), tanques volantes, pero todo eso hapuntivo...

—¿Hapuntivo?

—Sí, Tichy, o, si lo prefiere, en forma alucinada. ¿Para qué molestarse en realizar pruebas nucleares si disponemos de las pastillas fungónicas?

—¿Qué es eso?

—Unas pastillas que, al tomárselas uno, permiten ver el gran hongo de la explosión atómica. El proceso discurrió en cadena. ¿Para qué instruir a los soldados? En caso de movilización basta con administrarles una pildora instructora. Tampoco es necesario formar a los jefes: para ello está la estrategina, el generasol, el tacticón, el ordenil. "Hurga en Clausewitz y serás general, tómate los polvos y serás mariscal." ¿Conoce ese refrán?

—No.

—Esos específicos son secretos o cuando menos no se encuentran en el mercado. Tampoco es necesario realizar operaciones con las unidades de paracaidistas; basta con vaporizar sobre el país dado el correspondiente maskón para que la población vea aterrizar a los paracaidistas en todas partes, y lo mismo ocurre con la infantería de marina, los tanques (un tanque verdadero cuesta ahora casi un millón de dólares), mientras que su alucinación sólo cuesta un centesimo de centavo por persona. Un acorazado viene a costar de ese mismo modo un cuarto de centavo.

"Actualmente, es posible meter todo el arsenal de los EE. UU. en un camión: tancones, cadaverones, bombines de todos los tipos y al parecer existe también una invasión de marcianos so forma de los correspondientes polvos.

—¿Y todo eso dentro de los maskones?

—¡Ya lo creo! —afirmó el profesor, quien agregó—: Así que el ejército verdadero se volvió totalmente innecesario. Sólo quedó algo de aviación y tampoco es muy seguro. ¿Para qué? Fue un proceso en avalancha, ¿me entiendes? No hubo modo de frenarlo, y ahí tiene todo el misterio del desarme universal. Además, no solamente se trata del desarme. ¿Ha visto ya los nuevos modelos de Cadillac, Dodge y Chevrolet de este año?

—¡Ya lo creo, y son estupendos!

El profesor me entregó el pequeño frasco y me dijo:

—Asómese a la ventana y mire esos carros tan hermosos.

Me asomé. Vista desde el undécimo piso donde me encontraba, la calle parecía un barranco por el que corría un río de carros relucientes con sus cristales y sus capós bajo el sol. Me llevé el frasco abierto a la nariz, cerré los ojos para limpiarme las lágrimas y al volverlos a abrir tuve una extraordinaria y asombrosa visión. Unos niños jugaban al chófer, con ambas manos levantadas en el aire como si manejaran un carro, mientras que por las aceras y la misma calle fluía una multitud de hombres de negocio. De vez en cuando, entre las filas de los que galopaban con el cuerpo echado hacia atrás como si estuvieran apoyados en su asiento y sujetos con el cinturón, aparecía un automóvil solitario y humeante.

Tan pronto como la acción de la droga se debilitó, la imagen tembló, se equilibró y nuevamente divisé desde mi ventana el torrente resplandeciente de carros de todos los colores que fluía majestuosamente hacia Manhattan.

—Es una verdadera pesadilla —dije con fuerza—, pero a pesar de todo se estableció la paz orbi y urbi y eso merecía la pena, ¿no le parece?

—En efecto, se entiende que no todo es malo. Disminuyó significativamente el número de infartos, ya que esa galopada sobre largas distancias es la mejor gimnasia. Claro que

aumentaron otras enfermedades como el enfisema pulmonar, las varices y la dilatación coronaria... ¡No todos pueden ser maratonianos!

—Es la razón por la cual no tiene automóvil ¿verdad, profesor?

Trottelreiner se sonrió socarronamente:

—Un carro de mediana clase cuesta hoy unos 450 dólares, pero si uno tiene en cuenta que el precio de uno imaginario oscila alrededor de un octavo de centavo, no me dirá usted que la elección no es sencilla. El número de individuos que realmente hacen algo disminuye rápidamente. Los compositores cobran sus honorarios, sobornando a los empresarios y el público que va a las salas de concierto, se mete debajo de las narices la melotropina concertante.

—Esa es una moralidad asquerosa —dije—, pero ¿resulta muy nociva a escala social?

—Hasta ahora, no, aunque todo depende de cómo uno lo mire. Gracias a la transmutina puede usted tener un romance con una cabra pensando en que se trata de la misma Venus de Milo. En lugar de los trabajos científicos y los debates tenemos la congresina y la decongresina, pero existe no obstante un cierto mínimo vital el cual no se encubre con la ficción. Es preciso habitar de veras en algún sitio y comer algo y respirar algo, y mientras tanto la “realiza” va segando una tras otra las esferas de auténticas actividades. Además, tenemos toda una serie de espantosas manifestaciones, de los neosupermaskones, de los fijadores, de muy dudoso efecto.

—¿Qué es eso?

—La dealucinina es un nuevo específico, con el cual a uno se le antoja que no se le antoja nada. Se emplea solamente para los enfermos mentales, pero no deja de incrementarse el número de individuos que sospechan de la falta de autenticidad del entorno. Los amnestanes no actúan en contra de las uroimaginaciones, es decir la imaginación secundaria, ¿me entiende? ¿No? Si una persona imagina que está imaginando que no imagina nada, o al revés esa es la uroimaginación. Es una típica problemática de la psiquiatría contemporánea, la llamada torreal o de n-pisos. Sin embargo, lo más peligroso son los nuevos maskones. Pues bajo el efecto de una sobrecarga de específicos los organismos se debilitan; a la gente se le cae el pelo, se le pican las muelas y nuevamente pierden el rabo...

—Querrá decir que les sale...

—No, no: lo pierden, puesto que desde hace ya treinta años todos los individuos tienen rabo. Eso fue un efecto ortográfico. Así tuvo que pagarse el aprender a escribir a la velocidad del relámpago...

—¡Imposible! Suelo ir a la playa y nadie lleva rabo, se lo aseguro, profesor.

—Tonterías, Tichy. El rabo se disimula con la anticuadatolina que a su vez ocasiona el oscurecimiento de las uñas y la caries dental.

—¿Que también se disimulan?

—Naturalmente. Los maskones actúan en cantidades de miligramos, pero cada individuo suele tragarse globalmente alrededor de unos ciento noventa kilos anualmente, pues es fácil imaginar que es preciso simular las instalaciones de las viviendas, la comida, la bebida, la buena conducta de los niños, la amabilidad de los funcionarios, los descubrimientos científicos, la posesión de los Rembrandt y las navajillas, los cruceros por el mar, los vuelos cósmicos y millones de cosas semejantes.

"A no ser por el secreto medical, se sabría que la mitad de los habitantes de Nueva York están hechos una piltrafa con toda clase de dolencia; y todo eso es preciso disimularlo, ya que para eso están los neosupermaskones.

—¡Qué pesadilla! ¿Y no hay forma de arreglarlo?

—Nuestro congreso debe discutir precisamente sobre la alternativa del devenir. Entre los especialistas se habla ya de la necesidad imprescindible de unos cambios radicales. En estos momentos disponemos de dieciocho proyectos.

—¿De salvación?

—Quizás puedan llamarse así. Por favor, siéntese y vea esos materiales. Aunque he de pedirle un favor; se trata de una cosa delicada.

—Haré cuanto pueda por satisfacerle, profesor.

—Con eso contaba, gracias. Ve usted, uno de mis colegas, que es químico, me ha entregado para probarlos dos nuevos cuerpos sintetizados del grupo de los ocicanos desembriagadores. Me los mandó esta mañana por correo y me escribe (Trotteireiner puso una carta sobre la mesa) que mi preparado, el que también usted utilizó, no es un auténtico ocicano. Me dice textualmente: “El Consejo Federal de Psipreciación (es decir de psipreformación) para desviar la atención de los hechovidentes de muchos fenómenos de la crisis, les facilita premeditada y maliciosamente unos específicos antiimaginarios que contiene neomaskones.”

—No logro entenderlo, pues yo mismo he experimentado la acción del preparado que me entregó usted. ¿Y qué es lo de hecho vidente?

—Es un alto cargo social que entre otros yo también ostento. El ser hecho vidente da el derecho y la posibilidad de disponer de ocicanos para establecer cómo están las cosas en realidad. Pues es claro que alguien tiene que estar enterado de ello, ¿no le parece?

—En efecto.

—En cuanto a ese específico, mi amigo supone que suprime realmente la influencia de los maskones de viejo tipo, introducido hace ya mucho tiempo, pero sin liquidarla totalmente, sobre todo en los nuevos maskones. Así que esto sería —dijo el profesor agarrando el frasquito— en vez de un desembriagador, un maskón pérfidamente concebido para camuflar la realidad, o sea un lobo con piel de cordero.

—¿Pero, para qué? Si es necesario que alguien vea...

—"Necesario" en el sentido general desde el punto de vista del bien social, pero no bajo el punto de vista de los intereses parciales de los diversos políticos, de las corporaciones y hasta de las agencias federales. Si las cosas andan peor de lo que. a nosotros, los hechovidentes, se nos antojan, ellos no quieren que sembremos la alarma; por eso prepararon esa sustancia para que no se encuentre lo que se anda buscando, pues sería más fácil encontrar un escondite en un mueble viejo, y para que el investigador se conforme con el primer escondite que descubra y no explore lo que está realmente camuflado mucho más hábilmente,

—Sí, entiendo. ¿Qué es lo que desea de mí?

—Que mientras va enterándose de estos documentos, huelga primero este frasco y luego este otro. En verdad, yo no me atrevo.

—¿Sólo eso? ¡Con mucho gusto, profesor! El profesor me entregó los dos frasquitos de cristal, me instalé en el sillón y empecé a estudiarme los materiales deveníricos aportados por Trotteireiner.

El proyecto número uno preveía el saneamiento de las relaciones humanas, gracias a la introducción en la atmósfera de mil toneladas de inversina, un preparado que invierte todos los sentidos en 180 grados. La primera fase preveía la vaporización de la sustancia en cuestión; con ello, el confort, la abundancia así como el buen sabor de los alimentos, los elementos estéticos, la limpieza, todo ello llega a odiarse, mientras que las aglomeraciones, la pobreza, la miseria y la fealdad se desean por encima de todo. Con la segunda fase, se eleva la acción radical de todos los maskones y neomaskones. Solamente ahora, la masa de los individuos, enfrentados con la realidad hasta entonces escondida, consiguen su plena satisfacción, por cuanto tienen todo lo que anhelaban. Es posible que hasta sea necesario poner en acción los peiotrones (empeoradores de las condiciones de vida). Pero dado que la inversina actúa sobre todos los sentidos sin excepción, se odian asimismo los recursos eróticos, lo cual amenaza con la extinción de la humanidad. Por eso mismo una vez al año y durante 24 horas, se aconsejará poner en acción un contrapreparado de la inversina. Ese día registrará infaliblemente un violento

incremento de las tentativas de suicidio, pero ello se verá compensado con creces por el simultáneo inicio del aumento demográfico.

No afirmaré que dicho plan me entusiasmará. Su único punto claro es el que estipula que su autor, en su calidad de hechovidente, se hallaría constante e incuestionablemente bajo la acción de un antídoto, de manera que ni la miseria o la fealdad universales ni la suciedad o la monotonía de la vida le afectarían especialmente.

El segundo proyecto preveía la disolución en las aguas de los ríos y los mares y océanos de 10.000 toneladas de retrotemporina. Se trata de una sustancia que invierte el curso del tiempo subjetivo. Gracias a ella, la vida se presentaría de la siguiente manera: los individuos llegarían al mundo como unos ancianos y saldrían de él como unos recién nacidos. El proyecto subraya que de este modo se evitarían los principales escollos de la condición humana, o sea, la inevitable perspectiva del envejecimiento y de la muerte. A medida que el tiempo discurriera, cada anciano se rejuvenecería cada vez más, cobrando fuerza y vigor. Tras dejar el trabajo profesional debido al infantilismo, se entraría en el bendito reino de la niñez. El "clou" del proyecto era su humanitarismo, resultante de forma natural de no creer en la mortalidad de todo lo que vive, creencia propia de los bebés. Claro que en realidad, puesto que la inversión del discurso del tiempo sólo sería subjetiva, habría que mandar a los ancianos a las casas cuna, jardines de la infancia y maternidades. El proyecto no decía claramente lo que luego había que hacer con ellos, limitándose a señalar a grandes rasgos que podría aplicárseles una terapia adecuada en los así llamados eutanásios nacionales. Después de esta lectura, me pareció que el proyecto anterior era francamente bueno.

El tercer proyecto se alejaba mucho de los demás siendo más radical. Preveía la ectogénesis, el detachismo y la homicría generales. Del hombre solamente quedaría el cerebro dentro de un elegante embalaje de duroplast, una especie de globo dorado de acoplamiento, contactos y enchufes. Este proyecto postulaba pasar de la materia a la energía nuclear, gracias a lo cual el consumo de alimentos, necesarios al cuerpo, se efectuaría exclusivamente mediante una forma ilusoria adecuadamente programada. Sería factible conectar el globo cerebral con cualquier aparato, maquinaria, vehículo, etc.; esta operación estaba planeada para dos décadas. Durante la primera, sería obligatorio el detachismo parcial, dejando en casa los elementos esenciales. Por ejemplo, para ir al teatro, uno dejaría en el armario los sistemas copulativo y defecativo. Y durante la segunda década, la homicría habría de acabar con las multitudes que son la consecuencia de la sobrepoblación. Los canales de comunicación, con cables y sin cables, intercerebrales, volverían superfluos todo tipo de locomoción, de conferencias, viajes, reuniones, o sea toda clase de asistencia personal en cualquier lugar, por cuanto cada ser dispondría uniformemente de vigilantes en cualquier rincón dominado por la humanidad y hasta en los planetas más alejados. La producción masiva abastecería el mercado en conductos, manipuladores, y en simples vías, o sea unos raíles caseros mediante los cuales las propias cabezas pudieran rodar para distraerse.

Haciendo un alto en mi lectura, consideré que los autores de aquellos trabajos eran sin duda unos chalados. Pero Trotteireiner me replicó agriamente que era muy ligero en mis juicios, y que hay que beberse la cerveza que uno se ha servido, lo cual correspondía al dicho castellano de que la suerte está echada y no cabe volver atrás. A la historia de la humanidad no pueden aplicarse los criterios del buen sentido, me advirtió el profesor, y dijo:

—¿Acaso Averroes, Kant, Sócrates, Newton y Voltaire podían imaginar que en el siglo XX la plaga de los centros urbanos, el intoxicador de los pulmones, el asesino en masa, el objeto de un culto universal, iba a ser un vehículo de chapa con cuatro ruedas y que la gente preferiría morir aplastada por él durante los fines de semana en las carreteras en lugar de quedarse tranquilamente en casa?

Entonces, le pregunté cuál de los proyectos había que defender.

—Aún no lo decidí —afirmó Trottelreiner—. El más intrincado de los problemas es a mi juicio, el del nacimiento clandestino de los niños. Además, me temo que durante las sesiones del congreso, tengamos alguna químicointriga.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Es posible que presenten un proyecto que sea apoyado por credibilanova.

—Cree que puedan intoxicarles en la sala?

—¿Por qué no? ¿Acaso hay algo más fácil que introducir en la sala un aerosol a través de la instalación acondicionada del aire?

—Cualesquiera que sean las resoluciones que se adopten en el congreso, la gente no las aceptará pasivamente.

—Amigo Tichy, desde hace medio siglo la cultura ya no se desarrolla tan impetuosamente. En el siglo xx, un tal Dior dictaba los cánones de la moda en el vestir. Hoy, esa regulación abarca todas las esferas de la vida. Si consiguen votar el detachismo, dentro de unos años, cada individuo considerará vergonzoso e indecente el poseer un cuerpo blando, sudoroso y peludo. El cuerpo es necesario lavarlo, bañarlo, cuidarlo y aun con eso se corrompe, mientras que gracias al detachismo es posible conectarse las más hermosas maravillas del arte ingenieril. ¿Qué mujer no querrá tener iodios plateados en vez de ojos, unos senos telescópicos, unas alas de ángel, unas pantorrillas radiantes y unos talones que a cada paso dejen oír un son melodioso?

—Sabe que le digo: escapemos de aquí, profesor. Hagamos un buen acopio de oxígeno, de alimentos y de todo lo que necesitemos y vayámonos a las Montañas Rocosas. ¿Recuerda la cloaca del Hilton? ¿Acaso allí estábamos mal?

—¿Habla en serio, Tichy? —preguntó el profesor como dudando de mis palabras.

Sin pensarlo, me llevé a la nariz el frasco que aún tenía en mi mano, pues se me había olvidado. El fuerte olor me llenó los ojos de lágrimas. Comencé a estornudar una y otra vez y cuando volví a abrir los ojos la habitación había cambiado. El profesor seguía hablando, oía su voz, pero fascinado por la mutación no dije ni una sola palabra. Las paredes se habían cubierto de suciedad; el cielo, azul hasta entonces cobró unos tintes grisáceos; una parte de los cristales de las ventanas estaban rotos mientras los que quedaban estaban cubiertos de una espesa capa de hollín y salpicaduras de la lluvia.

No estoy seguro, pero creo que lo que más me espantó fue el ver que la hermosa carpeta en la que el profesor había traído los documentos del congreso se había convertido en un saco enmohecido y roto. Lleno de estupefacción, temía mirarlo. Observé furtivamente por debajo de la mesa. En lugar de los pantalones remendados del profesor y de sus botas, allí estaban unas prótesis entrecruzadas. Entre los tendones metálicos y las plantas de los pies se había metido un poco de grava y de porquería de la calle y brillaban los gastados tacones. Dejé escapar un gemido.

—¿Le duele la cabeza, Tichy? ¿Quizás un poco de jaqueca? —preguntó Trotteireiner con tono compasivo.

Me enderecé y lo miré. Del rostro no le quedaba gran cosa. En las desaparecidas mejillas llevaba pegados unos parches o apositos que hacía mucho tiempo no se habían cambiado. Aún llevaba sus gafas, con un cristal destrozado. En el cuello, por el agujero dejado por la traqueotomía, le asomaba un tubo húmedo que se movía cuando hablaba. La chaqueta le colgaba sobre el torso, hecha un guiñapo; en el lado izquierdo tenía un orificio tapado con un velo de plástico debajo del cual se divisaban los espasmos azulados y los latidos del corazón lleno de costuras y de grapas. No le vi la mano izquierda, mientras que la derecha, que sujetaba el lápiz, era una prótesis de latón cubierta de cardenillo. En las solapas le habían cosido una especie de etiqueta de lienzo con la siguiente inscripción con tinta roja: "Arrugado 119 859/21 transpl. - 5 rechazos".

El profesor, al mirarme y ver mi cara de espanto, se asombró:

—¿Qué le pasa? ¿Tanto he cambiado? —preguntó con una voz muy ronca.

No recuerdo si me levanté, pero en cualquier caso estaba apoyado en el picaporte de la puerta.

—¡Tichy! ¡Hombre! ¡¿Qué le ocurre, Tichy?! ¡Tichy! ¡Tichy! —gritaba con desesperación Trottelreiner, levantándose con gran esfuerzo.

La puerta se abrió, al tiempo que se oía un tremendo estruendo: el profesor, perdiendo el equilibrio al levantarse apresuradamente, rodó por el suelo en medio de sus colgajos y las piezas de sus aparatos de metal, pataleando y con el corazón latiéndole a todo galope debajo de su parche de plástico. Salí corriendo al pasillo como si me persiguieran los demonios.

Todo el edificio estaba hormigueante de gente, pues era la hora del almuerzo. De las oficinas salían los empleados y las secretarias que se dirigían hacia el ascensor conversando animadamente. Me metí entre la gente ante la puerta del ascensor, pero al ver que no llegaba, miré por el hueco y entonces comprendí por qué era tan común el fenómeno del fuerte jadear de la gente. Las extremidades de los cables rotos colgaban sueltas en el vacío, y por las rejas que cercaban el hueco del ascensor la gente iba trepando con una habilidad de monos y que denotaba una gran práctica. Trepaban por las empinadas rejas hacia la cafetería situada en la terraza, sin dejar de conversar pese al sudor que les chorreaba de la frente. Poco a poco, me fui alejando y corrí escaleras abajo dejando a los pacientes escaladores con sus ejercicios. Al llegar unos pisos más abajo frené mi carrera. La gente seguía saliendo por todas las puertas de las oficinas. En un recodo de la pared, vi una ventana abierta que daba a la calle. Me acerqué a ella, fingiendo arreglarme la ropa y miré hacia abajo. De momento me pareció que no había nadie en la calle, pero lo que ocurría es que podía ver "de verdad" a los transeúntes.

La elegancia universal se había esfumado. Las gentes, solas o por parejas, iban por la calle, vestidas con harapos llenos de agujeros; muchas personas andaban vendadas, con vendas de papel, todos con la misma camisa sucia, sobre todo en la espalda. Por lo visto a muchos de ellos los habían dejado salir del hospital para poder despachar algún asunto urgente. Los amputados de ambas piernas se arrastraban por las aceras sobre unas tablillas con ruedas en medio de las conversaciones y las risas de la multitud. Pude contemplar a las mujeres con orejas rizadas de marfil y a unos varones luciendo unos cuernos; los viejos periódicos, las esteras de paja y los sacos viejos se llevaban con chic y gracia. Los individuos más sanos y mejor conservados corrían al galope por la calle, marcando el paso cuando cambiaban de dirección. Dominaban entre la multitud los robots armados de pulverizadores, dosímetros y aerosoles, velando porque cada individuo obtuviera su ración de vaporización. Pero no se limitaban a ello, pues detrás de una pareja de jóvenes que iban cogidos del brazo —ella con el pecho reluciente de escamas y él de flores— marchaba un pesado cifrún que, valiéndose del embudo del pulverizador iba pegando metódicamente a los enamorados en la cabeza. Pese a que rechinaban los dientes, no parecían prestarle ningún cuidado. ¿Acaso eso se hacía adrede?

Pero ya era incapaz de reflexionar. Apretando el frasco en mi mano, miré la perspectiva de la calle, su movimiento, el galope de aquellas gentes; petrificado de espanto, me preguntaba si no sería el único testigo de aquella escena. La monstruosidad de aquella visión parecía necesitar de otro observador, de sus autores cuando menos, para que me explicaran el sentido de aquella feliz y macabra decrepitud.

Un pequeño limpiabotas corría por entre las piernas de una anciana enérgica, tropezando continuamente con ella, hasta que la derribó, pero la vieja se volvió a levantar, el otro la volvió a derribar, y así desaparecieron de mi vista, él mecánicamente tozudo y ella vivaracha y segura de sí.

Muchos robots iban mirando de cerca los dientes de los transeúntes, quizás para percatarse del efecto de las sustancias que estaban esparciendo, aunque no parecía ser así; en las esquinas se estacionaban bastantes prófugos y robots parados; de un portal lanzaron a la calle una serie de microrobots y de cretinos; sobre la calzada avanzó un

enorme komposter que con los espolones de su gigantesca pala recogió todo lo que se encontraba por delante, y junto con aquellos cadáveres metió en su contenedor a una viejecita que andaba por allí.

Me mordí la mano, olvidando que en ella aún llevaba el segundo frasco sin abrir, y un fuego ardiente me abrasó la garganta. Todo lo que me rodeaba fue difundiéndose, envuelto en una niebla clara. Una mano invisible fue quitándome el velo de los ojos. Me quedé mirando, lleno de tensión, para contemplar lo que iba a suceder, aterrado al pensar lo que me reservaba esa nueva capa de la realidad que solamente una sustancia más potente podía revelar, en la que podría penetrar más hondamente.

Alrededor de mí todo se volvía más claro, blanco. Las aceras estaban cubiertas de nieve; centenares de piernas muertas de frío, el ambiente de la calle se había vuelto invernal; habían desaparecido los escaparates de las tiendas, en lugar de lunas y cristales se veían unos tablones podridos clavados en cruz. El invierno imperaba entre las murallas ensuciadas por la lluvia y cubiertas de musgo; de las lámparas colgaban carámbanos de hielo y en el aire helado corría un olor amargo y lívido como el cielo en el monte; al pie de las paredes, entre la nieve sucia, asomaban montones de detritus, que el torrente de los peatones empujaban hacia un lado, entre los cubos herrumbrosos, las latas viejas, y el serrín congelado; la nieve no caía, pero se veía que continuaba amontonándose sin cesar.

De pronto comprendí: los robots habían desaparecido de la calle. No había ni uno siquiera, ni el más pequeño. Sus cuerpos nevados se amontonaban al pie de las fachadas, congelados, junto a los harapos humanos, los trapos debajo de los cuales aparecían los huesos amarillentos y escarchados. Un desarrapado yacía sobre la misma nieve, sin otra cosa para taparse que un pedazo de manta. Vi su cara satisfecha: se sentía como en su casa, solo en su cama, estirando las piernas en la nieve. Así que se trataba de ese frío, de ese fenómeno asombroso que de vez en cuando se daba hasta en el corazón de las calles en pleno mediodía soleado. La gente seguía corriendo sin hacer caso de aquel desarrapado empujándose unos a otros. Era fácil reconocer inmediatamente, por su comportamiento, quiénes eran los humanos y quiénes los robots. ¿Los robots seguían existiendo? ¿A qué venía ese invierno en medio del verano? Pues según el calendario estábamos en verano. ¿A qué servía? ¿Quizás se trataba de un sueño helado como antídoto demográfico?

Estaba claro que alguien había planeado ese fenómeno y no podía desaparecer sin conocerlo. Miré detrás de mí: todo estaba en silencio; el almuerzo había terminado. La calle era el final; mis ojos no tenían ningún valor de salvación si me hundía en aquella multitud, y necesitaba a alguien que me ayudara. Yo no podía más que esconderme durante un tiempo como una rata, ya estaba al margen de la visión, o sea en el desierto. Con espanto y desesperación me alejé de la ventana, notando sin embargo el frío en todo mi cuerpo puesto que ya no contaba para combatirlo con el milagro del clima soleado.

No sabía a donde dirigirme cuidando de marchar en silencio; sí, ya disimulaba mi propia presencia, agazapado, mirando rápidamente de reojo, deteniéndome, aguzando el oído, con la impresión de que tras lo que acababa de contemplar, no podía escapar al castigo.

Así llegué al pasillo del sexto o del quinto piso. No podía volver con Trottelreiner, puesto que necesitaba una ayuda que de todas maneras yo mismo no podía ofrecerle; estuve imaginando algunas cosas y sobre todo que la acción de la sustancia iba a cesar muy pronto y que me volvería a encontrar en Arcadia. Lo más curioso es que fuera del asco y el miedo, no sentí ante tal perspectiva otra cosa más, como si quisiera congelarme en un montón de basura, sabiendo que era así, en lugar de agradecer el apaciguamiento de la visión. No pude penetrar en el pasillo lateral porque en medio de él yacía un anciano al que le habían flaqueado las fuerzas y allí mismo estaba organizando silenciosamente, sonriéndome dulcemente.

Me fui por otro pasillo hasta llegar ante el cristal esmerilado de una oficina. Detrás de la puerta reinaba el más absoluto silencio. Entré allí: era la sala de máquinas de escribir, y estaba desierta. En el fondo de la sala había otra puerta; penetré en una habitación grande y clara; quise escapar, porque alguien estaba allí, pero oí una voz conocida:

—Por favor, Tichy, entre.

Así que entré. No me sorprendió ni mucho menos que me llamara como si me estuviera esperando, y admití muy tranquilamente que detrás de la mesa estuviera sentado el mismo George Symington, con un traje de franela gris, un pañuelo en el cuello y fumando un purito de los caros, y con unas gafas negras, que me miraban ni con indulgencia ni con rencor.

—Por favor, siéntese —dijo—, porque esto va a durar un rato.

Me senté. El despacho, todo acristalado, era un oasis de nitidez y calor, sin la más mínima huella de nieve ni hielo, con una bandeja y su café humeante, el cenicero, el dictáfono y colgando de las paredes varios cuadros policromos representando mujeres desnudas. Se me ocurrió la idea más bien absurda de que aquellos cuerpos no padecían de ninguna afección cutánea.

—"¿Qué, se ha divertido? —dijo rudamente Symington—. ¡No se quejará! La mejor enfermera, el único hechovidente auténtico, todos se esforzaron en ayudarlo ¿y qué? ¡Quería usted husmear la "verdad" por sus propios medios!

—¿Yo? —contesté, sorprendido por sus palabras, pero antes de ordenar mis pensamientos, prosiguió:

—Le ruego que no mienta, es demasiado tarde para eso. Le parecía que era un hombre tremendamente ingenioso, proclamando sus críticas y sus sospechas acerca de la "alucinación", la "cloaca", las "ratas del hotel", el "cabalgar y montar". ¿Y pretendía valerse de esas imaginaciones primitivas, pensando que bastarían? ¡Sólo un desarrugado puede ser tan necio!

Le estaba escuchando con la boca medio abierta. Me di cuenta en el acto que cualquier palabra de defensa sería vana, por cuanto tampoco me creería. Había tomado mi auténtica obsesión por una añagaza. Entonces ¿aquella conversación que tuvo conmigo en la que me desveló los secretos de la "Procrustics Inc." no sirvió sino para tirarme de la lengua? Para eso utilizó aquellas palabras que tan cruelmente me sorprendieron: "Quizás crea que se trata de alguna conjura antiquímica." Mis quejas ante la alucinación se le antojaron un ardid táctico... En efecto, era demasiado tarde ya para explicárselo, sobre todo ahora, cuando las cartas estaban sobre la mesa.

—¿Me estaba esperando? —pregunté por fin.

—Ya lo creo. Junto con toda mi empresa estuvo guiado todo el tiempo como si fuera con una cuerda. No podemos permitir que una oposición contestaría irresponsable amenace el orden imperante.

El viejo que agonizaba en el pasillo —pensé— era también parte de la amenaza que me trajo hasta aquí...

—¡Vaya con el orden! —repliqué—. ¿Y es usted el jefe? Lo felicito.

—¡No me venga con ironías y guárdelas para otra ocasión!

Había conseguido afectarlo. Estaba muy irritado.

—Anduvo buscando todo el tiempo la "fuente del demonismo" mi desarrugado, mi congelado eterno... Pero no existe tal demonismo. Voy a satisfacer su curiosidad. No existe, ¿lo entiende? Le administramos la narcosis a la civilización por que de lo contrario no lo aguantaría. Por eso no se la puede despertar. Y por eso ha de volver usted a ella. No tenga miedo, por cuanto eso ni duele ni nada, sino que resulta agradable. Para nosotros es mucho más difícil, ya que hemos de conservar nuestra clarividencia por su bien.

—¿O sea que encima se sacrifica usted por el bien de los demás?!—le solté.

—Si aprecia la terrible libertad de pensamiento —replicó duramente— le aconsejo que no siga con sus necias ironías, porque con ello pronto la perderá.

—¿Tiene pues algo más que decirme? Lo escucho.

—En estos momentos soy el único hombre cabal, además de usted, que ve la realidad. ¿Qué tengo en la cara? —preguntó bruscamente.

—Unas gafas negras.

—Entonces ve usted lo mismo que yo —dijo—. El químico que le entregó los preparados a Trottelreiner ya volvió al seno de la sociedad y de esa no tengo la menor duda. Nadie puede obtenerlos, ¿no lo comprende?

Espere. Me parece que está tratando de convencerme. Es curioso. ¿Y por qué?

—Porque ningún hechovidente es un demonio

—replicó—. Somos los esclavos de un estado de cosas; estamos arrinconados. Jugamos con las cartas que el destino de la sociedad nos puso en las manos. Aportamos la tranquilidad, la armonía y el alivio de la única forma duradera. Mantenemos en equilibrio lo que sin nosotros se hundiría en la agonía general en el país. Somos el último Atlas de este mundo. Se trata de que si ya tiene que morir, por lo menos no sufra. Si no es posible cambiar la verdad, es preciso disimularla; tal es el último compromiso humanitario, la última obligación humana.

—¿O sea que ya nada se puede cambiar? —pregunté.

Estamos en el año 2098 —dijo—, con 69 millones de seres que viven legalmente y seguramente unos 26 mil millones más clandestinos. La temperatura media anual ha despendido de cuatro grados. Dentro de 15 o 20 años, la tierra será un heladero. No lo podemos impedir, no podemos impedir la congelación de la humanidad, sólo podemos disimularla.

—Siempre imaginé que el infierno era de hielo

—solté—. Así que ustedes decoran sus puertas con bellos dibujos.

—Efectivamente. Somos los últimos samaritanos. Alguien tenía que hablarle a usted desde aquí, y soy casualmente el encargado de hacerlo.

—Ahora recuerdo: ¡Ecce Homo! Pero, un momentó... entiendo lo que desea. Quiere convencerme de su función escatológiconarcótica. Cuando se acabó el pan: narcosis a los que sufren. Pero lo que no comprendo es por qué se esfuerza en convertirme puesto que lo voy a olvidar inmediatamente. Si los preparados que utiliza usted son eficaces, ¿por qué se afana en darme argumentos razonables? Si son buenas, un par de gotas de credibilán, un golpecito en los ojos, con entusiasmo aceptaré cada una de sus palabras y le honraré y respetaré. Por lo visto, usted mismo no está tan seguro del valor de su medicación, por cuanto sigue con su ordinaria y antigua palabrería, hablando por hablar, por cuanto prefiere discutir en vez de agarrar el vaporizador. Sabe de sobra que el triunfo de la psiquímica es una mera estafa, que se queda solo en medio de la plaza como un triunfador con ardores de estómago. Pretende convencerme primero para luego lanzarme al olvido, pero no lo conseguirá, se lo digo yo. Entregúese a su noble misión junto con esas maravillas cuyos retratos alegran su salvadora tarea... Pero las necesita auténticas, ¿no?

El rostro de Symington se torció de ira. Pegó un salto, gritando:

—¡Tengo otros preparados además de los arcadianos! ¡Existe el infierno químico!

Me levanté yo también. Symington alcanzaba el timbre de su mesa cuando yo grité:

—¡Iremos juntos!

Lo agarré por la garganta. Con mi ímpetu salimos disparados hacia la ventana abierta. Sonaron unos pasos, unas manos poderosas intentaron separarme de mi presa; se retorció, pataleó, pero ya en el borde de la ventana, concentré mis últimas fuerzas y salté con mi enemigo; el aire me silbó en los oídos, caímos dando vueltas, pegados el uno al otro, acercándonos vertiginosamente al suelo remolineante; en lugar del choque que intuía, caí dentro de algo blando, saltaron las aguas negras y hediondas, el abismo más

querido se cerró sobre mi cabeza y se volvió a abrir. Estaba en medio de la cloaca, frotándome los ojos, con un regusto de agua sucia en la boca, pero feliz, feliz...

El profesor Trottelreiner, arrancado a su sueño por el tremendo tumulto, se inclinó sobre la negra cloaca, tendiéndome desde la orilla, como una mano fraterna, el mango de su enrollado paraguas.

El eco del bombardeo con BAP se había silenciado. Los directivos del hotel Hilton seguían durmiendo juntos en los sillones inflados, y las secretarias, en su sueño, tomaban unas posturas muy provocativas. Jim Stantor, estaba roncando y dando vueltas de un lado para otro; aplastó una rata que le estaba comiendo el chocolate que llevaba en un bolsillo: los dos se asustaron.

El profesor Dringenbaum, como un suizo metódico que era, apoyado contra el muro y a la luz amarillenta de la linterna, estaba corrigiendo con su estilográfica su ponencia. Al darme cuenta de que esa concentrada tarea anunciaba el comienzo de la segunda jornada del Congreso de Futurología, solté una carcajada tan sonora que las hojas mecanografiadas se le escaparon de la mano, fueron a caer en el agua negra, y desaparecieron en el insondable futuro.

FIN